

EN UN FUTURO NO LEJANO

Capítulo I: "Llegó como el viento"

Hacía mucho frío aquella mañana. Cuando fui a buscar a Ali, mi mejor amiga, a su casa, fue lo primero que noté. Y ella también.

-¡Uf! -se quejó-. No sé cómo me han convencido.

-Yo sí -repliqué-. Te dejas convencer muy fácilmente, no es ninguna novedad.

Nos quedamos paradas un momento en el portal de su casa, tiritando.

-Isa -me dijo entonces Ali-, más vale que nos demos prisa, o llegaremos tarde. Y luego los chicos dirán que nos pesa el trasero.

-Está bien -suspiré-. Hala, andando.

Echamos a correr, para calentar. Habíamos quedado con los chicos de la pandilla para ir a hacer "footing". Era un sábado por la mañana, pronto llegarían las vacaciones de Navidad y todavía estaba amaneciendo.

En nuestra pandilla éramos por aquel entonces cuatro y medio. Y digo medio porque había uno que no era miembro del todo.

Nacho es como el líder del grupo, el más mayor, el que toma las decisiones (aunque entonces apenas había decisiones que tomar), el que reflexiona antes de entrar en acción. Es serio, responsable e inteligente. De hecho, debo reconocer que él es el único que tiene la cabeza sobre los hombros. Por eso me cae tan bien.

Toni es atlético y deportista (fue suya la idea de ir a correr aquel sábado), y muy activo. Pero además es amable, sincero y cariñoso. Por eso le cae tan bien a Ali, aunque ella no lo admita.

Ali, mi amiga, es la siguiente. Es lista, y la más “mona” de las dos. Tiene un carácter dulce y suave, pero es terrible cuando se enfada de verdad.

Luego está una humilde servidora (me llamo Isa, tengo quince años, soy morena, no muy alta, llevo el pelo más o menos corto y la gente dice que tengo bastante “coco”), y el medio miembro, que atiende al nombre de Juanma; es el hermano pequeño de Nacho. Como tiene doce años y nosotros catorce (Ali), quince (Toni y yo) y dieciséis (Nacho), nos parece demasiado pequeño, y siempre intentamos escaparnos de él, aunque no siempre lo conseguimos. Es pícaro y travieso como él solo, y siempre va pegado a nosotros como una lapa.

-¿Crees que vendrá Juanma? -me preguntó Ali.

-Mmmmm -gruñí-. Ya le advertimos a Nacho que guardara el secreto. Pero ése seguro que se las ha apañado de alguna manera para enterarse de que íbamos a quedar. Y entonces ya nada le detendrá.

-Es más difícil escaparse de él que de Raquel.

-Es que Raquel es una inocentona. Fíjate que le dije la semana pasada que no íbamos a quedar porque tenía que estudiar para el examen del lunes, ¡y no teníamos ningún examen el lunes!

-A veces me parece que nos portamos muy mal con ella, Isa.

Opté por callarme. Raquel era una chica de nuestra clase a la que le hubiera gustado pertenecer a nuestra pandilla. En un principio pensamos aceptarla, pero pronto surgió el problema: Raquel no sabe guardar secretos. Y eso es una lata. En el fondo,

que cuente nuestras cosas no tenía mucha importancia, porque al fin y al cabo tampoco teníamos grandes cosas que ocultar, pero lo malo es que Raquel las cuenta “a su manera”... es decir, inventándose unas cosas y exagerando otras. Y entonces las noticias corren deformadas por todo el barrio. Eso es lo que nos molesta.

Pero, como no queríamos decirle todo esto a Raquel (no lo hacía con mala intención, y le hubiera sentado como un tiro), nos las apañábamos para evitarla. A veces quedábamos todos con ella para que no pensara que no la aceptábamos en el grupo, pero la mayoría de veces íbamos nosotros solos.

Pensando en Raquel llegamos al parque, al sitio donde habíamos quedado. Estaba desierto.

Ali hizo una mueca.

-¡Mira qué bien! -dijo-. ¡Y luego nos acusan a nosotras de impuntualidad!

-Bah, da igual -contesté, sentándome en un banco-. Así descansamos. ¡Con lo poco que me gusta a mí hacer ejercicio...!

-Si me quedo aquí clavada como un poste se me van a congelar hasta las uñas de los pies -declaró Ali-. Me da rabia que nos den plantón.

-Nunca lo han hecho.

-Siempre hay una primera vez, ¿no?

No respondí. Iniciar una conversación con Ali era como meterse en un callejón sin salida. Nos quedamos calladas un momento, y entonces comenté:

-Lo que no comprendo es qué necesidad había de venir a estas horas. ¡Hace un frío que pela!

-Es que Toni dice que es mejor correr con frío que con calor.

-No, si frío hace a cualquier hora del día. ¡Mecachis, que estamos a mediados de diciembre!

-Míralo por el lado bueno. Cuando hayamos hecho la media hora reglamentaria nos sobrará tiempo para ir a dar una vuelta juntos.

-Bueno...

-Escucha -me cortó mi amiga-, no has hecho más que gruñir desde que hemos salido a la calle. ¡No protestes tanto, caramba, que a los chicos no los vemos todos los días!

Era verdad. Íbamos a institutos distintos y, como no coincidíamos entre semana y el BUP nos traía a todos fritos con tantos exámenes, sólo podíamos vernos los fines de semana.

-¡Eh, Isa, Ali! -nos llamó una voz alegre.

-¡Ya era hora! -exclamó Ali, aliviada-. ¡Es Toni!

Toni llegó corriendo alegremente.

-Cómo se nota que esto es lo que a ti te gusta, ¿eh? -comenté-. ¿Y Nacho?

Toni hizo un gesto vago.

-Se quedó atrás. Supongo que ahora vendrá.

Oteé el sendero. ¡Sí, por allí venía! Pero no traía una cara muy feliz. Más bien parecía enfadado.

-¿Qué pasa? -fue lo primero que le preguntó Ali-. ¿Algo no marcha bien?

Toni miró divertido a Nacho, que gruñó algo ininteligible. Detrás de éste aparecieron dos ojos que chispeaban con malicia.

-¡Tú! -exclamé al reconocer a Juanma-. ¿Quién te ha dado permiso para venir?

-Mi madre -replicó el chaval, aún parapetándose tras su hermano-. Esta vez voy a ir con vosotros.

Ali levantó los ojos al cielo.

-¡Señor, qué hemos hecho para merecer esto...!

-Eh, lo siento -farfulló Nacho-. Me pilló cuando me iba, y mi madre me dijo que me lo trajera.

-¡Si tu hermano no cede, acude a los altos mandos! -sentenció Juanma-. ¡No falla!

Nacho y yo cruzamos una mirada de cansancio, pero Toni comenzó a reírse a carcajadas, y Ali también. Y nos contagiaron. Juanma nos miraba pasmado, preguntándose si nos habríamos vuelto locos de repente.

Cuando se nos pasó el ataque de risa feroz -al fin y al cabo, nuestra pandilla no sería la misma sin Juanma-, Toni dijo:

-¡Al ataque! ¡A rebajar grasas!

Y echó a correr: Nosotros le seguimos.

-Si te cansas, no vamos a parar por ti -le advirtió Nacho a su hermano amenazadoramente.

-¡Bah, no hay problema!

-¿Crees que aguantará? -le pregunté a Ali.

-¡Calla, Isa, y corre! -me cortó Nacho, burlón-. Que si no, luego te faltará aire.

Le miré con enfado. Aunque era el más serio de los cinco, le encantaba tomarme el pelo, y, aunque parezca mentira, nos lo pasábamos muy bien discutiendo.

Al cabo de un cuarto de hora ya me parecía que tenía las piernas como de gomaespuma. Pero como Nacho seguía, aunque estaba ya colorado, yo no iba a ser menos. Si no, me estaría tomando el pelo al respecto hasta que las ranas criasen pelo. Ali jadeaba, pero Toni y Juanma seguían tan frescos a la cabeza. Diez minutos más tarde nos derrumbamos todos sobre la hierba.

-¡Seguro que he perdido por lo menos cinco kilos! -pudo decir Ali.

-Eso es que no estás en forma -rió Toni.

-¡Mira los deportistas! -se burló una voz.

Alzamos la cabeza. Juanma era el único que seguía en pie, tan tranquilo, con los brazos en jarras y mirándonos con aire de reproche.

-¿Quién no se iba a parar por quién? -le preguntó guasón a su hermano mayor.

Nacho ni se inmutó. Siguió tumbado en la hierba cuan largo era, sin dignarse a mirarlo siquiera. Juanma, ofendido, se volvió hacia Toni:

-¿No vamos a correr más hoy?

-Habría que llevar a las chicas a cuestras...

Me rebelé inmediatamente.

-¡De eso nada! ¡A mí nadie me lleva a cuestras!

-Ay, por favor, a mí sí -le soltó Ali a Toni-. Llévame hasta mi casa, y te daré propina de un duro.

-Chavales, son las nueve -dijo Nacho, incorporándose-. Tenemos toda la mañana libre. ¿Que sugerís que hagamos?

-¡Correr! -insistió Juanma, tozudo.

-Descansar -bostezó Ali.

-Correr.

-Descansar.

-Correr.

-Descansar.

Nosotros mirábamos primero a uno y luego a otro, como si estuviéramos viendo un partido de tenis.

-A mí me parece que...-empezó Nacho.

No sé qué dijo luego. Me recosté de lado en la hierba, de espaldas a ellos, y dejé que mi mente volara libre. Un par de minutos después abrí los ojos, a tiempo de ver un extraño destello de luz entre los árboles. Me incorporé apresuradamente.

-¿Habéis visto eso?

-¿El qué? -dijo Juanma, interesado.

-No sé, era como una luz.

-Será una bicicleta, que pasaba -razonó Nacho-, y se ha reflejado en ella la luz del sol.

-Tal vez -respondí, no muy convencida.

-¿Quieres que vayamos a ver qué es? -preguntó Ali, siempre dispuesta a dejarme en buen lugar.

-Yo de aquí no me muevo -sentó Nacho, y volvió a tumbarse en la hierba.

Ali, en cambio, se levantó y me tendió la mano para ayudarme a levantarme también.

-Ahora volvemos -dijo-, vamos a echar un vistazo.

Nacho ni siquiera abrió los ojos. Mientras nos alejábamos, oí su voz burlona a nuestras espaldas:

-¡Isa, ten cuidado, no se te vayan a llevar en su nave espacial al planeta Marte!

-Me pone frenética cuando se porta así -gruñí.

-Déjalo, hoy tiene el día tonto. Está enfadado porque Juanma ha sido más listo que él.

Algo se movió entre los arbustos.

-¡Espera! -musité, cogiéndola del brazo-. Hay que tener cuidado. ¿Tú sabes que hay vagabundos que pasan las noches aquí?

Ali asintió, y retrocedió unos pasos.

-Nos quedamos aquí -resolví-, pero tú prepárate por si hay que salir corriendo.

La maleza volvió a crujir. Ya no había duda; alguien se ocultaba allí. Ali y yo seguíamos clavadas en el sitio, incapaces de movernos ni de pronunciar palabra.

Y entonces, como creado de la neblina matinal, como surgido de las entrañas de la aurora, un muchacho salió a nuestro encuentro. Parecía agresivo, pero sangraba por una herida en la frente. Sus ropas eran todas de cuero, y llevaba un cinturón hecho de cadenas. El pelo oscuro le tapaba los ojos, de los cuales se veía sólo un brillo amenazador. Avanzó hacia nosotras tambaleándose.

-Ayy.. que me parece que no trae buenas intenciones -

murmuró Ali.

Estábamos a punto de salir corriendo cuando vimos que el muchacho caía al suelo.

-Éste no va a hacernos nada -dije-. Corre a avisar a los demás, está malherido. Hay que ayudarle.

-¿Te dejo aquí sola?

-¡Sí! Vamos, deprisa.

Ali se fue en busca de los que faltaban.

El chico trató de incorporarse, y me miró con el aspecto de una fiera acorralada.

-Espera -le dije-, estás herido. Quédate tumbado, o te marearás.

Su hostilidad inicial se trocó en desconcierto.

-¿Dónde estoy? -pudo articular-. O, más bien, ¿cuándo estoy?

Me dije a mí misma que estaba como una regadera; pero había que ayudarle.

-¿Te caíste de la bici? -le pregunté-. Te has dado un buen coscorrón.

Pero él no me oía. Se volvió bruscamente hacia mí e, ignorando mi pregunta, formuló otra:

-¿En qué año estoy?

-Me-me parece que el golpe te ha afectado a la cabeza más de lo que creía -tartamudeé.

-¡Contesta!

Como dice mi madre, a un loco vale más seguirle la corriente.

-Mil novecientos noventa y dos.

Entonces pareció relajarse. Apoyó la espalda contra el tronco de un árbol y, cerrando los ojos, murmuró para sí mismo:

-Bien, no me encontrarán aquí. A no ser que vengan por mí...

En aquel momento llegaron los demás. Detecté la ausencia de Ali.

-Ha ido al bar de la esquina, por agua oxigenada y algodón -me informó Juanma.

-Me parece que se ha caído de la bici -expliqué-. El caso es que dice cosas muy raras. No sabía en qué año estaba.

-El golpe le ha vuelto tururu -sentenció Juanma.

Nacho se arrodilló junto al extraño muchacho.

-¿Cómo te llamas? -le preguntó.

-Lucian -contestó él con un gemido, llevándose una mano a la cabeza. En aquel momento llegó Ali. Cuando se acercó a Lucian con intención de curarle la herida, éste se apartó con brusquedad, pero luego le dejó hacer. Entonces fue cuando me di cuenta de que estaba nublado y que, por lo tanto, el brillo de antes no podía haber sido un reflejo del sol. Mis sospechas se confirmaron cuando Toni regresó de explorar los alrededores.

-No hay ninguna bici -dijo-. Tampoco una moto.

-Claro que no -dijo Nacho, pensativo-. Si fuera una moto, la habríamos oído.

-¿Cómo te diste ese golpe? -le pregunté a Lucian.

-En... en el laboratorio -murmuró-. Me di contra una estantería, huyendo... huyendo de Fausto.

-¿Laboratorio?

-Vosotros sois buenos chicos -añadió mirándonos a todos-. Eso... no es fácil de encontrar...

-Eh, no le hagáis más preguntas -dijo Ali-. Está divagando.

-La máquina de mi padre funciona -murmuró Lucian-. Eso es lo único que comprendo.

-A mí me parece que éste viene de otro planeta -soltó Juanma.

Lucian le miró y sonrió con cansancio.

-Con que mil novecientos noventa y dos -dijo-. Año de las Olimpiadas de Barcelona. Las penúltimas que se celebraron.

-¿Penúltimas? -repetimos todos a la vez.

-Las últimas fueron las de Atlanta, en el 96. En el año dos mil se decidió que, como aquello procedía de la Grecia clásica y comenzaba una nueva Era, no hacían falta, y las suprimieron. Eso fue nueve años antes de nacer yo.

-Está como una cabra -comentó Nacho.

Una sospecha atenazó mi mente.

-Llegaste como el viento -dije-. De repente. Tú no has nacido aún, ¿verdad? Tú vienes del futuro.

-¡No digas tonterías! -protestó Nacho-. Tú alucinas.

-No -cortó Lucian-. Dice la verdad. Vengo del año 2025.

-¡Estás loco! -dijo Toni.

-Pensad lo que queráis -replicó Lucian, apartando con brusquedad a Ali y levantándose-. Pero tengo que hacer algo por mejorar mi situación.

-¡Espera! -dije-. Yo te creo. ¿Por qué viniste aquí?

-Por error. Ni siquiera sabíamos que ese trasto funcionaba.

Nos miramos unos a otros. Si lo que contaba era cierto, había aventura a la vista.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó Ali-. ¿Cómo volverás a tu tiempo?

Pero Lucian ya se alejaba porque abajo. Corrí tras él.

-Espera, ¿a dónde vas? -le dije-. Tal vez podamos ayudarte.

-No puedo perder más el tiempo, niña.

-Me llamo Isa -protesté-, y no soy una niña. ¿Por qué no quieres aceptar nuestra ayuda?

-No sabéis en qué situación me encuentro...

-Bueno, pues dínoslo.

-Es una historia muy larga.

-Entonces cuéntala -dijo Nacho, que llegaba en aquel momento, seguido de toda la pandilla.

Lucian se volvió hacia él, y Nacho se presentó:

-Me llamo Nacho.

Uno por uno fuimos presentándonos. Y entonces nos sentamos en círculo en la hierba y Lucian, el muchacho del futuro, comenzó su historia.

Capítulo II: "La historia de Lucian"

-Mi padre es el doctor Beltrán -comenzó-, un eminente científico de mi tiempo. Estaba trabajando en un proyecto secreto, que sólo conocían él y Fausto, su ayudante. Se trata de una máquina del tiempo, que él llama "Alfa-5", tal vez porque es la quinta vez que intenta construir una.

-¿Y tú no sabías nada de esa máquina? -preguntó Ali.

-No, ya he dicho que era un proyecto secreto. Me enteré esta mañana, cuando escuché por casualidad una conversación telefónica de Fausto con un tal "señor Morgan".

-Eso suena a americano -comenté.

-Bueno, es que en el siglo XXI hay muchos americanos refugiados aquí. Ese tal Morgan tenía raíces norteamericanas.

-¿Por qué sabes tanto de él?

-Al principio no lo comprendí, pero luego, a medida que iba escuchando la conversación, me di cuenta de que aquél no era un Morgan cualquiera. Era Félix Morgan, el terrorista más buscado del siglo XXI.

-¿Y qué hacía hablando con Fausto?

-Déjale terminar, Isa -protestó Nacho.

-Veréis, yo estaba escuchando aquel diálogo por el otro teléfono. Fausto siempre me había dado mala espina, y, como hablaban de no se qué proyecto secreto, sentí curiosidad. Y me quedé de piedra. Decía Fausto que la máquina del tiempo funcionaba, pero mi padre no lo sabía.

-¿Y dónde estaba tu padre? -quise saber.

-Estaba en Viena, en una conferencia. Morgan le dijo a Fausto que no había por qué preocuparse por él. Que le había puesto una bomba en el portafolios que estallaría a las 17:30. Y que, sin el profesor Beltrán en medio, no tendrían problemas para hacerse con los secretos del Alfa-5.

-¿Quieres decir que planeaban un atentado contra tu padre? -preguntó Nacho. Lucian asintió.

-Entonces fue cuando me enteré de que el Proyecto Alfa-5 consistía en una máquina para viajar en el tiempo, y que Fausto pretendía entregarla a Félix Morgan, a quien buscaba la policía de casi todos los países del mundo.

-¿Qué hiciste entonces?

-Pues la verdad es que nada. Todo lo hizo Fausto. De pronto la voz de Morgan dijo que había alguien en el otro teléfono. ¡Me quedé de piedra! Llegó Fausto desde el laboratorio y me pilló con las manos en la masa. Y entonces, ¡uff!, la que se armó. Me persiguió por todo el laboratorio, derribando mesas, tirando botellas y probetas... Y cuando sacó una pistola de un cajón me di cuenta de que aquel tipo iba en serio. Vi una puerta y me colé dentro. Pero era una habitación... sin salida. En el centro había un bulto de unos dos metros y medio de alto, enorme, cubierto con una lona. Era la máquina Alfa-5, aunque yo no lo sabía. Entonces Fausto entró en el cuarto... ¡estaba acorralado! Sólo se me ocurrió ocultarme tras el trasto aquel y, como Fausto bajó la pistola, pensé que era para no dañarlo, luego debía de ser algo importante. Lo destapé, y entré dentro por una escotilla que tenía por la parte de detrás. La atranqué como pude. Había allí dentro varios brazaletes, con un letrero donde ponía "Úsese para volver al punto de partida", así que cogí uno y me lo puse.

Nos mostró uno que llevaba puesto, una especie de aro metálico lleno de botones.

-Como Fausto seguía golpeando la puerta intentando entrar -prosiguió Lucian-, comencé a oprimir botones y a mover palancas... y me encontré aquí.

-¿Y no sabes cómo volver a tu casa? -pregunté.

-Supongo que con esto -respondió Lucian, alzando el

brazalete-. Pero por el momento no me parece buena idea. ¡Fausto estará esperándome para cerrarme la boca!

De pronto alzó la cabeza como si se acabara de acordar de algo, se levantó y salió corriendo. Nosotros nos quedamos quietos en el sitio.

-¿Vosotros creéis que es verdad todo eso? -pudo decir al final Ali-. Parece tan increíble...

-No, no es su historia lo más increíble -dijo Toni-. Lo más increíble es que me lo creo todo.

-¿A dónde habrá ido? -murmuró Juanma.

Lucian volvió cinco minutos después. Traía una libreta negra consigo, y la cogía fuertemente, apretándola contra su pecho, como si fuera su más preciado tesoro.

-¿Qué es eso? -preguntó Ali.

-Algo muy importante -fue la escueta respuesta.

Nos miramos unos a otros. Con el mal genio que tenía, más valía no insistir sobre el tema.

-En resumen -dijo Nacho-, que no puedes volver a tu tiempo porque Fausto y ese tal Morgan te estarán esperando, ¿no?

-Eso es.

-¿Y qué vas a hacer ahora?

-No lo sé. Seguro que, a estas horas, además de Fausto, estarán en el laboratorio todos los gánsters de Morgan, preparados para dejarme como un colador.

-Háblanos del futuro -pidió Toni-. ¿Qué será del mundo en el 2025? ¿Sigue habiendo hambre en Somalia? ¿Y la capa de ozono? ¿Y la guerra en Yugoslavia?

-El nivel de vida es óptimo en todo el planeta -respondió Lucian-. Muy poca gente pasa hambre, la capa de ozono está bien y hemos destruido todas las armas nucleares.

-¿Y el SIDA? ¿Y el cáncer?

-El cáncer ya está casi controlado, y, como han desaparecido las drogas, el SIDA está disminuyendo a pasos agigantados.

-¿Qué ha sido de aquellas dos naves de exploración espacial? -pregunté-. Me refiero al Voyager I y al Voyager II...

-El Voyager I se ha perdido. No se recibe ninguna señal suya. Sin embargo, el Voyager II está entrando en un nuevo sistema solar. Los científicos no descartan que pueda haber vida en alguno de los planetas de dicho sistema...

-¡Qué futuro tan estupendo nos espera! -comenté-. Todo es casi perfecto.

-No -me contradijo Lucian-. No es perfecto. Nada es perfecto. La violencia en las ciudades es terrible. Nadie se atreve a salir de su casa cuando anochece. La policía no consigue detener a a las bandas de adolescentes, que se han transformado en ladrones y asesinos de la peor calaña que existe. Tienen aterrorizados a todos los adultos. La delincuencia juvenil es tan abundante que nadie confía en un adolescente. Se escapan de sus casas, tienen armas y no les importa matar para conseguir sus propósitos. Siembran el caos y la muerte allá donde vayan, y viven en casas abandonadas que ellos llaman “refugios”.

-¿Pero qué quieren? -preguntó Nacho.

-Aspiran a un mundo gobernado por los jóvenes, donde nadie les dé órdenes, donde ellos sean los que manden. Sostienen que no necesitan a sus padres, y que ya es hora de que len dejen hacer lo que les dé la gana. Quieren sentir el mundo en sus manos... y esto sucede en todas las ciudades del mundo.

-¿Tú no eres como ellos? -inquirió Ali.

-No. Hubo una época en que estuvieron a punto de convencerme pero, cuando mataron a mi madre, me di cuenta de que ése no era mi ideal, ni mucho menos.

-Y si los adolescentes son los más criminales... ¿qué

pinta la banda de Morgan en todo esto? -pregunté.

-Son ellos los causantes de este revuelo. Al finales de la primera década del siglo XXI apareció un nuevo movimiento, el R.A.P., liderado por Morgan. este decía que había que organizar una especie de “revolución adolescente”, para “acabar con la tiranía de los adultos”, o algo así. Logró de esta manera un ejército de adolescentes sanguinarios bajo sus órdenes. El R.A.P. es el nombre de esta organización internacional, a la que pertenecen la mayoría de los jóvenes del mundo.

-¿Qué significa R.A.P.?

-Son las siglas del lema de su organización, “Rebeldes Al Poder”.

Nos quedamos en silencio un momento, y luego Ali dijo, tímidamente:

-¿Creéis que es bueno que conozcamos el futuro por adelantado? No deberíamos saber todo esto.

-Tienes razón -dijo Nacho-. No tendríamos que habernos enterado de lo que pasará en el futuro.

-Además, no falta tanto para eso -dijo Toni-. Treinta y tres años. Aún estaremos vivos.

-Mi situación no es muy buena, que digamos -murmuró Lucian como para sí mismo-. Mi padre tiene una bomba en el portafolios, Fausto y Morgan tienen la máquina del tiempo y yo estoy atrapado aquí. Y es posible que...

-¿Qué podemos hacer para ayudarte? -le pregunté.

-Escucha -dijo entonces Ali-, no puedes ir así por la calle. Llevas una ropa un tanto extraña. Lo primero es encontrarte ropa decente, y un sitio donde puedas dormir.

-Muy práctico, Ali -cortó Nacho-, pero nosotros el lunes tenemos colegio. ¿Qué hacemos con él?

-De momento, llevarle a mi casa -sugirió Toni-. No hay nadie ahora. Que se cambie de ropa, que descanse, que coma un

poco y después, ya veremos.

-Mis padres se van de viaje -recordó Nacho-. En cuanto comiencen las vacaciones. Nos quedaremos solos mi hermana Mónica, Juanma y yo. Entonces no habrá problemas.

-Pero falta mucho para las vacaciones.

-No, hombre. Las vacaciones de Navidad comienzan el miércoles. Mis padres se van el martes.

-Y estamos a sábado. Y mientras tanto, ¿qué?

-Que se quede a dormir una noche en casa de cada uno, para que no se sospeche...

-Sí, hombre -cortó Ali-. Y yo llevo a un chico desconocido a mi casa y le digo a mi madre que si se puede quedar a dormir y me dice de todo.

-¡Espera, tengo una idea! -dijo yo-. ¿Y si le decimos a la madre de Toni que los padres de Lucian han tenido un accidente de coche y están en el hospital, y no tiene dónde quedarse porque no es de aquí? ¡Seguro que le dice que se quede?

-Eso ya se verá. Hasta el martes, que se trasladará a casa de Nacho y Juanma. Le soltamos la misma bola a Mónica y ya está... esa es tu idea, ¿no? -dijo Toni-. Pues permite que te diga que es algo exagerada.

-A mí me parece buena idea -protesté.

Acabaron por ceder. Lucian no había dicho nada hasta el momento, pero entonces dijo:

-¿Qué habéis decidido por fin?

-Hemos decidido que ahora te vayas a casa de Toni, a cambiarte de ropa y comer algo -respondió Nacho-. Y cuando lleguen sus padres les diremos que no tienes dónde quedarte, porque tus padres han tenido un accidente y están en el hospital, a ver si te dejan quedarte allí.

Lucian se encogió de hombros.

-Bueno -fue todo lo que dijo.

-Sugiero que os vayáis todos a vuestras casas a cambiaros de ropa y ducharos un poco -dijo Toni-. Quedamos en el bar dentro de una hora, ¿vale?

Dijimos que de acuerdo, y cada uno se fue por su lado. Como Ali y yo vivíamos en la misma calle, nos marchamos juntas.

-No puedo creerlo -me comentó entonces Ali-. ¿Es un sueño o es cierto que hemos conocido a un chico que no ha nacido todavía?

-Es verdad -concedí-, es increíble. Seguro que en ninguno de los libros de ciencia-ficción que lee mi hermano Pablo hay una aventura más alucinante que la historia que nos acaba de contar Lucian.

-Isa, ¿tú crees que podemos cambiar el futuro? Por ejemplo, educando mejor a nuestros hijos...

La miré.

-Ali, olvida todo lo que nos ha contado Lucian. Porque no deberíamos saberlo. Lo que tenga que pasar, pasará.

-En el futuro quitarán el parque de ahí para construir el laboratorio del doctor Beltrán. Interesante, ¿verdad?

-En el futuro dirán que las Olimpiadas están pasadas de moda y las suprimirán. Curioso, ¿eh?

Nos miramos y nos echamos a reír. Pero era una risa un tanto nerviosa.

-No es bueno que lo sepamos -concedió Ali-. Lo olvidaremos.

-Podría preguntarle a Lucian quién ganará las próximas elecciones... o....

-Lo olvidaremos, Isa.

-De acuerdo -refunfué.

-Te recuerdo que fuiste tú quien lo dijo.

-Y ahora lamento no haberme mordido la lengua.

En aquel momento llegábamos a su portal.

-Dentro de tres cuartos de hora pasaré a buscarte -le dije a Ali-. No me hagas esperar, ¿eh?

-Y tú, sé puntual.

Nos despedimos y yo seguí calle arriba hasta mi casa. Me encontré con Pablo, mi hermano mayor, en el rellano.

-¿Hay alguien en casa? -le pregunté.

-No, han salido a pasear a Clarita -(Clara es mi hermana pequeña, de un año).

-¿Vas a salir luego?

-Sí, en cuanto me duche. ¿Te vas?

-Vendré sobre la una y media. Voy a casa de Salva.

-Vale. Pablo....

Se volvió.

-Qué.

Pensé que sería tremendamente injusta si no se lo contaba. A él le encantaba la ciencia-ficción. Pero...

-Nada. déjalo. Hasta luego.

Pablo bajó corriendo la escalera. Yo había decidido consultarlo con Nacho antes de abrir la boca, porque se suponía que era un secreto. Entré en mi casa. Después de ducharme (no hay que olvidar que antes de que llegara Lucian habíamos estado corriendo) y ponerme un jersey y unos vaqueros me sentí mucho mejor. Como me sobraba tiempo (cosa insólita tratándose de mí), me tumbé en la cama para reflexionar. Era extraño. Toda la vida imaginando que algún día viviría una de las aventuras de la tele y ahora me sentía rara, como si aquello no fuera real. Como si fuera un producto de mi fantasía. Pero era verdad, Lucian era de carne y hueso, y había venido del año 2025. Era una locura. Era una locura y, sin embargo, tenía sentido. ¿Desde cuándo una locura puede tener sentido?

Llamaron al teléfono, y me levanté para cogerlo. Era

Nacho.

-Escucha, ahora que no están los demás -me dijo-, me gustaría hablar contigo sobre Lucian.

-Adelante.

-¿Recuerdas lo que dijo sobre adolescentes criminales? Estaba pensando... ¿y si él fuera uno de ellos?

-Entonces no nos lo habría contado, Nacho, piensa un poco. Sólo nos lo ha contado porque no tiene de qué arrepentirse.

-¿Tú crees?

-A mí me parece un chico legal.

-Las apariencias engañan.

-¿Quieres decir que no te fías de él?

-Más o menos.

Hubo un silencio algo embarazoso.

-Escucha, tú y yo somos los “cerebros” del equipo -dijo entonces Nacho-. Cuando ponemos nuestras cabezas a trabajar juntas podemos maquinar lo increíble. Pero aquí hay algo que no encaja.

-Ya sé lo que quieres decir: Lucian no nos lo ha contado todo.

-Has pensado lo mismo que yo.

-¿A que tiene que ver con esa misteriosa libreta negra?

-Exactamente. Tú y yo deberíamos montar una agencia de detectives, ¿sabes?

-No bromees, Nacho. Esto va en serio.

-Vaya, el “mico” ya ha salido de la ducha. No puedo hablar más, habla tú.

-¿Crees que debemos decírselo a los demás?

-No, por el momento no.

-¿Tienes alguna idea?

-No, pero vendrá pronto.

-Bueno, pues ya hablaremos. No tardéis, hasta luego.

-Hasta luego, tía Elvira. Si quieres hablar con mamá, llama más tarde, ha ido a comprar el pan.

-¿Cómo que “tía Elvira”?

-Sí, le daré tu recado. Adiós.

Y colgó. Yo hice lo propio, retorciéndome de risa.

Pero Nacho tenía razón. Había algo que fallaba en la historia de Lucian. Aunque yo no creía que fuera mal chico, nos ocultaba algo, y eso siempre resulta sospechoso. Pensando en esto, cogí la cazadora, un poco de dinero, las llaves y salí de casa. Me encontré con Ali en la calle.

-¡Anda! -dijo-. Salimos al mismo tiempo.

-Que yo recuerde, es la primera vez que ocurre -reí.

-Y la primera vez que nos sobra tiempo -añadió Ali-. ¡Yo no recuerdo haberme duchado tan rápido en mi vida!

Fuimos dando un paseo hasta en bar donde habíamos quedado. Nacho y Juanma estaban allí. Nacho me guiñó un ojo disimuladamente, pero a Ali no se le escapaba una.

-¿Qué os traéis entre manos vosotros dos?

-¡Tía Elvira! -me saludó Juanma.

Vi cómo Nacho se quedaba tieso, y tuve muchos problemas para contener la risa.

Pero cuando llegaron Toni y Lucian se quedó más tieso todavía, y me miró. Y entonces lo capté... o eso creí. Me pregunté si lo que le pasaba era que estaba celoso de Lucian... aunque pronto deseché la idea. Tal vez mi romanticismo me llevaba demasiado lejos. Me propuse vigilarlos a los dos estrechamente.

-¡Hola! -saludé a Toni y Lucian, con la mayor indiferencia posible-. ¿Tomamos algo?

Nacho me dio una patada por debajo de la mesa, y entonces me di cuenta de que Lucian se había traído consigo la

libreta negra. Le hice a aquél un gesto casi imperceptible de asentimiento.

No eran celos lo que le había hecho sospechar a Nacho de Lucian. Allí había un misterio de verdad.

Capítulo III: "Raquel se interesa demasiado"

Mientras tomábamos una coca-cola (Lucian comentó que en su tiempo la coca-cola era transparente), hacíamos planes.

-Dentro de una hora aproximadamente iremos a mi casa - dijo Toni-. Entonces ya habrán venido mis padres. Les diremos lo de Lucian, a ver si pueden arreglarlo.

-Pero Lucian no puede quedarse aquí para siempre -dijo Juanma.

-¿Por qué? -preguntamos los demás.

-Bueno, porque él no ha nacido aún. Ahora no existe, no está aquí. No estará hasta dentro de diecisiete años. Y entonces será un bebé recién nacido.

A mí me daba vueltas la cabeza.

-¿Cómo que no existe? Si está aquí, con nosotros.

-Pero no debería estar aquí -apuntó Lucian-. Me parece que no es muy bueno esto de los viajes en el tiempo.

-Es curioso-comentó Nacho-. Vienes del futuro y, sin embargo, pareces un chico normal, como nosotros.

Era cierto. Por su forma de comportarse parecía un muchacho del siglo XX, y no del siglo XXI. Además, ahora que iba vestido con ropa de Toni, nadie hubiera dicho que no era como nosotros.

-Es que soy un chico como vosotros. Los tiempos cambian, pero la naturaleza humana es siempre la misma, siempre ha sido la misma y siempre será la misma.

Además, me pareció muy sabio para su edad. Casi parecía un adulto.

-Bueno, chicos, vamos a pensar una manera de devolver a Lucian a su tiempo -dije.

-¿Qué tal si le damos una ametralladora? -sugirió Juanma-. Así cuando llegue a su casa podrá disparar a todos los

que se le pongan por medio y avisar a su padre.

-No creo que con una ametralladora consiga librarme de todos los matones de Morgan -dijo Lucian-, pero tendré en cuenta tu sugerencia.

-¿Cómo funciona eso? -preguntó Ali, señalando el brazalete.

-No creo que lo sepa, Ali... -empecé, pero Lucian me cortó.

-Mira, desde allí controlan la máquina del tiempo. Pueden captar cuándo este trasto está activado. Si no lo está, no pueden devolverme a 2025. Fausto y los demás estarán al acecho. En cuanto le dé a este botón, que es el que activa el brazalete, podrán llevarme de nuevo a mi tiempo. Mientras esté desactivado, no pueden.

Le di una disimulada patada a Nacho por debajo de la mesa, y anuncié:

-Voy un momento al servicio.

Entré en el bar y esperé en un rincón que no se veía desde fuera. Tres minutos después entró Nacho.

-¿Qué pasa? -me preguntó-. ¿Qué querías decirme?

-Escucha, hay algo que no encaja. ¿Cómo puede ser que Lucian sepa tanto del Alfa-5 si no conocía el experimento?

Nacho se quedó callado un momento. Luego dijo:

-Es verdad, no lo había pensado.

-¿Crees que debemos confiar en él?

-¿Tú confiarías en alguien que no confía en ti?

-Me parece que, en cierto modo, hace bien. No nos conoce, y se encuentra en una situación muy delicada. No puede correr riesgos.

-De todas maneras le tendremos vigilado. Bueno, Volvamos ya. He dicho que iba a pedir la cuenta, y estoy tardando demasiado. ¿Quién va primero?

-Ve tú -respondí-, que yo tengo que ir al servicio de verdad.

Nacho se rió, y se acercó al camarero. Yo entré en el servicio.

Cuando salí de nuevo a la calle vi que alguien más se había sumado al piscolabis. Al sentarme capté la mirada desesperada de Ali, e intuí que algo no marchaba bien.

Pronto me di cuenta. La nueva invitada era Raquel, que había acaparado a Lucian, y ambos se encontraban enfrascados en una animada conversación.

-Anda que, como Lucian diga algo inconveniente, dentro de una hora lo sabrá todo el barrio -me susurró Ali al oído.

-Hay que impedirlo -respondí en el mismo tono-. Tenemos que advertirle de alguna manera.

Nacho, inteligente como siempre, dijo:

-¡Mira, Lucian! Por allí va mi hermano mayor. Ven, te lo presentaré.

Y agarrando del brazo al muchacho del futuro, lo arrastró tras de sí hasta que doblaron una esquina y dejamos de verlos.

Raquel iba a levantarse para seguirlos, pero la cogí de la chaqueta y la hice sentarse de nuevo.

-Espera, que no me has contado qué tal te han ido las notas de la evaluación...

-No me apetece hablar ahora del colegio -rechazó Raquel-. ¿Cómo es que no me habíais presentado antes a Lucian? ¡Es tan simpático... y tan guapo!

Ali y yo cruzamos una mirada significativa. Aquello quería decir que Lucian tendría a Raquel pegada a sus talones hasta el día del Juicio Final.

-Además -prosiguió Raquel-, tampoco me dijisteis que ibais a quedar hoy. A veces me parece que queréis deshaceros de mí.

Ali me miró con cara de apuro, esperando que fuera yo quien dijera algo.

-A propósito -añadió Raquel, pensativa-, no sabía que Nacho tuviera un hermano mayor...

En aquel momento llegaron Nacho y Lucian corriendo. Lucian parecía muy alarmado.

-¡Mis padres han tenido un accidente! -exclamó-. ¡Se los llevan al hospital!

-¡Oh, no! -dije yo, siguiéndole el juego-. ¿Y cómo ha pasado?

Lucian negó con la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

-No lo sé -respondió-, pero tengo que ir inmediatamente al hospital.

-¡Te acompañamos! -decidió Ali.

Lucian se volvió hacia Raquel.

-¿Podrías hacerme un gran favor?

-¡Claro que sí!

-Vete a tu casa entonces, y llama a los padres de Toni, Nacho, Isa y Ali. Cuéntales lo que ha pasado, y diles que llegarán un poco tarde.

-¡Oh! -se limitó a decir Raquel, desencantada-. ¿No puedo...?

-¡No hay tiempo! -corté-. ¡Nos vamos al hospital! Y gracias por tu ayuda, Raquel.

Nos marchamos corriendo, dejando a la pobre Raquel plantada en el bar.

Nos fuimos a nuestro refugio preferido los fines de semana y vacaciones: el instituto de los chicos, que los días festivos estaba cerrado y, por lo tanto, no había nadie allí. Nosotros conocíamos una manera de colarnos allí, y lo hacíamos a menudo, en busca de un sitio tranquilo donde poder hablar de

nuestras cosas sin ser molestados.

Así que entramos dentro, escalando el muro por un sitio en donde tenía una brecha donde se podía apoyar el pie y saltar al otro lado.

Cuando estuvimos dentro nos sentamos en unos bancos a recuperar el aliento.

-Apunta esto, Isa -me susurró Nacho-. Nuestro personaje de la semana es un magnífico actor. Cuidado con lo que dice, ¿vale?

Asentí.

-Pobre Raquel -se compadeció Ali-. ¿Qué les dirá a nuestros padres?

-Es posible que crean que somos nosotros los accidentados -rió Toni-. Y entonces sí que se llevarán un susto de muerte.

-No me gusta esto -declaró Nacho-. ¿Qué tripa se le habrá roto a esa chica?

-Ferviente admiración -sentenció-. Está loca por Lucian. ¡Y yo que no creía en el amor a primera vista!

-Pues sí que estamos apañados -suspiró Juanma-. ¿Y ahora qué hacemos? Con lo tozuda que es, seguro que estará pegada a nosotros siempre, y terminará por descubrirlo todo.

Nos miramos unos a otros. Era un caso muy complicado.

-Raquel se interesa demasiado -concluyó Nacho-. ¿Qué hacemos con ella? Ése es el quid de la cuestión.

-Si llegara un príncipe azul interesado por ella, seguro que dejaba en paz a Lucian -gruñí.

-¡Gran idea! -saltó Nacho-. ¿Y si Toni o yo simulamos...?

-No me gusta la idea -corté, ceñuda. ¿Pues no me habría fastidiado ver a Nacho detrás de Raquel?-. Me parece sencillamente inhumano engañarla de ese modo.

Nos quedamos callados un momento. Por casualidad miré el reloj y vi que eran aproximadamente las doce.

-Aún nos sobra tiempo -dije-. Si vamos ahora a casa de Toni nos dirán que qué rápido hemos vuelto del hospital.

-Me parece que os estoy creando demasiadas complicaciones -declaró Lucian-. Lo mejor será que nos separemos aquí. Y gracias por haberme ayudado.

Y sin darnos tiempo a reaccionar se levantó, saltó el muro y se perdió de vista. Nos quedamos parados en el sitio.

-¡Eh, no podemos dejar que se vaya! -dijo Toni-. Tendrá problemas si no le ayudamos.

Nos apresuramos a saltar el muro, pero no había ni rastro de Lucian.

-Rápido, organicemos una batida -dijo Nacho-. Ali, ve por la zona del polideportivo. Tú, Toni, recorre la Avenida de Andalucía de arriba a abajo. Isa, la plaza de Argentina. Juanma y yo iremos al bar Carrión y alrededores. Dentro de media hora nos encontraremos aquí. ¡Deprisa!

Acatamos la orden sin rechistar, y cada uno se fue por su lado.

La plaza de Argentina no quedaba lejos, pero ni rastro de Lucian. Me senté en un portal a reflexionar.

Lucian se había ido. No quería causarnos problemas. O quizá éramos nosotros los que le causábamos problemas a él. Tal vez tenía que hacer algo importante y no quería que supiéramos qué era. Era posible que quisiera regresar a su tiempo...

-¡El parque! -exclamé.

Y, aunque aquella zona no estaba en nuestra área de búsqueda, me dirigí allí lo más velozmente que pude.

Lo vi agazapado tras unos arbustos, en el lugar donde apareció. Parecía esperar algo... o a alguien. Me acerqué

sigilosamente por detrás. De pronto se volvió bruscamente y, con una furia salvaje, me arrojó al suelo.

-Ah, eres tú -dijo luego, relajándose.

Me levanté como pude, y le lancé una mirada furibunda.

-Como dicen en las películas -mascullé-, primero disparas y después preguntas, ¿no? Eres un bruto. ¿Es ésa manera de tratar a los amigos?

-No te he pedido que vinieras -me atajó secamente-. Creí haber dicho que debíamos separarnos.

Me quedé callada, pensando. ¿Tal era la situación que se viviría en el futuro, que un muchacho de dieciséis años tenía que estar en alerta continua, dispuesto a saltar sobre cualquier cosa que se moviera?

-Escucha -le dije-, estamos preocupados por ti. Eres nuestro amigo, y queremos ayudarte.

-Pero no podéis.

-Mira que eres cabezota. Nosotros...

-Isa, tenéis problemas para alojarme, para justificar mi presencia aquí... creo que será mejor que continúe yo solo. Me las arreglaré mejor, ¿sabes? Las cosas se estaban poniendo muy cuesta arriba.

-Está bien -dije, conciliadora-. Lo comprendo. Pero al menos, explícame qué haces aquí. No nos lo has dicho todo.

-¿Por qué tendría que hacerlo?

-Lucian, definición: chico agresivo y brusco que no cree en nadie más que en sí mismo.

-Vete de una vez -insistió Lucian-. Es peligroso.

-¿Peligroso? -repetí-. ¿En qué sentido?

-Estoy seguro de que vendrán a cerrarme la boca.

-¿Es por eso por lo que estás aquí? ¿Por si vienen?

Lucian asintió.

-¡Pero eso es una locura!

-Mira, ya está bien. Vete. No estás preparada para enfrentarte contra ellos.

-Pero...

-¡Hazlo!

Respiré hondo.

-Lucian, esto es un jeroglífico, pero por eso me interesa. Me atraen los misterios. Y a Nacho las aventuras. Y a Toni la acción. Y a Ali las cosas raras. Y a Juanma todo lo que tenga que ver con nosotros. Así que me parece que no te vas a ver libre de nosotros de momento.

-No solicité vuestra ayuda. -Su voz era cortante como un cuchillo.

-Tampoco la rechazaste -le recordé.

-Ahora lo hago.

-Pero demasiado tarde.

Se volvió hacia mí exasperado.

-¿Qué tengo que hacer para librarme de vosotros? ¡Los chicos del siglo XX sois realmente irritantes!

-Dime qué hay en la libreta negra.

-Eres demasiado curiosa.

-Y tú demasiado desconfiado.

-¿Hay otra manera de ser?

Le miré fijamente.

-Lucian, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Es esto lo que nos espera en el futuro?

-La culpa fue de Morgan. Sin él no existiría el R.A.P. y, cuando él caiga, las bandas criminales de adolescentes caerán con él. Porque cuando un ejército pierde a su cabecilla se transforma en caos, confusión y desorden.

-¡Quieres acabar con Morgan! -exclamé, comprendiéndolo al fin-. ¿Estás loco?

No contestó.

-Además, ¿cómo puedes estar tan seguro de que vendrá a 1992? -insistí-. ¿Cómo sabes que vendrá él en persona?

-Vendrá -afirmó Lucian-. Vendrá.

-No creo que esa sea la forma correcta de actuar.

-Sois tan moralistas -protestó Lucian-. En mi tiempo eso no ocurre.

-Sois tan materialistas -contraataqué-. En mi tiempo aún tenemos algo de ética.

No hubo respuesta.

-Oye, si quieres sacar algo en limpio sin meterte en líos tendrás que utilizar la astucia.

-¡Astucia! Ellos son más astutos que el zorro.

-¿Y tú, cómo eres?

-Yo actúo por instinto. El instinto de supervivencia que tienen los seres vivos; por eso sobreviven.

Yo no estaba muy de acuerdo con eso.

-El hombre es un lobo para el hombre, como dijo aquél -murmuré-. De todas maneras...

-Basta ya -me cortó Lucian-. Vete de una vez, aquí sobras.

-El parque es de todos y...

-¡Que te marches! ¡Que te largues con viento fresco! ¿Es que no entiendes el castellano?

Me levanté para marcharme.

-Está bien, pero, si tienes problemas, no dudes en buscarnos -terminé. “Y tendrá problemas”, pensé, “de seguir con esa actitud”.

Me alejé lentamente, preguntándome cuánto tardaría Lucian en acudir a nosotros.

Capítulo IV: "El R.A.P."

-¡Espera, Isa!

-Qué rapidez. Di media vuelta y lo miré pasmada.

-Sólo quería pedirte perdón por haberme mostrado tan brusco -me dijo Lucian-, pero es que no quiero involucraros a vosotros en este asunto. Es cosa mía. Lo comprendes, ¿verdad?

Lo comprendía, pero no compartía su punto de vista.

-Necesitas ayuda, Lucian, no me vengas con cuentos.

-No empecemos, ¿eh?

-De acuerdo, pero...

Un fogonazo me deslumbró. Lucian se volvió rápidamente.

-¡Maldita sea, me han visto!

Había allí un grupo de hombres con gabardinas y sombreros grises, como los espías de las películas. Y habían pillado a Lucian distraído.

-¡Miren, es él! -gritó uno-. ¡El hijo de Beltrán!

Lucian me dio un empujón.

-¡Corre, Isa, corre! Han venido más de los que esperaba...

Me quedé parada, sin saber qué hacer. Entonces Lucian se sacó una pistola pequeña y lisa del bolsillo y comenzó a disparar.

-¡Isa, corre!

Y reaccioné, echando a correr. Pude oír la voz de uno de aquellos hombres:

-¡Lo quiero vivo!

Me volví súbitamente y chillé:

-¡Lucian, nos encontraremos en el lugar donde te separaste de nosotros! ¡No lo olvides! ¡Te esperamos allí!

Di media vuelta y seguí corriendo, no del todo segura de

si me había oído o no.

Mientras cruzaba el parque como una flecha, sólo tenía una idea fija: Lucian se encontraba en aquel lío por mi culpa, porque si no le hubiera distraído, hubiera podido permanecer oculto.

Llegué al instituto. Allí me esperaban todos los demás.

-¿Lo has encontrado? -me preguntó Ali.

-¡Sí! -jadeé-. ¡Deprisa, hay que ayudarlo! ¡Han venido desde el futuro para acabar con él! Le he dicho que venga aquí...

Y les conté en pocas palabras lo que había pasado.

-Bien, les tenderemos una emboscada -decidió Nacho-. Porque seguro que vendrán tras él hasta aquí. Isa, ¿sabes si Lucian llevaba aún el anorak rojo de Toni cuando te separaste de él?

-Sí, pero...¿por qué lo preguntas?

-Tengo un plan.

Nos llevó a un portal casi en la esquina de la calle del instituto.

-Vendrán por aquí -dijo-, si vienen del parque. Es seguro que huya de esos hombres porque, según Isa, eran demasiados. Entonces, uno de nosotros los entretendrá mientras escondemos a Lucian en el portal.

-¿Entretenerles? -repitió Toni-. ¿Cómo?

Nacho se rascó la cabeza, tal vez con la esperanza de hacer brotar de ella alguna idea.

-Pues la verdad es que no lo sé -confesó.

Y entonces Juanma, con una sonrisa picarona, se sacó algo del bolsillo. ¡Era una bolsa de canicas!

-Con esto -dijo.

-¡Estupendo! -exclamé-. ¡Qué gran idea!

Nacho nos explicó a todos lo que debíamos hacer. Nos lo explicó todo menos la última parte del plan, e intuí que él estaba

de por medio y que por eso no nos lo podía contar.

-Oye, Nacho -le dije-. Sea lo que sea lo que te toque hacer a ti... ten cuidado.

-Bien.

-¡Que vienen! -anunció Juanma en un susurro.

Entonces Toni se colocó en la esquina, de forma que quedara oculto por ella para los tipos aquellos del futuro. Vimos que Lucian giraba como un rayo y entraba en la calle. Nacho lo llevó casi a rastras hasta el portal, y le dijo:

-Quédate con Juanma y las chicas. Ya nos ocupamos nosotros. Ah, y dame el anorak...

Le miré fijamente.

-Nachó, ¿qué vas a hacer?

-Confía en mí.

Oímos un choque. Toni había interceptado en la esquina a los perseguidores de Lucian. Las canicas que llevaba en la mano se desparramaron por el suelo.

-¡Oh, lo siento! -oímos la voz de Toni-. No los vi llegar...

Y los hombres resbalaban una y otra vez con las canicas al intentar levantarse. Nosotros nos acurrucábamos en el portal. Nacho se puso el anorak que llevaba Lucian y salió corriendo.

-¡Ahí está!

Entonces fue cuando me di cuenta de que él mismo se había puesto de cebo, y que aquellos hombres lo habían confundido con Lucian. Por eso no quería decirnos nada, porque sabía que nunca se lo habiérámos permitido.

Los hombres de Morgan pasaron como flechas por delante del portal. Nosotros ni siquiera respirábamos.

Al echar un vistazo a Lucian vi que estaba herido. Era una herida pequeña, circular, de bala, sin duda. La tenía en el brazo, casi a la altura del hombro.

-¿Te duele mucho? -le pregunté.

Hizo un gesto de negación.

Y entonces la puerta del ascensor de aquella casa se abrió, y por ella apareció un señor maduro, muy alto, con un espeso bigote blanco, y un caniche atado de una correa. Miró a Lucian y dijo:

-Hijo, ¿te encuentras bien? Te veo muy pálido.

Ali tapó apresuradamente la herida de Lucian con su cazadora, antes de que el hombre la viera.

-Qué va, no pasa nada, es que me he mareado...

-¡Sí! -corroboró Juanma atropelladamente-. ¡Ahora lo llevamos a casa! ¿A que sí, chicas?

En aquel momento llegaba Toni.

-Vámonos, antes de que se den cuenta de que ése que corre no es Lucian.

Y nos marchamos de allí, dejando al hombre pasmado y a su caniche ladrando frenéticamente.

Ali le había puesto a Lucian su cazadora por los hombros, mientras caminábamos rápidamente por la calle, temerosos de que nos siguieran aquellos hombres que habían venido del futuro para eliminar a nuestro amigo.

Por fin llegamos al instituto, y nos colamos dentro.

-No podemos quedarnos aquí -protesté-. Es posible que vengan por esta zona cuando descubran que Nacho no es Lucian.

Toni no respondió. Nos guió hasta el edificio y nos mostró una pequeña ventana a la altura del suelo. que estaba abierta. Nos metimos por ella dentro del edificio como pudimos.

Nos encontramos en una habitación grande, húmeda. La ventana por donde habíamos entrado quedaba casi pegada al techo de aquel cuarto, que estaba lleno de trastos de gimnasia viejos o rotos. En una pared había una espaldera, y de otra colgaban unas cuerdas deshilachadas. Todo esto, además de un

potro desvencijado, un montón de colchonetas apolilladas y una bicicleta vieja en un rincón me indicaron que aquello era un antiguo gimnasio.

-Este es el antiguo gimnasio del instituto -dijo Toni, poniendo una tabla en la ventana para que no se nos viera desde el exterior-. La ventana está estropeada desde los tiempos de Mari Castaña, y no se puede cerrar.

-Es...es... -no me salía la palabra.

-Alucinante- me ayudó Juanma.

-Más o menos.

Ayudamos a Lucian a echarse en el montón de colchonetas.

-¿No hay luz? - pregunté.

Sólo teníamos la que se filtraba por los agujeros de la tabla que habíamos colocado en la ventana.

-Se ha fundido -me informó Toni, y apartó un poco la tabla, para que entrara algo más de luz.

-¿Y ahora qué? -preguntó Ali.

Toni se encogió de hombros.

-Ahora, a esperar -dijo-. Nacho vendrá pronto.

-¿Qué le harán cuando descubran que no es Lucian?

-Nada -respondió el propio Lucian-. No se molestarán en él. Tienen cosas más importantes en qué pensar.

-Ojalá tengas razón -murmuré.

-Pero no podemos dejarle así -dijo entonces Ali-. Tenemos que curar a Lucian.

-¿Cómo? -pregunté-. Yo no sé curar heridas de bala. Habrá que llamar a un médico...

-Y se descubriría todo -cortó Toni-. Querría saber quiénes son sus padres, y por qué no vienen con él. Isa, que no todos los días se incrusta una bala en el brazo a un chico de dieciséis años. Pensará que es un gamberro, o algo por el estilo...

llamará a la policía...

-Vale, me has convencido -refunfuñé-. ¿Pero qué hacemos entonces?

-Yo tengo la solución -dijo Juanma, apareciendo en ese momento por la puerta del gimnasio.

-¿Dónde has estado? -quiso saber Toni.

-He hecho una rápida exploración del edificio -informó el chaval-. He recorrido aulas, despachos...¿Y adivináis lo que he encontrado en la conserjería? ¡Un botiquín completo!

-¿Hay unas pinzas ahí? -preguntó Toni, quitárselo de las manos.

-Me parece que sí.

-Bueno, creo que en un caso así lo primero es sacar la bala de la herida. Las chicas han hecho unos cursillos de primeros auxilios...

-Oye, que “primeros auxilios” no es sacar balas -le recordó Ali-. Nosotras hemos aprendido a hacer torniquetes, vendajes de emergencia, la respiración artificial, y cosas así.

-Pero lo que Lucian necesita ahora no es la respiración artificial, Ali.

Ali y yo nos miramos, esperando que fuera otra la que se ofreciera. Como a Ali le ponían muy nerviosa ese tipo de cosas, sabía que me tocaría a mí al final. Y no me equivoqué. Cuando di una mirada circular vi que todos los ojos convergían hacia mí, y me puse a temblar como una hoja.

-¡Animo, Isa! -murmuró Toni.

-Está bien -decidí, todavía como un flan-. Juanma, ¿están desinfectadas esas pinzas?

-No lo sé -contestó Juanma-. Yo las he bañado con agua oxigenada, por si acaso.

Fui al cuarto de baño a lavarme las manos. Mientras lo hacía, de pronto mis pensamientos se apartaron por un momento

de Lucian y su herida para volver a Nacho. ¿Qué hacía? ¿Por qué tardaba tanto?

Intenté no pensar más en ello. Volví al gimnasio. Como no se veía bien del todo, Juanma había cogido “prestada” una linterna de la mesa del conserje, y la sujetaba cerca de Lucian.

Me acerqué a él y tartamudeé.

-No-no estoy muy segura de lo que hago, ¿sabes?

-Confío en ti -replicó Lucian, y se quitó el jersey.

Me encontré con la mirada comprensiva de mi amiga del alma.

-Ay, Ali...

Ella se encogió de hombros. Decidí comenzar de una vez con aquel asunto. Desinfecté la herida con algodón y agua oxigenada. Hasta ahí todo era muy fácil. Pero ahora llegaba la peor parte. Cogí las pinzas. Me temblaba la mano.

-Adelante -dijo Lucian.

Respiré hondo y obligué a mi mano a mantenerse firme. Lucian apretando los dientes, Juanma sujetando la linterna, Ali y Toni conteniendo el aliento... y yo con las pinzas, rebuscando en aquel pequeño agujero. Sabía que le hacía daño. Pero nunca se le ocurriría quejarse, era demasiado orgulloso.

En aquel momento alguien quitó la tabla de la ventana. Toni y Ali se acercaron rápidamente, dejándonos a Juanma y a mí con Lucian. No me atreví a volver la cabeza. Fuera quien fuera, amigo o enemigo, no podían distraerme. A Juanma le temblaba la linterna en las manos. Entonces las pinzas aferraron algo duro. Saqué fuerzas de flaqueza y, procurando no soltarlo, con todo el cuidado que pude, tiré hacia fuera.

-¡Nacho! -la voz aliviada de Toni-. ¿Por qué has tardado tanto?

Un último tirón. Algo pequeño y plateado salió con las pinzas de la herida de Lucian. Lo último que vi fue la mirada

cansada que me dirigió el herido. Me levanté y corrí hacia Nacho.

-¡Se puede saber por qué no has venido antes! -sollocé, medio histérica.

Nacho estaba pasmado. Ni siquiera sabía lo de la herida de bala, que Ali estaba terminando de curarle a Lucian por mí.

-No sabes lo que ha pasado, ha sido...- murmuré, temblando de pies a cabeza. Nacha me acarició el pelo, consolador.

-Ya ha pasado todo... a propósito, Toni, ¿qué es lo que ha pasado? -preguntó.

Toni se lo explicó en pocas palabras, mientras yo volvía con Lucian. Ali, que le estaba vendando el brazo, me miró dubitativa.

-¿Crees que sería necesario ponerle puntos? -preguntó.

-Supongo que sí -respondí-, pero ni tenemos material para eso ni sabemos hacerlo. Me imagino que le quedará cicatriz, pero no creo que le importe demasiado.

-No, desde luego -murmuró Ali-. Es un tipo duro.

-¿Has desinfectado la herida?

-Sí. Ahora todo irá mejor.

Me dejé caer en una colchoneta.

-No puedo más -me quejé-. ¡Llevamos una mañanita...!

Entonces me acordé de Nacho, y me volví para preguntarle qué le había pasado a él, cuando me lo encontré justo junto a mí.

-Toni me lo ha contado -dijo-. ¿Sabes que has sido muy valiente?

-Oh, ya vale. No me lo recordéis más, ¿de acuerdo? Ha sido una experiencia traumática.

Nacho, a petición nuestra, comenzó a contarnos su aventura.

Los hombres lo habían seguido hasta muy lejos. Él corría en dirección contraria a la que llevábamos nosotros, alejándonos del instituto. Hasta que, por el agotamiento, aflojó el ritmo.

-Entonces me cogieron -explicó-, y comencé a protestar que quiénes eran, que qué querían, y que me dejaran en paz o llamaría a la policía. Y uno que tiene una cara de malo que asusta chilló que se habían equivocado de chico, que les habían tomado el pelo y no sé qué historias. Y salieron todos corriendo. He tardado tanto porque he pasado por mi casa para cambiarme de ropa, para que no me reconocieran. He venido aquí con mil precauciones, aunque ellos no saben dónde les dimos el cambio.

-Pero recordarán lo de las canicas -objetó Ali-, y si no son tontos lo relacionarán con el asunto.

-No, yo recogí todas las canicas -informó Toni.

-Y yo cogí otra bolsa de canicas de mi casa y las desparramé en otra esquina, muy lejos de aquí -rió Nacho-. Como estas calles son muy parecidas unas de otras, y no creo que se hayan entretenido en mirar el paisaje, tardarán bastante en aparecer por aquí.

-Yo no estoy tan segura -dije-. Aunque encontraran las canicas, si tiene algo de coco se preguntarán cómo el chaval que chocó contra ellos no las recogió.

-Bueno, pero eso es aparte. Es posible que tarden bastante en pensarlo. Y, de todas formas, no recordarán dónde fue el choque exactamente.

-Yo pienso que este ya no es un lugar seguro -insistí-. Tarde o temprano vendrán por aquí. Bueno, y, por cierto, ¿quiénes eran estos tipos?

Todos miramos a Lucian que, desde su montón de colchonetas, respondió:

-Son matones del R.A.P. No pensé que vendrían tantos,

pero por lo visto Morgan está muy interesado en la máquina Alfa-5. Y yo tenía razón, ha venido el propio Morgan desde el futuro.

-¿Pero qué quieren? -pregunté hecha un lío-. Tú ya no puedes hacer nada contra ellos. ¿O sí?

-Quieren algo que yo tengo, y que les es imprescindible para controlar el Alfa-5.

-¿Qué es?

-Lo sabrás en su día, Isa. Basta con que sepas ahora que me encuentro metido en este embrollo hasta las orejas, y que esos te conocen, a ti y a Nacho, y creo que a Toni también. Saben que estáis conmigo. No vais a estar seguros, de momento.

Nacho y yo nos miramos. Tenía razón. Pero en nuestra mirada había también un brillo de sospecha, y supe que ambos pensábamos lo mismo: ¿qué era lo que buscaban los del R.A.P? Probablemente... la libreta negra que con tanto celo custodiaba Lucian.

Capítulo V: "Juanma tiene una idea"

Pronto surgió otra incógnita: era ya la hora de comer.

-Tenemos que volver a casa -recordó Ali.

-Pero el asunto del R.A.P. ha estropeado nuestros planes -comentó Nacho-. Ahora Lucian está demasiado débil como para llevarle a casa de Toni.

-Yo estoy bien -protestó el aludido.

-Pero no se va a quedar aquí solo, ¿verdad? -preguntó Ali.

Hagamos una cosa -propuso Nacho-. Que uno de nosotros se quede con él, y luego, cuando volvamos, traemos comida para los dos. Les decimos a nuestros padres que se queda a comer con uno de nosotros.

-Hay un teléfono en uno de los despachos – informó Juanma-. Podemos llamar a nuestros padres desde allí.

Dicho y hecho. Dejamos a Juanma con Lucian un momento, mientras los demás íbamos a llamar por teléfono.

Nacho llamó primero.

-¿Mamá? Sí, bueno, es que estamos en el hospital. Los padres de un amigo han tenido un accidente... no, nosotros estamos bien... es sólo que hemos venido a acompañarle, porque... bueno, escucha, ¿podemos quedarnos Juanma y yo a comer en casa de Toni? ¿No...? -(cara de desconcierto)-. ¡Es verdad! Lo había olvidado. Bueno, pues... de acuerdo, ahora vamos para allá...

-¿Qué pasa? -preguntó Toni cuando colgó.

-Mis abuelos vienen hoy a comer a casa -explicó Nacho-. No me dejan marcharme, tengo que comer con ellos.

No hicimos comentarios. El siguiente en llamar fue Toni.

-¿Papá? No, no nos ha pasado nada... no fueron los padres de un amigo, no nosotros... sí... escucha, ¿puedo comer

hoy en casa de Nacho? Me han invitado... Ah, no seas aguafiestas... ¿quién, yo? Vale, no hace falta, ya voy para allá.

Colgó.

-Que no he dado ni golpe en todo el fin de semana, que tengo que estudiar y que de salir esta tarde nada -resumió.

-¡Vaya faena! -resoplamos todos.

Luego le tocó el turno a Ali.

-Sí... sí, mamá, en casa de Isa... ¿Puedo...? ¿Qué? ¿De mala educación? ¡Pero mamá...! Bueno, no te pongas así, ya voy...

Colgó.

-Dice que ahora le toca a Isa venir a comer a mi casa, que la última vez que comimos juntas fue en su casa y que sería mucha caradura...

Ahora iba yo. Se puso al teléfono mi hermano Pablo. Cuando mi madre preguntó qué nos había pasado tuve que dar muchísimas explicaciones... y al final me dio permiso para “quedarme a comer en casa de Ali”. Con lo cual ya sabíamos todos que la que se iba a quedar con Lucian iba a ser yo.

-Te traeremos algo de comer -prometió Ali-. Y volveremos pronto.

No me quedó más remedio que resignarme. Cuando todos los demás se fueron y yo me quedé sola en el gimnasio con Lucian, le pregunté:

-¿Qué tal va la herida?

-Bien, creo.

-¿Te duele el brazo? -quise saber, acercándome.

-No.

Le di un pellizco en el brazo y gimió.

-¿Ves como sí te duele? Lo realmente preocupante habría sido que no lo sintieras.

-Muy aguda -gruñó Lucian-. ¿Qué vais a hacer ahora?

-Por lo pronto, comer. Los demás vendrán dentro de una hora aproximadamente. Entonces deliberaremos. Este es un asunto muy complicado.

-¿No se extrañarán tus padres si no vuelves a casa para comer?

-Les he dicho que estoy en casa de Ali.

Nos quedamos callados un rato. Menuda situación. Sola en el gimnasio de un instituto vacío, sin comer y con un chico del futuro herido de bala.

Jugueteé con la bala que había extraído del brazo de Lucian. Era muy pequeña, puntiaguda y alargada. Parecía un dardo.

-¿Qué hiciste con tu pistola? -pregunté.

-La perdí en el fregado.

-Mentiría si te dijera que lo siento.

-Ya lo sé. Escucha, gracias por haberme ayudado.

¿Que diríais vosotros en una situación semejante?

-Bueno, no iba a dejarte tirado...

Me percaté entonces de que la luz que se filtraba por el hueco de la ventana que no estaba tapado por la tabla había disminuido, y me asomé con cuidado.

-Oh-oh...

-¿Pasa algo malo?

-Parece que va a llover -respondí-. Está todo nublado. Me parece que no vas a poder pasar la noche aquí, Lucian. Esto es un sótano. Terminará por parecer un pantano.

Comenzó a chispear. Aún tardaría mucho en calar el suelo, pero si Lucian dormía allí aquella noche, iba a tener unos sueños muy acuosos.

Cuando me volví hacia él vi que se había incorporado.

-Eh, ¿qué haces? Vuelve a tumbarte.

-No estoy tan mal...

-Los chicos del siglo XXI sois duros, ¿eh?

Aparté un poco la tabla, para que entrara algo más de luz, y me senté sobre el potro.

-Este lugar parece como sacado de un cuento -comenté-. No me sorprendería que saliera un duende de entre los trastos y nos dijera hola.

Lucian se subió a un banco para mirar por la ventana.

-Es un sitio muy aislado -dijo.

-Pasado mañana no lo será -repliqué-. Habrá cerca de trescientos chicos y chicas pateando el instituto.

Los minutos pasaban lentamente. Sólo se oía el ruido de la lluvia golpeando el suelo, arriba. Deseé que los demás no tardaran mucho en volver.

Y no lo hicieron, la verdad. Pero a mí me pareció una eternidad la hora y media que pasó hasta que la cabeza de Ali asomó por la ventanilla. Apartamos la tabla y entró en el gimnasio.

-Veo que soy la primera en llegar -comentó-. Me he dado toda la prisa que he podido, pero es que llueve a cántaros y mi madre no quería dejarme salir. Ah, mirad lo que os he traído.

-¡Eres un ángel! -exclamé al ver que Ali sacaba un par de hamburguesas de la bolsa que había traído.

Lucian y yo engullimos las hamburguesas rápidamente. Estábamos en plena operación de recargamiento de energías cuando llegaron Nacho y Juanma.

-Toni ha confirmado que no viene-informó el primero-. Tiene que estudiar.

-Nacho, Lucian no va a poder quedarse aquí esta noche -hice notar-. Hay goteras.

-Eso está solucionado. He hablado con Toni por teléfono. Le contó a su madre lo de Lucian, y ella ha sugerido que se quede allí “hasta que las cosas se arreglen”, dijo. Eso nos dará

tiempo para encontrarle otro alejamiento. Iremos a casa de Toni sobre las siete, más o menos.

-¿Y podrá Lucian salir de aquí de incógnito? -preguntó Ali.

-Hoy llueve -respondió Nacho-. La gente va muy tapada con paraguas, impermeables... -y sacó un impermeable con capucha de la bolsa que traía.

-¡Nacho, piensas en todo! -lo alabé.

Pasamos toda la tarde allí, tratando de trazar un plan de acción. Yo notaba que Lucian había cambiado. Antes nos dejaba hablar sin intervenir, como si aquello no fuera con él. Ahora estaba más entusiasmado y, de hecho, era él quien llevaba la voz cantante.

Por el contrario, Juanma estaba silencioso. Sólo habló una vez, y fue para preguntar:

-Lucian, ¿cuántos años tiene tu padre?

-Cuarenta y dos -fue la respuesta.

-Ah -se limitó a decir Juanma, y continuó con su extraño mutismo.

Nosotros no nos percatamos de ello. A medida que pasaban las horas nos sentíamos cada vez más nerviosos, porque no se nos ocurría nada para ayudar a Lucian. Hasta que Ali levantó el pie y dijo:

-El suelo está encharcado.

Miramos la hora. Eran cerca de las siete de la tarde, y hacía rato que había anochecido. ¡Habíamos pasado tres horas rompiéndonos el coco para nada!

Le pusimos a Lucian el impermeable que había traído Nacho, lo tapamos bien con la capucha y salimos del instituto. Mientras caminábamos hacia la casa de Toni, noté que Juanma me tiraba de la manga.

-Isa...

-Qué.

-Isa, es que he estado pensando... que de 1992 a 2005 sólo hay treinta y tres años, y el padre de Lucian tiene cuarenta y dos. ¿No podríamos buscarle y decirle que...?

Me volví bruscamente hacia él.

-¡Pues claro! -aullé-. ¡Ésa es la solución!

Todos me miraron, sorprendidos y extrañados.

-¡Lucian! -jadeé-. ¡Podemos avisar a tu padre! Él ya ha nacido, tendrá cerca de nueve años.

-¡Es verdad! -dijo Nacho-. ¿Ha sido idea de Juanma?

Asentí.

-¡Hermanito, eres un genio! Lucian, ¿sabes si tu padre vivía en esta ciudad a los nueve años?

-Me parece que sí -respondió Lucian, pensativo-. Pero, de todas maneras, ¿cómo vamos a encontrarle?

-Para algo está la guía telefónica -repliqué.

-¡Vamos a contárselo a Toni! -sugirió Ali, jubilosa-. ¡Tenemos un plan!

Corrimos a casa de Toni. Lo pillamos con un libro de matemáticas delante.

-¡Toni! -dijo Ali-. ¡Vamos a buscar al padre de Lucian!

-¿Al padre de Lucian? -repitió Toni.

Se lo contamos todo atropelladamente.

-Pero no nos va a creer si le decimos que en el año 2025 le pondrán una bomba en el portafolios -objetó Toni-. Y mucho menos que él inventará una máquina del tiempo. Y como Lucian le diga que es su hijo, el pobre chaval se va a quedar viendo visiones.

-Es verdad -dijo Licia-. Hay que tener en cuenta que sólo tiene nueve años. En el 2025 no se acordará de que treinta y tres años atrás un grupo de chicos le dijo que no abriera un portafolios en una conferencia en Viena.

-Jo, qué pronto le chafáis a uno las ideas... -protestó Juanma.

-Pero esa idea no está perdida del todo -dijo Lucian-. Podemos dejarle un mensaje.

-¿Cómo? ¿Un mensaje que dure treinta y tres años? - quiso asegurarse Nacho -. ¿Y cómo lo vas a hacer?

-Aún no estoy seguro; pero por el momento será mejor que encontremos a mi padre.

Toni salió de la habitación y volvió al cabo de unos momentos con una guía telefónica entre las manos.

-¿Cómo se llama tu padre de segundo apellido? -le preguntó a Lucian.

-Colomer.

-Beltrán Colomer... hay sólo dos, ¡qué suerte!

-Pero no es ninguno de los dos -dijo Nacho.

-¿Qué...?

-¿Cuándo has visto tú que un niño de nueve años figure en la guía? Estarán los nombres de sus padres...

-Bueno, ¿cómo se llamaba tu abuelo paterno de segundo apellido, Lucian?

-No lo sé; mis abuelos murieron antes de nacer yo.

Nos miramos unos a otros, con un gesto de desconsuelo. ¡Había entre veinticinco y treinta “Beltrán” en la lista y el abuelo de Lucian podía ser cualquiera de ellos!

-Va a ser un trabajo de chinos -pronosticó Nacho-. Habrá que llamarlos uno por uno y preguntarles si tienen un hijo de edad aproximada entre nueve y diez años, que se llame... ¿cómo se llama? -preguntó, volviéndose hacia Lucian.

-Enrique.

-Bueno, pues que se llame Enrique. Y luego ir a visitar a ese niño y decirle que...

-Vale ya, Nacho -corté.

-Va a ser un trabajo de chinos -repitió Nacho, machacón.
Y entonces Ali dijo la primera cosa con sentido que oía aquel día:

-Bueno, pues empecemos ya.

La madre de Toni asomó en aquel momento la cabeza por la puerta, para anunciar:

-Isa, ha llamado tu madre. Dice que vayas a casa, que está lloviendo y ya es muy tarde.

Nos miramos los unos a los otros cuando la madre de Toni se marchó.

-Me parece que es mejor que nos marchemos ya todos -dijo Nacho-. Cada mochuelo a su olivo. Ya hemos tenido bastantes emociones por hoy. Ahora, a descansar, y mañana atacaremos la guía telefónica y encontraremos al doctor Beltrán.

Dijimos que de acuerdo.

-Seguro que ya no te duele tanto el brazo -le dije a Lucian-. ¿A que no, Luc?

Él se volvió.

-¿Luc? -repitió con un acento divertido en su voz.

-¿Nadie te había llamado así hasta ahora?

-Aquí tenéis la costumbre de acortar los nombres. Porque Isa viene de Isabel, ¿no?

Hice una mueva; no me gustaba ese nombre, prefería mil veces Isa.

-Me llamo Ana Isabel -dije-. Y Ali viene de Alicia, Nacho de Ignacio, Toni de Antonio y Juanma de Juan Manuel. ¿No te gusta que te llamen Luc?

Se inclinó y me dijo al oído:

-Viniendo de ti no me importa, pero no lo repitas mucho o todos terminarán por llamarme así, y eso sí que no me haría ninguna gracia. ¿De acuerdo?

Sonreí.

-¡De acuerdo!

Salimos de la casa de Toni. Lucian se quedó allí con él.

-Lucian está diferente desde lo de la herida -comentó Ali mientras ambas volvíamos a nuestras casas-. Ahora es más amable, más simpático.

-Es encantador -sonreí.

Ali me miró divertida, pero no dijo nada.

Cuando subí a mi casa estaba sencillamente agotada. Ni siquiera hice caso a Clarita cuando se acercó a mí con un cochecito entre las manos haciendo “Brum-rum, brumm”. No tenía ganas de jugar. No podía creerme que todo lo que había pasado aquel día fuera cierto.

Después cogí la guía y volví a mirar la lista de Beltranes que nos esperaba. Y recordé lo que Nacho había dicho. Que iba a ser un trabajo de chinos. Y lo que Ali había contestado. Que comenzáramos ya.

Caí rendida en cuanto me tumbé en la cama.

Y soñé con balas, gimnasios viejos y hombres con gabardinas; soñé con pinzas, teléfonos y lapas que atendían al nombre de Raquel; soñé con parques e institutos vacíos; soñé con máquinas del tiempo y laboratorios científicos.

Y soñé con Lucian.

Y cuando desperté recordé lo que debíamos hacer: encontrar a un niño llamado Enrique Colomer, que en el futuro sería el famoso doctor Beltrán y el padre de Lucian.

Capítulo VI: “En busca del doctor Beltrán”

Me desperté muy temprano aquella mañana. ¡Había tantas cosas que hacer! Me arreglé en un momento, desayuné y salí de casa disparada. Habíamos quedado todos a las nueve en casa de Toni, aunque nos imaginábamos que a sus padres no les haría ninguna gracia que estuviéramos allí reunidos un domingo por la mañana, tan temprano.

Pasé a buscar a Ali y nos fuimos juntas hacia allí. Cuando llegamos nos encontramos con que Nacho y Juanma habían sido más rápidos que nosotras. Estaban con Toni en la sala de estar, y hablaban en voz baja.

-No hagáis mucho ruido -indicó Toni-, que mis padres están durmiendo, y nuestro visitante del futuro también. Está agotado y no he querido despertarle.

-No me extraña que esté cansado -comenté-. Yo también estoy hecha polvo.

-Pues yo he dormido muy bien -dijo Ali-. Y estoy estupendamente esta mañana.

-Suerte que tienes -replicó Toni, distraído.

-Estás raro -declaró Ali, mirándole de reojo-. ¿Qué te pasa?

-Es que estoy empezando a desconfiar de Lucian -manifestó Toni bajando la voz-. Ha pasado hasta las dos de la mañana estudiando esa maldita libreta que se trajo del futuro. Y no me ha dicho qué era. En cuanto me he acercado por detrás la ha cerrado de golpe y me lanzado una de esas miradas furibundas suyas.

Nacho y yo nos cruzamos una rápida mirada. También Toni estaba empezando a darse cuenta. Ali seguro que ya sospechaba algo, pero Juanma estaba tan fascinado ante aquella historia que seguía a Lucian como si fuera un perrito faldero; y

no lo hacía precisamente porque desconfiara de él, ni mucho menos.

-No sé si confiar en él -prosiguió Toni-. Se comporta de una manera muy extraña. Pude ver fugazmente una página de esa libreta, y está llena de numerajos y símbolos extraños. No lo comprendo, ¿por qué desconfía de nosotros?

-No desconfío de vosotros -dijo de pronto Lucian, apareciendo en la puerta-. Desconfío del RAP. Basta con que sepáis que esa libreta es importante, y que ellos no deben hacerse con ella. Si logran obtenerla, estaremos perdidos.

Nos miramos unos a otros.

-Confíad en mí -dijo Lucian-. Por favor.

Miramos a Nacho, esperando que dijera algo.

-De acuerdo, pues -dijo nuestro cabecilla.

Y respiramos aliviados.

Pronto estuvimos en la calle. Toni había dicho seguramente su madre no le iba a permitir llamar por teléfono a treinta casas diferentes, así que nos rascamos los bolsillos y, con un suspiro de resignación, entramos en una cabina. Toni y Lucian habían hecho una lista de los Beltranes, sus teléfonos y sus direcciones y, con ella en la mano, Nacho hizo la primera llamada.

-¿El señor Beltrán Abad...? ¿Tienen un hijo de nueve o diez años llamado Enrique? ¿No? Lo siento, me he equivocado. Gracias, y perdone.

-Hicimos varias llamadas más, y a la octava apareció un Enrique de ocho años.

-¿No eran nueve? -susurró Ali.

-Pero no hay que descartarlo -repliqué yo.

Seguimos haciendo llamadas. En una casa nos contestaron que tenían un niño de diez años que se llamaba Luis Enrique, pero le llamaban Luis. En tres más no contestaron, y en

otra le colgaron a Nacho en las narices sin responder, seguramente creyendo que era un bromista.

Cuando acabamos estábamos sin un duro. Y entonces Nacho se dio una palmada en la frente y exclamó:

-¡Teníamos que haber pregunta por el segundo apellido del niño! Entonces, seguro que ya sabríamos si nuestro personaje es el Enrique de ocho años o el Luis Enrique de diez.

-¿Llamamos otra vez? -preguntó Juanma.

-No, pensarían que somos unos pesados. Además, casi no merece la pena. Tenemos que ir igual a la zona en donde están esas casas. Hemos de descubrir si por casualidad el padre de Lucian vive en una de las casas en donde no han contestado. Y dos de esas casas vacías están relativamente cerca de las casas donde viven esos dos niños.

-¿Cómo vamos a saber si vive el padre de Lucian en una casa donde no hay nadie? -quiso saber Toni.

-Es fácil -respondí-. Se pregunta a los vecinos, a la portera... deben de saber si en su finca vive un niño de diez años que se llame Enrique. Se trata de un típico trabajo de investigación.

-¿Qué hacemos entonces?

-Organizar un plan -dijo Nacho.

Nos sentamos en una mesa en el bar, alrededor de un mapa de la ciudad que habíamos extendido sobre la mesa. Nacho fue marcando con una cruz las casas donde vivían los Beltranes sospechosos.

-Somos seis -apuntó Juanma-. Que cada uno vaya a una casa.

-Sí, y a ti te dejamos solo -completó Nacho-. No, ni hablar. Iremos por parejas. Y tocamos a dos casas por pareja.

-De acuerdo. Ali y yo vamos juntas, pues -dije.

-¡Yo voy con Lucian! -sentó Juanma.

Nacho y yo cruzamos una mirada. No queríamos dejar al más pequeño de la pandilla a solas con Lucian. Pero le habíamos dicho a éste que confiábamos en él. Fue el propio Lucian quien nos sacó del apuro.

-No; iré solo -decidió-. Si ven a Juanma conmigo le ficharán enseguida. Aún no le conocen, y es mejor que por el momento no sepan que tienen alguna relación conmigo.

-Pero no podemos dejarte solo... -empezó Nacho.

-¿Es que tienes miedo de que me escape?

-No seas bobo, Lucian -dije, aunque me temblaba la voz-. Deja que Nacho vaya contigo. A él ya le conocen. Además, tú no conoces la ciudad.

Lucian puso cara de circunstancias. Era verdad que no conocía la ciudad; cambiaría mucho en treinta años y, además, según él, en el 2013 cambiarían los nombres de la mayoría de las calles.

Al final quedaron constituidas las parejas así: Ali y yo, Toni y Juanma, y Nacho y Lucian.

Nosotras cogimos el autobús para ir al centro de la ciudad, donde se localizaban dos de las casas “Beltrán”. Una era la de Luis Enrique, de diez años, y otra en donde no habían cogido el teléfono.

Bajamos en la calle donde estaba la casa vacía. Después de una complicada búsqueda la encontramos. Al mirar los botones del interfono vimos que no llevaban nombre, sino simplemente el número de la puerta.

-En la guía sólo ponía el número del portal -hizo notar Ali-. ¿Cómo sabremos en cuál viven los Beltrán?

Llamé a un número cualquiera. Una voz ronca me contestó:

-¿Quién?

-¿El señor Beltrán Ovejero?

-Lo siento, se ha equivocado.

-¿Sabe usted dónde vive?

-Puerta dieciocho -respondió el hombre, y colgó.

-¿Ves qué fácil? -le dije a Ali.

Llamamos a la puerta dieciocho. No contestaron.

-Éstos se han ido de vacaciones antes de tiempo - comentó Ali-. Si pudiéramos entrar en el portal y echarles un vistazo a los buzones, sabríamos si este Beltrán tiene una esposa que se apellide Colomer. Pero... ¿cómo entramos?

-Me parece que esta casa no tiene portero -dije-. Será cuestión de esperar a que entre o salga alguien.

Nos sentamos en el escalón y diez minutos después entró en el portal una chica que llevaba un par de barras de pan bajo el brazo. Entramos tras ella.

-Busca -le dije a Ali cuando ambas nos encontramos frente a tres largas hileras de buzones-. Beltrán Ovejero, puerta dieciocho.

-¡Aquí! -anunció Ali triunfalmente-. Pero éste no es. Aquí pone que vive con una tal Sara Castillo Marín.

-Es verdad -admití. La abuela de Lucian se llama Colomer de apellido, y no Castillo.

Salimos de allí y fuimos en busca de la otra casa.

-Calle Isaac Peral -dijo Ali, mirando la dirección-. ¿Dónde está eso?

-Ni idea. Por aquí cerca, según Nacho, pero no sé dónde. Habrá que preguntar.

-Perdone -le dijo Ali a una ancianita que pasaba-. ¿Sabe usted dónde está la calle Isaac Peral?

-Seguid recto, y la tercera bocacalle a la derecha, allí es.

-Gracias -contestamos, y echamos a andar calle arriba.

Pero una vez llegamos allí nos encontramos con que la calle que nos había indicado aquella señora no era la calle Isaac

Peral. Dimos vueltas y más vueltas infructuosamente, hasta que nos encontramos totalmente perdidas.

-A mí me parece que esa señora no tenía ni idea -gruñó Ali.

-Por favor -le dije a un hombre que pasaba por allí-. ¿La calle Isaac Peral?

-Está bastante lejos de aquí, por la Avenida Jerusalén hacia abajo. Al lado del Burger King.

Ali y yo nos miramos.

-¡Pero si allí es donde le preguntamos a la señora...!

Y volvimos al punto de partida, con la enojosa sensación de que nos habían tomado el pelo.

Por fin encontramos la casa, pero al llamar resultó que no había nadie.

-Han salido -nos informó la portera-. Me parece que al parque.

-¿Sabe usted cuál es el apellido de la madre de Luis Enrique?- pregunté.

-No estoy segura.

-¿Y si miramos en el buzón?

-Unos gamberros arrancaron la placa hace tiempo, y los Beltrán no la han vuelto a poner.

Le preguntamos dónde quedaba el parque, y nos fuimos para allá. Había un enjambre de niños corriendo de aquí para allá.

-Ay, madre -murmuró Ali-. ¿Y cuál de ellos será Luis Enrique Beltrán?

Fuimos preguntando a los niños que había por allí si conocían al tal Luis Enrique, pero ninguno pudo aportarnos nada positivo. Continuamos con la indagación hasta que una niña muy avispada dijo:

-¿Luis Enrique...? ¿Te refieres a Luis Beltrán?

-¡Justo! -exclamé-. Un niño de unos diez años...

La niña nos señaló a un chaval rubio y de ojos azules que jugaba en el tobogán, riendo sin parar.

-No se parece mucho a Lucian -comentó Ali-. Si por un casual llega a ser su padre, me parece a mí que nuestro amigo ha salido más bien a su madre.

-Oye, niño -le dije al supuesto Luis Enrique Beltrán-. ¿Tú inventarás en el futuro una máquina del tiempo?

-No le tomes el pelo, Isa -protestó Ali-. No le hagas caso -añadió dirigiéndose al niño-. ¿Tú te llamas Luis Enrique Beltrán?

-Sí, ¿por qué?

-¿Cuál es tu segundo apellido?

El niño se lo meditó bien y luego dijo:

-¿Para qué queréis saberlo?

¡Estos niños son realmente repelentes!

-Oh, por curiosidad...

-¡Mi madre me ha dicho que no hable con extraños! - declaró el chaval y, dando media vuelta, salió corriendo.

-Ali, ¿por qué los niños sólo son obedientes cuando no se quieren que sean obedientes? -me desesperé.

-¿Queréis saber su segundo apellido?

Al volvernos vimos que la que había hablado era la niña de antes.

-Se llama Luis Enrique Beltrán Narváez.

-Gracias -respondí, aliviada-. Era todo lo que queríamos saber.

Y con aquello volvimos a nuestro barrio, dando por finalizadas nuestra investigación.

-Espero que los chicos hayan tenido más suerte que nosotras -dijo Ali en el autobús.

-Alguno de ellos se habrá encontrado con Enrique

Beltrán Colomer -murmuré yo-. Habíamos quedado con ellos en el parque. Toni y Juanma ya estaban allí. El primero resumió con una sola palabra el resultado de su investigación:

-Nada.

Les contamos nuestras peripecias. Ellos a su vez nos relataron sus pesquisas, y nos reímos mucho cuando Juanma nos contó que en un portal el portero no quería dejarlos entrar, y tuvieron que hacerse pasar por recaderos.

-Dijimos que teníamos un encargo para la puerta treinta y ocho -recordó Toni.

-¡Y resultó que aquella casa tenía siete pisos y sólo veintiocho puertas!

-¿Y cómo entrásteis? -quiso saber Ali.

-Disimulamos como pudimos. Dijimos que seguramente habíamos apuntado mal la dirección, y le preguntamos si allí vivían los señores Beltrán-Colomer. Nos dijo que vivían los señores Beltrán-González y que nos largáramos con viento fresco.

-No podía ser de otra manera -comenté, pensativa-. Al final será Lucian quien se encuentre con su propio padre. Tenía que ser así.

Aún tuvimos que esperar veinte minutos más antes de que llegaran Nacho y Lucian.

-¡Lo hemos encontrado!-dijo el primero-. Resultó ser el Beltrán de ocho años... que no tenía ocho, tenía nueve.

-¿Y eso? -pregunté extrañada.

-Se equivocaron al darnos la edad por teléfono, eso es todo.

-Nosotros sí que nos equivocamos -dijo Lucian, de buen humor-. Habíamos copiado mal el número del portal, y casi nos volvimos locos buscándolo.

-Bueno, y ahora que lo hemos encontrado y sabemos

dónde vive y todo eso -dijo Juanma-, ¿qué hacemos?

-Yo tengo una idea -se oyó la voz de Lucian-. ¿Recordáis que os dije de dejarle un mensaje? Pues bien, podemos hacerlo. Se trata de construir una nuez mecánica.

-¿Una nuez mecánica? -repetimos todos a la vez.

-Veréis, es una especie de caja del tamaño de una nuez -explicó Lucian-. Puede cerrarse con un chip-cerrojo que, conectándolo a un ordenador y programándolo adecuadamente, no dejará que esa caja se abra hasta la hora del día del año que nosotros queramos.

-¿Tú puedes hacer eso? -preguntó Juanma, incrédulo.

-Me enseñaron a hacerlo en clase de electrónica.

-¿Y de dónde vas a sacar ese chip-cerrojo o como se llame? -pregunté.

-Da la casualidad que me traje uno de mi tiempo -respondió Lucian-. Si no supiera que lo tenía, no hubiera sugerido la idea de hacer una nuez mecánica. Se ve que me metí un chip de esos por casualidad en el bolsillo de los pantalones en la última clase de electrónica que tuve antes de venir por aquí.

-¿Cuánto vas a tardar en hacerla? -preguntó Nacho.

-Depende. Necesito un sitio donde pueda construir una cajita...

-¡El taller de tu padre, Nacho! -exclamó Toni-. ¿No tiene tu padre un taller de mecánica en la planta baja de tu casa? Allí habrá herramientas.

-Necesito también un ordenador donde poder programar el chip-cerrojo.

-Yo tengo uno en mi casa -dijo Nacho.

-Solucionado, entonces -resolvió Ali-. La casa de Nacho es ideal para que Lucian pueda construir allí su nuez mecánica.

-Pero aunque no se pueda abrir la caja siempre se podrá romper -objeté-. Y puede que tu padre la pierda, Lucian.

-Por eso el plan entraña sus riesgos -replicó Lucian-. Será difícil que se rompa, y ni en el año 2025 se conoce una manera de abrir una nuez mecánica antes de tiempo. Pero no es difícil que se pierda. Pero ya buscaremos solución a ese problema más tarde. O, mejor aún, id pensándolo Ali, Juanma y tú. Toni, Nacho y yo iremos a hacer la nuez.

No me hizo gracia que nos excluyeran, pero tuve que reconocer que yo de electrónica e informática no tenía ni idea.

Juanma se las arregló para pegarse al grupo de los chicos y se fue con ellos, mientras Ali y yo nos quedábamos paradas sin saber qué hacer.

-Bueno, pongámonos en marcha -dijo entonces Ali-. Hay que pensar una manera de que el padre de Lucian conserve este trasto durante treinta y tres años.

-Pues vaya faenita que nos ha tocado -suspiré.

Por no quedarnos en la calle nos fuimos a casa de Ali, a deliberar.

-Hay que conseguir que el “doctor B” considere esa cosa un tesoro tan preciado que no se desprenda nunca de ella -resumí-. Pero...¿cómo?

Y pasamos el resto de la mañana estrujándonos el cerebro sin sacar nada en limpio.

Volví a mi casa cuando llegó la hora de comer. Al entrar vi que Pablo, con cara de loco peligroso, estaba jugando a la videoconsola, a un juego de ninjas y samurais. Ya había estado jugando cuando yo salía de casa aquella mañana, lo cual indicaba que seguramente se había pasado toda la mañana jugando.

-¿Aún sigues ahí? -le pregunté-. ¿Por qué no lo dejas ya?

-¡No puedo! Es un desafío, ¿sabes? No puedo dejarme ganar, esto es un reto a mi habilidad.

Era cierto. Pablo era un genio de las consolas, y no había

juego que se le resistiera. Por eso, cuando había alguno que osaba plantarle cara, él no paraba hasta que no lo dominaba.

Me senté ante un humeante plato de arroz al horno, desanimada.

¿Y si hubiera un juego sin final?, me planteé a mí misma. Pablo estaría siempre jugando si no supiera que no tiene final. Es como un desafío.

Removí con indiferencia el arroz con el tenedor. Mi cerebro trabaja a toda velocidad.

Es un reto.

¿Y si hubiera un juego sin final?

Pablo estaría toda la vida jugando.

Y el profesor Beltrán también.

Porque es un reto.

Y la nuez mecánica no se puede abrir hasta 2025.

Pero él no lo sabe.

Y Lucian dijo que estaba interesado en los rompecabezas.

-Ya lo tengo! -chillé, y me levanté de la mesa a todo correr.

Marqué en el teléfono el número de Nacho.

-¿Nacho...? ¿Aún estáis ahí?

-Sí, esto es increíble. Lucian está haciendo unas cosas en el taller que no puedo comprender...

-Escucha -le corté-, tengo una idea-. ¡La nuez mecánica funcionará, ya lo verás!

-¿Cómo puedes estar tan segura?

Porque es un reto. No tiene final, pero el “doctor B” no lo sabe, y estará toda la vida jugando hasta que lo saque.

-Cóóómo? ¿Te has vuelto loca?

-Bueno, ya te contaré. Pero de momento cuenta con que mi materia gris ha urdido un plan. ¡Atacaremos al “doctor B”

por el lado psicológico!

-Mira, más vale que cuelge ya, o me voy a volver majareta del todo. Ya me lo contarás más tarde. Hasta luego.

-Hasta luego.

Y colgué.

Y entonces, por toda la clase se oyó el aullido triunfal de Pablo:

-¡¡Lo he conseguido!!

Capítulo VII: “Un mensaje para el futuro”

En cuanto acabé de comer me dirigí a la puerta.

-Isa, ¿a dónde vas? -me detuvo mi madre-. Llevas todo el fin de semana fuera, ¿tú crees que eso es plan?

-Mamá, no podemos dejar solo a Lucian -respondí-. Sus padres...

-Sí, ya sé -interrumpió mi madre-. Sus padres están en el hospital. Pero, de todas maneras...

-Hasta luego, mamá -corté-. Me voy.

Y salí de mi casa, sin hacer caso de las protestas de mi madre.

Eran cerca de las tres y media de la tarde, y teníamos cosas que hacer. Esperaba que Lucian ya tuviera acabada su nuez mecánica, aunque, teniendo el brazo izquierdo como lo tenía, seguro que tardaría más de la cuenta.

Llamé a casa de Ali.

-¿Está Ali?

-¿Eres Isa? -me contestó la voz de su madre-. Está comiendo. ¿Quieres subir?

-No, no importa. Dígale que la esperaré con los demás.

Llegué a casa de Nacho. Toni y Lucian habían ido a comer a casa del primero, y decía Nacho que habían vuelto en un tiempo récord para terminar la nuez mecánica.

-¿Y Ali? -fue lo primero que me preguntó Toni.

-Está comiendo -respondí lacónicamente-. ¿Y Lucian?

-Sigue en el taller -contestó Nacho.

-¿Va a tardar mucho?

-Ni idea.

En aquel momento llegó el propio Lucian, y le arrojó a Nacho algo que éste cogió al vuelo. Era una cajita pequeña, del tamaño de una nuez. Nacho la abrió sin dificultad.

Se abría con una pequeña bisagra que sujetaba la caja con la tapa.

-¿No decías que no se podía abrir? -pregunté.

-Es que falta lo principal -contestó Lucian, y nos mostró una pieza pequeña, de metal, llena de minúsculos cables.

-¿Y eso? -quiso saber Nacho.

-Es el chip-cerrojo. Esto es lo que vamos a programar para que la caja se abra el día del atentado. Bueno, vayamos a ver cómo es ese ordenador tuyo.

Subimos a la casa de Nacho (el taller estaba en la planta baja), y entramos en su habitación. Lucian se sentó frente al ordenador y comenzó a manipularlo con mano experta.

-Es bastante antiguo -comentó-. Pero creo que me las apañaré.

Después de acabar un programa interminable, le pidió a Nacho un diskette.

-¿Para qué lo quieres? -le preguntó Nacho, dándoselo-. ¿Se borrarán todos los demás programas?

Lucian no contestó. Colocó el chip-cerrojo sobre el diskette.

-¡Se han quedado pegados! -exclamó Juanma con la boca abierta.

Era cierto. El chip-cerrojo se había adherido al diskette, como si fuera un imán. Lucian los introdujo en el ordenador y pulsó unas teclas.

-¡Vas a grabar el programa! -dijo Nacho al reconocer aquellas manipulaciones.

-El diskette pasará el programa directamente al chip -respondió Lucian-. Este ordenador sólo tiene abertura para introducir diskettes. Los de de mi tiempo tienen dos aberturas: una para diskettes y otra para chips. Entonces ahora lo que hago para solucionar este problema es acoplar el chip al diskette, para

que éste pase el programa directamente al chip.

En la pantalla apareció la palabra “OK”. Lucian sacó el diskette, y lo separó del chip.

-Dame la nuez -le dijo a Juanma.

Éste se la tendió; Lucian escribió algo en un papel y luego, doblándolo, lo introdujo dentro. Dando una mirada circular, cerró la nuez y colocó el chip en la parte por donde se abría. Una pequeña lucecita se encendió en él, y con un pequeño ruido, se apagó de nuevo.

-Ya está -dijo Lucian-, éste es nuestro mensaje para el futuro. Sólo queda que a mi padre no se le ocurra tirarlo a la basura.

-No lo hará -dije yo-. Tengo un plan.

En aquel momento llegó Ali, y nos marchamos todos juntos hacia el barrio donde vivía Enrique Beltrán.

Lucian no se había dejado sus precauciones en casa de Nacho. Me di cuenta de que miraba constantemente a todos lados, y que estaba en estado de alerta, por si había que salir corriendo. Viéndole a él, no me hubiera extrañado ver aparecer a Morgan y los suyos tras una esquina, y más de una vez me pareció distinguir una gabardina gris entre la gente... pero era sólo mi imaginación.

Cuando llegamos a la casa de Enrique Beltrán surgió la incógnita.

-¿Cómo vamos a hacer para darle la nuez? -preguntó Ali.

-Tenemos que conseguir que baje aquí -dije yo-. No podemos subir a su casa a dársela, porque tiene que parecer una casualidad.

-Tengo una idea -saltó Juanma, y se dirigió a una cabina telefónica. Lo seguimos. Antes de echar el dinero le preguntó a Lucian:

-¿Conoces el nombre de algún amigo que tuviera tu

padre a los nueve años?

-Bueno, una vez mencionó a un tal Fernando -recordó Lucian-. Dijo que era un amigo de la infancia. Lo que no sé es si lo conocía ya en 1992.

-Habrá que arriesgarse -murmuró Juanma, y marcó el número de Enrique Beltrán.

-¿Está Enrique...? -preguntó cuando le contestaron-. ¿Puede ponerse? ¡Hola, Quique! ¿Sabes quién soy...? ¡Soy Juanma! ¿Cómo que no me conoces? Soy el primo de Fernando. ¿No te acuerdas de mi? Te llamo desde su casa. Sí, estoy pasando aquí las Navidades... verás, es que ahora mismo estamos solos en casa. Mis tíos, o sea los padres de Fernando se han ido de compras... Y nos aburrimos mucho. No podemos salir de casa, pero nos preguntábamos si tú querías venir un rato... es que estamos algo aburridillos, ¿sabes? Qué, ¿vienes un rato aquí? A pasar el rato. Fernando tiene un juego nuevo... sí, eso, de ordenador. ¡Ah! Bueno, ahora se pone.

Juanma tapó el auricular con una mano y nos guiñó un ojo.

-¡Esto marcha! -susurró.

Volvió a ponerse al teléfono.

-¿Quique...? Es que no se puede poner. Está en el cuarto de baño, haciendo ya te imaginas qué... Me ha dicho que te diga que a ver si te decides. ¿Sí? ¿Te dejan? ¡Estupendo! Pues te esperamos, ¿de acuerdo? Sí, cuanto antes mejor. ¡Hasta ahora!

Y colgó.

-Mi plan tiene sólo un fallo -comenté-. Y es que, como el tal Fernando viva en su portal, no tendrá necesidad de bajar a la calle para ir a su casa. Pobre Quique, cuando llegue a casa de Fernando se va a quedar de piedra.

Realmente, el crío era notable.

-Dejadme a mí -dije-. Marchaos, para que no sospeche.

Lucian me dio la nuez mecánica.

-Suerte -dijo.

Y fueron a sentarse en un bar que había al otro lado de la calle.

Me quedé en el portal del futuro padre de Lucian, e hice como que me enfrascaba en el estudio de aquel artillugio futurista.

Cinco minutos después se abrió la puerta y salió un niño de unos nueve o diez años, moreno y de ojos oscuros, inquietos. Me dije a mí misma que seguramente Lucian había sido así a los diez años... ¡eran muy parecidos!

-Oye, chico -le dije-. ¿Puedes intentar abrir esto? Es que yo no puedo.

El futuro doctor Beltrán se acercó, interesado. Le mostré la nuez mecánica.

-Es una especie de rompecabezas -le expliqué-. Me lo ha dado un amigo, y me ha retado a encontrar la manera de abrirlo sin romperlo. Dice que tiene algo realmente interesante dentro, y que será mío si lo abro. Pero no puedo, y me temo que se va a reír mucho de mí si no lo consigo.

-Déjame a mí -pidió Enrique Beltrán, y le di la minúscula caja fuerte.

Empezó a darle vueltas y más vueltas, y luego dijo, señalando el chip-cerrojo:

-Me parece que no se va a abrir hasta que no quites esa cosa de ahí.

Y trató de arrancar la “cosa”, sin resultado.

El chaval era inteligente, sin duda, puesto que se había dado cuenta enseguida de dónde estaba el problema.

-Es que no se puede quitar -dije-. Debe de tener algún mecanismo, que no se pone en marcha por la fuerza. Hay que usar la inteligencia, ¿sabes?

El niño no contestó. Continuó enfrascado en la nuez. Y yo no dije nada más. Le dejé hacer. Estuvimos así un rato más. Enrique Beltrán había perdido la noción del tiempo; estudiaba con interés la caja del mensaje, y yo observaba sus tejemanejes sin decir nada.

Él ya no recordaba que tenía una cita. Tampoco se daba cuenta de que el escalón donde estábamos sentados estaba frío, (yo sí lo notaba, ya tenía el trasero congelado) ni que entorpecía el paso de la gente que entraba y salía del portal. Sólo repetía monótonamente:

-Interesante... sí, interesante...

Al cabo de diez minutos le di un suave codazo:

-¿Sabes cómo se llama? -susurró-. Es un conocido rompecabezas japonés, y se llama “la nuez del tesoro”. Si la abres, el tesoro será tuyo.

-¿Un rompecabezas japonés? -repitió Enrique, fascinado.

-Es como un desafío. La nuez te reta a descubrir su secreto. Sólo los más inteligentes obtendrán su tesoro.

-¿Sólo los más inteligentes? -quiso asegurarse el chaval.

-Dame -dije, y se la arrebaté de las manos.

-¿Me la regalas? -preguntó Enrique, suplicante.

La carga ya estaba puesta. Ahora sólo había que hacer estallar el explosivo.

-No, ni hablar -repliqué-. Quiero ser yo la que descubra lo que hay dentro.

Me lanzó una mirada desesperada. Hice como que me lo pensaba mucho.

-Prométeme que no te desharás de ella hasta que la hayas abierto.

-¡Prometido!

-¿Aunque tenga que pasar mucho tiempo?

-Aunque tenga que pasar mucho tiempo.

-¿Y la llevarás siempre contigo?

-¡Siempre!

-Los niños suelen romper sus promesas...

-Yo no, de verdad.

-Mira, este artilugio es muy valioso. Los japoneses sólo fabrican unos cincuenta, creo, que están repartidos por todo el mundo. Muchos de ellos están ya abiertos, pero sólo hay algunos que siguen cerrados y con secreto dentro.

-¡Yo lo abriré!

-Puede que con el tiempo pienses que es inútil. Pero tú no te rindas nunca y, sobre todo, no se lo des a nadie. Este será para ti, y tienes que ser tú quien lo abra. No otro. Porque se puede abrir, aunque no lo parezca.

Y se la entregué. Prácticamente me la quitó de las manos.

-Sé que lo conseguirás algún día -le dije-. No lo lograrás a la primera, ni tampoco a la segunda, ni siquiera a la tercera. Hay que tener paciencia. Y, sobre todo, no te desanimes. No permitas que ese trasto te tome el pelo. Quien la sigue, la consigue.

Me levanté y, mientras me alejaba, le deseé:

-¡Buena suerte!

Me reuní con los demás en el bar. Al volver la vista atrás vi que Enrique no se había movido del sitio. Seguía sentado en el portal, con la nuez mecánica entre las manos. Y entonces comprendí por qué en el futuro llegaría a ser un científico tan importante. Le atraían los misterios, y era inteligente, pero sobre todo, era perseverante.

-¿Y si se cansa de la nuez cuando vea que no la puede abrir? -preguntó Nacho.

-Él cree que se puede abrir -respondí-. Y si es tan cabezota como Lucian, no parará hasta conseguirlo.

-Además, hay otro factor a nuestro favor -dijo Lucian-. Es cierto que no se puede abrir, pero puede saberse cuándo se abrirá mediante un adecuado estudio. Más adelante, cuando aparezcan las nueces mecánicas, mi padre sabrá cuándo se abrirá. Y entonces, si aún le pica la curiosidad, estará preparado ese día. Además, cuando llegue el momento el chip se desprenderá solo de la caja, y ésta se podrá abrir. Mi padre tendrá interés en estudiar ese chip; querrá saber de qué tipo es, y cómo es que existían ya chips de éstos en 1992.

-Bueno, pues ya hemos puesto sobre aviso a tu padre -dijo Nacho-. Y ahora, ¿qué?

Eran cerca de las cuatro y media de la tarde del domingo, y al día siguiente teníamos clase, así que resolví:

-Propongo que nos vayamos a casa a estudiar. Mañana hay colegio, y yo no he dado ni golpe en todo el fin de semana. Total, dentro de tres días habrá vacaciones, y podremos hacer el vago todo lo que queramos.

Pusieron cara de asco, pero no dijeron nada porque, evidentemente, yo tenía razón. Había que “currar”.

Así que nos levantamos (remoloneando un poco), pagamos y nos pusimos en marcha hacia nuestro barrio. Según nos acercábamos pude apreciar que Lucian volvía a su típico estado de alerta, mirando con ojos de lince a todos lados sin dejar por ello de participar en la animada conversación que estábamos sosteniendo.

Me pregunté a mí misma si el R.A.P. seguía por allí. Por lo visto, Lucian estaba convencido de que sí, pues se le notaba cada vez más nervioso. “Instinto de supervivencia”, recordé que me había dicho una vez.

De pronto dio un respingo y seguí la dirección de su mirada, temiendo ver un grupo de aquellos matones. Pero no. Lo que le había puesto en guardia era nada más y nada menos que...

¡Raquel!

-¡Hola, chicos! -nos saludó acercándose-. ¿No estábais en el hospital? ¿Qué tal tus padres, Lucian?

Lucian puso cara de preocupación.

-Parece que están algo mejor -dijo-, pero no demasiado.

-Bueno, algo es algo, ¿no?

Y comenzó a contar no se qué rollo sobre una tía suya que se había puesto enferma y la habían llevado al hospital. Lucian la escuchaba amablemente. Súbitamente se puso tenso, y se quedó parado, mirando en una dirección determinada.

-Lucian, ¿qué te pasa? -preguntó Raquel, preocupada.

Lucian no respondió. Nosotros también nos habíamos detenido, y tratábamos en vano de descubrir qué le había hecho pararse a él, qué había provocado que se quedara en aquel estado de alerta, como un animal al acecho. Seguimos la trayectoria de su mirada, pero nada vimos.

De repente Lucian dio media vuelta y, agarrando a Raquel del brazo, gritó:

-¡Corred, deprisa! ¡El R.A.P. está aquí!

Salimos corriendo. Raquel no comprendía nada, pero Luc no la dejó detenerse.

En medio de la carretera volví la cabeza, y pude ver seis o siete gángsters del R.A.P. que salían de detrás de una esquina, donde momentos antes habría jurado que no se ocultaba nadie.

Capítulo VIII: "Persecución alocada"

Poco a poco fuimos dejándolos atrás. Al doblar una esquina, Lucian se detuvo y dijo:

-Será mejor que nos separemos. Juanma y las chicas, id al gimnasio del instituto. Allí estaréis seguros. Nosotros trataremos de despistarles, y nos reuniremos con vosotros en cuanto podamos.

Abrí la boca para protestar, pero no tuve tiempo, porque Nacho me empujó y tuve que seguir a Ali, Raquel y Juanma.

Echamos a correr por las calles. Entonces eché una mirada hacia atrás y vi que nos perseguían dos terroristas del R.A.P. Me detuve y les dije a los demás:

-Corred vosotros; yo voy a cubrir la retaguardia, que tenemos a dos detrás.

-¡Isa! Ten cuidado -me ordenó Ali.

Esperé a aquellos dos detrás de una esquina. Cuando ya estaban a punto de doblar dicha esquina, eché a correr pasando frente a ellos, en dirección contraria a la que habían tomado mis compañeros. Mis dos perseguidores dudaron un momento pero, puesto que ya habían perdido de vista a los demás, finalmente se decidieron por tratar de capturarme a mí.

Di muchísimas vueltas al barrio. Sabía que yo corría más que ellos (soy pequeña, pero muy ágil), y también que conocía la zona mejor que ellos. Corrí mucho, los mareé todo lo que pude y los dejé jadeantes. Pero... ¡caramba! Sí que eran cabezotas. Como el burro al que le atan una zanahoria al hocico, pero fuera de su alcance, y, por más que lo intenta, por más que avanza, no la coge.

Pero aquellos no eran burros. Y podían alcanzar a la zanahoria, puesto que yo estaba cada vez más cansada.

Por fin me metí en un callejón poco transitado; con

aquella maniobra los había despistado un poco, pero no tardarían en aparecer. ¡Y entonces vi que el propio Félix Morgan y dos de sus secuaces me cerraban el paso en la otra boca del callejón!

No me habían visto; me oculté en un portal. No podía volver atrás, pues pronto aparecerían por allí mis perseguidores. Por otra parte, sabía que Morgan y los suyos no tardarían en descubrirme.

-¡Rápido, buscad por todas partes! -oí que decía Morgan, tras hablar con mis dos perseguidores, que acababan de reunirse con él en el centro del callejón-. ¡Tienen que estar por aquí!

¡Buscaban a los chicos, no había duda!

En aquel momento se abrió la puerta del portal, y una mano me arrastró al interior sin darme tiempo de gritar.

Me volví rápidamente. Era Nacho quien me había cogido. Con él estaban Toni y Lucian.

-¿Qué haces aquí? -susurró exasperado-. ¡Deberías estar en el instituto!

-Nos pisaban los talones -respondí en el mismo tono-. Tuve que distraerlos para que los demás pudieran escapar.

-De todas maneras, nos cogerán en seguida. Hay que distraerlos para que Lucian y tú podáis huir.

-¿Qué estás diciendo?

Nacho miró a Toni, que asintió.

-¡Ahora! -dijo Nacho, y ambos salieron corriendo de nuestro escondite.

-¿¡Qué hacen!?! -protesté.

Luc me indicó con un gesto que me callara. Al cabo de unos momentos murmuró:

-Su plan no ha dado resultado. Sólo dos han ido tras ellos. Pero Morgan sigue ahí. ¡Vámonos, Isa! ¡A la azotea!

Abandonamos nuestra posición y subimos por las

escaleras, en el momento en que Morgan abría la puerta de una patada.

Subimos las escaleras hasta llegar a la azotea del edificio. Detrás de nosotros apareció un furibundo Morgan, seguido de tres o cuatro de sus secuaces. Nosotros nos habíamos ocultado tras una esquina, pero estábamos atrapados; dos de ellos se quedaron en la puerta que comunicaba la escalera con la azotea, y los demás recorrían la terraza buscándonos. Lucian descubrió una vía de escape: la escalera de incendios. Pero para llegar a ella tendríamos que atravesar una zona al descubierto; seríamos presa fácil para Morgan y los suyos.

-Voy a atraer su atención -me susurró Lucian-. Me seguirán a mí. Estate atenta entonces para huir por la escalera de incendios.

-¡Pero:..!

-¡Hazlo! Ve al instituto y reúnete allí con los demás.

-¿Qué harás tú?

-Ya veremos. Vete, no tenemos mucho tiempo... ¡ah! Y llévate esto. Y me puso entre las manos la famosa libreta que andaban buscando los del R.A.P.

Le miré sorprendida. Luc se encogió de hombros.

-Cuento contigo -dijo.

Y entonces echó a correr.

-¡Mírenlo, está allí!

Todos salieron tras él, y yo aproveché para escapar hacia la escalera de incendios.

-¡Un momento...! -aulló Morgan-. ¡La chica!

Entonces fue cuando se dieron cuenta de que Lucian era el cebo, y que quien realmente tenía la preciada libreta era yo. Indecisos, miraron a su jefe, que comenzó a impartir órdenes acerca de a quién tenía que seguir cada uno. Mientras tanto, bajé por la escalera de incendios sin detenerme. Les llevaba ventaja,

pero no sabía cuánto tardarían en ir tras de mí.

Mi precaución sirvió de algo. Cuando llegué al instituto aún no se les veía venir, y me alegré de poder entrar en nuestro escondite sin testigos.

Entré en el gimnasio. Allí estaban ya Ali, Raquel y Juanma. Me puse tensa.

-¿No han venido aún Nacho y Toni? -pregunté.

Ali negó con la cabeza.

-¿Te siguen? -preguntó Juanma.

-Sí. Me parece que lo mejor será que haga algo por alejarlos de aquí. Es posible que me dé tiempo...

-Voy contigo -decidió Ali.

Ambas salimos por la puerta del gimnasio, y subimos las escaleras. Salimos por una ventana abriéndola desde dentro; era muy difícil volver a salir por la ventana del gimnasio porque estaba muy alta y, además, era preferible no hacerlo por allí por si alguien nos veía: teníamos que ocultar nuestra entrada secreta de los extraños.

Cuando estuvimos en el patio del instituto le dije a Ali:

-¡Espera! No podemos andar por ahí con la libreta. Nos arriesgaríamos demasiado.

Levanté entonces un ladrillo suelto del suelo y oculté la libreta debajo. Sería fácil volverla a encontrar, ya que dicho ladrillo sobresalía ahora del suelo más que los demás.

Estuve tentada de echarle una ojeada a la libreta antes de esconderla, pero cambié de idea.

Ibamos a salir del instituto cuando vimos que acababan de entrar todos los matones del R.A.P., Morgan incluido, rompiendo de un disparo el candado que cerraba la puerta principal.

-Demasiado tarde -mascullé-. Ali, tú a la derecha y yo a la izquierda. ¡Ahora!

Y echamos a correr cada una en una dirección, rodeando el edificio. Cuando volvimos a encontrarnos nos dirigimos juntas a la parte del muro por donde salíamos y entrábamos del instituto... ¡Y nos encontramos con Toni y Nacho, que entraban en ese momento!

-Id al gimnasio -jadeé-, y atrincheraros allí para preparar la defensa. Es muy posible que entren en el edificio. Yo les entretendré.

-¡Espera, Isa! -protestó Nacho.

No le hice caso. Raquel y Juanma estaban solos, y el R.A.P. estaba a punto de pillarnos. Sólo podía hacer una cosa. ¡Me lancé contra la muralla de terroristas con tanto ímpetu que se rompió y, cogidos por la sorpresa, no pudieron hacer nada para evitar que pasara! La confusión que creé con esa maniobra fue aprovechada por Nacho, Ali y Toni para entrar en el gimnasio por la ventanilla sin que los dieran.

Doblé la esquina del edificio. Si lograba despistarlos podría salir del instituto por la puerta principal, que ellos mismos habían abierto, y llamara a la policía, porque aquello ya se estaba poniendo demasiado peligroso.

Sin embargo, en mi camino hacia la libertad algo se interpuso entre la puerta y yo. ¡Félix Morgan, cabeza de los terroristas venidos del futuro! Me agarró fuertemente del brazo con una sonrisa de triunfo aflorándole a los labios y me arrastró hasta el centro del patio, mascullando:

-Parece ser que atrapé a un miembro de la pandilla de las “Anguilas Escurridizas”, ¿eh? Y además a la Anguila Número 2. ¿Dónde está la Número Uno, me lo vas a decir?

Me debatí furiosa, pero no hubo manera de que aquel tipo me soltara.

-¡Escuchad! -gritó Morgan en el silencio del instituto vacío-. ¡Tengo a la chica! ¡Sólo quiero al hijo de Enrique

Beltrán y una libreta que se trajo consigo! ¡Sólo eso, y la dejaré libre! Si no cumplís mis condiciones, me temo que vuestra amiguita lo va a pasar muy mal.

Me apuntaba la cabeza con una pistola. Pero, ¿cómo iban a “cumplir sus condiciones” si Lucian no estaba con ellos y, además, no sabían dónde estaba la libreta? ¡Pero sí lo sabían! Ali me había visto esconderla. Deseé de todo corazón que fuera prudente y no saliera del gimnasio. Y, sobre todo, que no dijera nada.

-Más le vale que la deje en paz, Morgan -se oyó en aquel momento una voz detrás de nosotros-. Ya estoy aquí, y me parece que es a mí a quien busca.

Trata de aprovechar el instante de desconcierto de Morgan cuando dio media vuelta para ver al que acababa de hablar para escapar, pero el terrorista no aflojó la presión que ejercía sobre mi brazo.

Eché un vistazo al que había hecho volverse a Morgan. ¡Era Lucian! Acababa de entrar por la puerta del instituto y se dirigía hacia nosotros con paso firme y seguro.

-¿Estás loco, Lucian? -chillé-. ¡Vete!

Dos matones del R.A.P. se apresuraron a sujetarle y él no hizo nada por soltarse.

-Lamento no poder decirle dónde está la libreta -le dijo a Morgan con un tono burlón-, pero me deshice de ella hace rato, y ahora mismo no sé dónde está.

-Da lo mismo -réplicó Morgan-. Tú conoces la clave. Eso es lo que quiero.

-Puede que la sepa y puede que no -dijo Luc prudentemente.

No, claro que no. Sólo yo podría arreglar aquello.

-¡Él no sabe dónde está la libreta! -chillé-. ¡Yo la escondí!

-¿¡Qué dices!?! -gritó Lucian.

-Eso ya lo sabía -rió Morgan-. La vi huir con la libreta en la mano. Mira qué bien, ya tengo a la Anguila Número Uno y a la Anguila Número Dos. La pandilla de las Anguilas Escurridizas está a punto de caer, ¿no?

No, faltaba la Anguila Número Tres. Miré disimuladamente la ventanilla del gimnasio, esperando que a Nacho se le ocurriera algo para sacarnos del lío.

Morgan hizo una seña y los gorilas que sujetaban a Lucian se apartaron, dejándolo libre. Luc miró a Morgan desconcertado. Se esperaba cualquier cosa de él menos aquélla. Se repuso pronto y avanzó un paso hacia nosotros, pero Morgan lo detuvo con un ademán.

-No te muevas -le advirtió-, o lo pagará ella.

Y Luc se quedó quieto. Morgan soltó una carcajada.

-Pero Lucian, pequeño, ¿qué te ha pasado? -rió-. Te han reblandecido el cerebro estos del siglo XX. Yo te recordaba más agresivo. Antes no te habría importado su vida. Te habrías lanzado sobre mí como un lobo salvaje si llevaras un arma.

-Pues me conoce muy mal -replicó Lucian-. Además, da la casualidad de que estoy desarmado, y tengo el brazo izquierdo en malas condiciones. ¿Usted cree yo sería tan estúpido de “lanzarme sobre usted como un lobo salvaje”?

Aun en una situación como aquella, Lucian Beltrán era capaz de fanfarronear mejor que un papagayo. Me dejó pasmada. ¿Cómo era capaz de hablarle así a un hombre que llevaba una pistola en la mano?

-Os doy una oportunidad a ti y a tus amigos para que salgáis corriendo -advirtió Morgan-. ¡Ya!

Pero Lucian se quedó donde estaba. O no exactamente. Avanzó unos pasos, sí, pero no hacia la puerta, sino hacia el líder del R.A.P.

-Suéltela -ordenó-. Es a mí a quien busca.

-Eres un estúpido, Lucian -le espetó Morgan-. Te estoy dando una oportunidad para que salves tu vida. Y eso no lo hago todos los días, créeme.

-¡Mi vida! -repitió Lucian con desdén-. ¡Yo no acepto regalos suyos! Usted atentó contra la vida de mi padre. ¡Y jamás permitiré que se quede con su trabajo de quince años!

-Eres demasiado orgulloso para admitir que estás en mis manos, ¿eh? No, pequeño, no creo que puedas librarte de ésta tan fácilmente. Si no fuera porque quiero esa libreta no estarías vivo, y si no fuera por la regla básica de los viajes en el tiempo, tu amiguita tampoco lo estaría. De todas formas, me la llevaré conmigo... tengo un par de preguntas que hacerle.

-Ella no sabe nada -insistió Luc-. Y no le estoy mintiendo. Cójame a mí y déjela a ella. Yo sé la clave, y ella no.

-No seré tan estúpido de hacer ese cambio, Lucian. Te cambiaría a ti por ella si vinieras con libreta incluida. Pero por desgracia no sabes dónde está la libreta. Ella sí. Y, dado que no me parece factible cogeros a los dos, prefiero llevármela a ella.

Miré a Lucian, como preguntándole qué se suponía que debía hacer yo. Si arriesgarme o quedarme quieta. Podía sentir el frío metal del cañón de la pistola de Morgan apretado contra mi sien. Lucian captó mi muda pregunta y negó casi imperceptiblemente con la cabeza. Respiré hondo. Estaba claro que no tenía nada que hacer en aquel asunto.

Eché una rápida mirada a la ventana del gimnasio, y vi un par de ojos que, ocultos tras la tabla que tapaba la ventana, observaban la escena con preocupación. Y supe que era Nacho, y que también estaba deseando actuar.

Morgan dio un paso atrás, arrastrándome consigo.

-Ni un movimiento -le advirtió a Lucian-. Me voy, y me la llevo conmigo. Me dirá todo lo que quiero saber.

-¿Lo va a dejar libre? -preguntó uno de los gorilas, señalando a Lucian.

-No veo por qué no. Ya no lo necesito. No quiero llevarme a los dos, éste es demasiado espabilado, nos traería problemas. Además, es la chica quien sabe dónde está la libreta.

-Pero...

-Ni una palabra más, Sandro.

Yo no tenía muy claro lo que debía hacer. Le eché a Luc una mirada suplicante, pero él no se dio cuenta; tenía los ojos clavados en Morgan.

-Eres como tu padre -decía éste-. Enérgico, inteligente, cabezota y decidido. Una lástima que estés condenado a quedarte en el siglo XX, sí.

-Si yo me quedara en el siglo XX, Morgan usted no podría viajar a otros años -dijo Lucian-. ¿No lo sabía? Mientras haya gente en una época que no le corresponda, la máquina del tiempo no se podrá reprogramar, ni aun usando la clave.

-Entonces ya te eliminaré cuando tenga lo que quiero.

Yo asistía al diálogo entre Lucian y Morgan como espectadora de excepción, pero no podía hacer nada. Mi mirada se fue sola, sin querer, hacia la losa, semioculta tras una fuente de piedra, bajo la cual había escondido la libreta de Lucian. Me hice a mí misma el propósito de no decir nada, me hicieran lo que me hicieran.

Morgan comenzó a retroceder, siempre apuntándome con la pistola, y siempre con esa odiosa sonrisa de autosuficiencia en los labios.

-Ni un solo paso -le dijo a Luc.

Seguimos retrocediendo. Morgan no dejaba de vigilar a Lucian, que no se había movido del sitio. Cuando ya llegábamos a la puerta del instituto, Luc sonrió confiadamente.

-Volveremos a vernos muy pronto, Morgan -dijo-. Aún

tengo una cuenta pendiente con usted, no se me ha olvidado.

Y pude ver que se llevaba la mano derecha al brazo herido.

Al salir a la calle, la gente se quedó aterrada al ver a un hombre apuntando con un arma a una adolescente y seis o siete gorilas escoltándonos. Hubo alguien que corrió a una cabina a llamar a la policía. Me dije a mí misma que no sería la policía quien lograra resolver aquel asunto.

-Sandro -le dijo Morgan a su “mano derecha”-, vuelva atrás y siga al hijo de Beltrán y a sus amigos sin que se den cuenta. Cuando le guíen hasta donde han ocultado la libreta, elimine al chico y tráigamela. Pero elimine sólo al chico, a Lucian, ¿eh?

Me volví desesperada.

-¡¡Luc!! -grité-. ¡Quieren...!

Sentí un furioso dolor en la cabeza. Todo se puso negro, y lo último que oí fue:

-Mocosa entrometida...

Capítulo IX: "¡Atrapada como una rata!"

Cuando volví a abrir los ojos me encontraba en una habitación polvorienta, tendida en el suelo. Intenté levantarme, pero fue inútil. Estaba atada de pies y manos, y una mordaza me impedía gritar.

Traté de tranquilizarme. Lo principal era ordenar mis ideas.

Pensé en mi situación. Estuviera donde estuviera, estaba claro que me hallaba prisionera de Félix Morgan y sus gorilas. Y pronto vendrían a interrogarme. A no ser que hubieran seguido a Lucian hasta el gimnasio y Ali les hubiera dicho dónde había escondido la libreta. Sin embargo, recordé la sonrisa pícara de Lucian cuando le había dicho a Morgan que volverían a encontrarse. Parecía muy seguro de sí mismo. Tal vez tuviera un plan.

La cabeza me daba vueltas. Todo era tan terriblemente complicado...

Por el momento, el padre de Lucian tenía el mensaje, la libreta estaba en el instituto, y yo estaba allí, atrapada como una rata. Por cierto... ¿dónde era "allí"?

Realmente, la situación no era para dar saltos de alegría. Para remate, Raquel se había visto involucrada en todo aquel asunto, el R.A.P. había descubierto nuestro escondite y no sabía si Lucian seguía vivo. Y además, mis padres no sabían nada del asunto. ¿Qué ocurriría cuando anocheciera y yo no apareciera por casa? ¿Qué les diría Ali? ¿Que me habían capturado unos terroristas procedentes del futuro?

No, decididamente, no podía quedarme sin hacer nada. ¿Y si me habían llevado al año 2025?

Veamos, ¿cómo se las arreglarían mis detectives favoritos para salir de una situación como aquella? Porque no

pensaba esperar a que me rescataran, ni mucho menos.

Me arrastré hasta la pared más cercana y, apoyándome en ella, me incorporé como pude. Comencé a frotar mis ataduras contra uno de los cantos de un mueble que había cerca. Tardé mucho en soltarme, y me pareció eterno el rato que estuve allí dale que te pego, pero mi paciencia se vio recompensada, y la cuerda se desgastó tanto que con un pequeño tirón pude romperla. Me desaté entonces las ataduras de los pies, y me quité el pañuelo de la boca.

Bien, ya estaba libre. Sólo había que encontrar una vía de escape. Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada, como era de esperar. Me acerqué a la ventana, y me asomé. Vi que me habían llevado a una vieja casa de campo, que lo más probable era que estuviera abandonada. Con las luces del atardecer pude ver que mi ciudad estaba por allí cerca, y deduje que me encontraba en las afueras de la misma.

Bueno, había que salir de allí. Estaba en una buhardilla, y consideré la posibilidad de bajar por aquella ventana. Podría intentarlo, pero estaba demasiado alto. Y yo trepando no era muy buena, que digamos; quizá si me ayudaban podría bajar por allí. Pero sola, no.

Me aproximé de nuevo a la puerta, y me incliné para mirar por el ojo de la cerradura. No se veía nada. ¡Tal vez la llave aún estuviera puesta! Y tal vez... ¿podría pasar por debajo de la puerta?

Una vez había leído en un libro policíaco una ingeniosa manera de salir de una habitación cerrada con llave cuando la llave está puesta por la parte de fuera.

Un periódico y un lápiz. Sólo eso necesitaba. Pude encontrar una vieja página de periódico en un rincón. Pero un lápiz no era tan sencillo de encontrar allí. De todas formas, localicé un trozo de alambre retorcido, y me dije a mí misma

que tal vez eso sirviera.

Me puse manos a la obra. Deslicé el periódico por debajo de la puerta, dejando una esquina dentro de la habitación, para poder recuperarlo después. Hurgué entonces en la cerradura con el alambre, hasta que empujé la llave y la hice caer al suelo. Entonces fui tirando lenta y cuidadosamente de la esquina del periódico hasta hacerlo entrar de nuevo por debajo de la puerta... ¡con la llave encima!

A veces merece la pena leer libros policíacos, podéis creerme. Yo estaba convencida de ello mientras metía la llave en la cerradura y le daba vueltas hasta que se abrió la puerta. Salí cautelosamente de mi encierro y bajé con cuidado las escaleras. Pasé sin que me vieran por delante de una habitación llena de matones del R.A.P. Me dirigía ya hacia la puerta de salida cuando una mano de hierro me agarró por el cuello de la cazadora. Intenté escapar, pero de nada me sirvió, puesto que cuando Félix Morgan atrapaba algo ya no lo soltaba. Me llevó de nuevo a rastras hasta la buhardilla.

-Vaya con la mocosa -comentó-. Eres más lista de los que yo creía.

-¿¡Qué ha hecho con Lucian!?! -grité.

-Bueno, puede que cuando me digas lo que quiero saber te deje ir con él... si vuelves al lugar donde apareció desde el futuro puede que lo encuentres, si es que no se lo han llevado ya.

-¿Llevado...? -repetí.

-La policía, por supuesto. No creo que dejen el cadáver de un muchacho con una bala en la cabeza ahí, de exposición, ¿no te parece?

-¡Es usted un canalla! -chillé, y comencé a darle patadas a diestro y siniestro.

-Bah, se puso demasiado pesado -replicó el otro con

indiferencia-. Además, no me quiso decir dónde había puesto esa libreta.

-¡Pero si él no lo sabía!

-Pero tú sí, y me lo vas a decir.

-¡No, ni hablar!

El gángster me hizo sentarme (de una forma no muy delicada) en una silla, y me ató a ella. Salió de la habitación para regresar momentos después con un extraño artefacto entre las manos y tres o cuatro de sus secuaces detrás. Colocó el trasto aquel sobre una mesa y me puso en la cabeza una especie de aro que estaba conectado a él por un cable. Oprimió un botón del artilugio aquel y sentí un pinchazo en la cabeza.

-¿Conoces a Lucian Beltrán? -me preguntó Morgan.

No pensaba decir nada pero, a pesar de todo, mi mente no me obedecía, y contesté como una autómatas:

-Sí.

-¿Qué sabes de él? -siguió preguntando Morgan.

-Es un chico del futuro -respondí-. Es hijo de Enrique Beltrán, que en el año 2025 inventará una máquina para viajar en el tiempo llamada Alfa-5. Lucian ha venido a 1992 huyendo de los terroristas que querían asesinar a su padre y apoderarse de la máquina del tiempo.

Me hubiera gustado morderme la lengua y cortármela, pero no podía. El aparato de Morgan dominaba mi mente. Podía contestar la verdad, pero sólo la verdad y nada más que la verdad.

Morgan continuaba con su interrogatorio:

-¿Qué sabes de la libreta que llevaba?

-Nada. Sólo sé que es importante, que tiene que ver con la máquina Alfa-5 y que debemos impedir a toda costa que caiga en manos de los terroristas.

-Pero te la llevaste tú, ¿no?

-Sí. Durante la persecución de esta tarde Lucian me la entregó a mí.

-¿Leíste algo? ¿Cuál es la clave de la computadora?

-No, no leí nada. No sé nada de una clave.

-¿Qué hiciste con la libreta?

-La escondí.

-¿Dónde?

Luché conmigo misma para no responder, pero aquel artilugio del futuro era más fuerte que yo.

-En el instituto de los chicos. Debajo de una losa suelta del suelo, cerca de una fuente de piedra.

-Ese instituto...¿es el lugar donde os ocultábais esta tarde?

-Sí.

-¡Estupendo, jefe! -dijo entonces uno de los matones-. ¿Vamos por ella?

-No, espera. Quiero saber un par de cosas más. Chica, ¿cómo te llamas? -me preguntó.

-Isa.

-¿Cuántos sois en el grupo?

-Contándome a mí y sin contar a Lucian, seis.

-¿Quiénes son tus amigos? ¿Cómo son físicamente?

-Nacho es moreno, alto, tiene dieciséis años y los ojos azules.

-¿Es el chico que nos engañó poniéndose la ropa de Lucian?

-Sí.

-¿Y los demás?

-Ali tiene el pelo rubio oscuro, y los ojos verdes. Toni tiene el pelo ondulado, castaño y los ojos oscuros.

-¿Es el que chocó con nosotros ayer?

-Sí.

-Faltan dos, ¿no?

-Sí. Juanma es el hermano pequeño de Nacho. Tiene los ojos verdes, y el flequillo casi siempre se los tapa. Tiene el pelo castaño y doce años. Y la otra chica se llama Raquel. Ella no sabía quién era Lucian. Creía que era un amigo nuestro.

-Bien... ¿sabes dónde está Lucian?

-En el parque. Con un balazo en la cabeza -respondí, sintiendo que se me hacía un nudo en la garganta.

-Me parece que ya es suficiente -dijo Morgan dirigiéndose a uno de sus matones-. Desactiva ese trasto y quítaselo de la cabeza.

Cuando me quitaron aquel aro me sentí mucho mejor, aunque sentía un intenso dolor de cabeza. Me desataron de la silla y volvieron a atarme, pero esta vez sin silla. Sacaron todos los muebles de la buhardilla para que no pudiera volver a soltarme y se marcharon, dejándome sola, tendida en el suelo, y cerrando la puerta. Pude oír cómo le daban la vuelta a la llave y luego la sacaban de la cerradura.

Ya no había ninguna oportunidad.

Estaba hecha polvo. Me dolía tanto la cabeza que me parecía tenerla metida debajo de la campana de la torre de una iglesia que estuviera repicando sin cesar.

Porque... ¿qué significaba todo aquello? ¿Qué era lo de la clave de la computadora? ¿Por qué Lucian no nos lo había contado?

Por otra parte, ya le había dicho a aquel hombre todo lo que sabía. Incluso lo de la libreta de Lucian. Me sentía una traidora, aunque sabía que no era culpa mía. Aquello sí que era como para llorar. Porque si Morgan conseguía la libreta los esfuerzos de Lucian no habrían servido de nada. Pero lo más frustrante de todo era que yo no podía hacer nada por remediar la situación, que estaba atada de pies y manos en una casa

abandonada a las afueras de la ciudad, que no podía avisar a los demás...

Odiaba aquella situación. Y, por si fuera poco, aquel maldito dolor de cabeza... No, las cosas estaban tan mal que, de hecho, ya no podían ir peor.

Una hora más tarde, sobre las siete menos cuarto, volvieron Morgan y sus matones a la casa, con aspecto de irritados. Morgan irrumpió en la buhardilla, me arrancó la mordaza de la boca y gritó:

-¡Nos has engañado, chica! Allí no había nada.

-No he mentido -respondí-. Yo la dejé ahí. No habrán buscado bien.

-No me tomes el pelo, niña. ¿Sabía alguien que la libreta estaba allí? Cerré bien la boca.

-¡Contesta! No ganas nada callándote, porque volveré a interrogarte y lo sabré todo.

-Ganaré tiempo -respondí.

Me retorció la mano, y grité.

-Dímelo, anda. Ya sé que alguien sabía dónde estaba. ¿Era Lucian?

-No, Lucian no sabía nada -insistí, desconsolada-. Era mi amiga Ali, ella me vio esconderla. Es posible que se la haya llevado consigo.

-¿Por qué no lo dijiste antes?

-¡No lo preguntó!

Aquel hombre estaba realmente furioso. Me volvió a poner la mordaza y me arrojó brutalmente al suelo.

-Escúchame, no vas a salir de aquí hasta que las ranas críen pelo -me amenazó-. Y puedo asegurarte que en el 2025 no lo hacen.

Traté de protestar, pero no hubo manera. Me había tapado la boca muy fuertemente.

-Revolveré toda la ciudad si es necesario -decía Morgan-, pero conseguiré esa libreta. Y ni tú ni ese mequetrefe impertinente podréis impedirlo.

Se marchó dando un portazo.

Se les oyó caminar por la casa durante un rato. Luego oí que la puerta de la calle se cerraba y la casa se quedaba vacía y silenciosa.

Sentí que el miedo me atenazaba. ¿Es que iban a dejarme allí sola?

Agucé el oído, por si percibía alguna señal de vida. Pero nada. Ni siquiera un ratón que correteara por las tablas. Si Nacho y Lucian estuvieran allí... Pero no podían. Nacho no sabía dónde estaba, y Lucian...

Pero no, era mejor no pensar en ello. Cerré los ojos y traté de convencerme a mí misma de que aquello no era más que una pesadilla.

Los abrí de pronto. No, las cosas no estaban tan mal. Le habíamos dejado un mensaje al doctor Beltrán, y el R.A.P. no tenía la libreta. No iba a permitir que aquella situación me desmoralizara, ni hablar.

Además, Lucian tenía un plan cuando nos separamos. Tal vez le había dado tiempo de ponerlo en práctica. Quizá el doctor Beltrán había recibido el mensaje, allá en el 2025. Era posible que el atentado contra él no tuviera éxito, y pudiera ayudarnos. Tal vez ya había vuelto al laboratorio y detenido a Fausto. Y quizá utilizara la máquina Alfa-5 para venir a 1992 para echarnos una mano.

Por otra parte, mis padres avisarían a la policía. Pronto me encontrarían.

En aquel momento oí cómo se abría la puerta de la calle, y supe que Morgan y los suyos habían vuelto. Y aunque yo estaba convencida de que “más vale sola que mal acompañada”,

aquella vez no pude menos que respirar aliviada.

No, las cosas no estaban tan mal. Ni estaba herida ni muerta, estaba físicamente bien. Mientras hay vida, hay esperanza.

Estaba atrapada en aquella casa. Pero, mientras los demás estuvieran bien, aquello no importaba demasiado. Deseé fervientemente que Morgan no llegara a capturarlos. Me dije a mí misma que, si salía de aquélla, nunca más volvería a pelearme con Pablo ni con Nacho.

Los minutos pasaban. Me encontraba atada de pies y manos en una casa de campo abandonada, secuestrada por el más peligroso terrorista del siglo XXI y sus secuaces, y, además, no sabía qué había sido de mis amigos, ni si Ali tendría la libreta que Lucian guardaba tan celosamente.

Pero en el fondo de mi corazón se había encendido una pequeña pero viva llamita de fe.

Capítulo X: "Al rescate"

Al cabo de un rato Morgan apareció de nuevo por allí.

-Veo que aún sigues aquí -me soltó-. Mañana tendré lo que quiero.

Le miré extrañada. ¿Por qué estaría tan seguro?

-Sí, mañana -repitió-. Porque supongo que tus amigos tendrán que ir al colegio, ¿no?

Entonces lo comprendí. ¡Claro! Pensaba tender una emboscada a Nacho y Toni en el instituto.

-Les propondré un trato -prosiguió Morgan-. La libreta a cambio de su querida amiga Isa. ¿Cómo lo ves?

Bueno, las cosas estaban tan mal que ya no podían ir peor. Y eso era un consuelo, ¿no? Porque significaba que sólo podían ir mejor.

-Mmmm -protesté.

Traté de librarme de las cuerdas, pero sólo conseguí que se me clavara más en la piel. Morgan rió cruelmente.

-¿Qué más te da que yo consiga esa libreta si Lucian está muerto?

“¡CANALLA!” me hubiera gustado chillar, pero sólo pude emitir un gemido ahogado. Morgan, tras una nuera carcajada despectiva, se marchó cerrando cuidadosamente la puerta tras de sí.

Cerré los ojos y traté de dormir. Quizá cuando despertara me daría cuenta de que aquello no era más que una pesadilla. Me sumí al cabo de un rato en un profundo sopor.

No sé cuánto tiempo permanecí en aquel estado de semiinconsciencia. Me dolían todos los huesos, tenía frío y sed y, además, ignoraba si se molestarían en darme de cenar. Pero al cabo de un rato oí un suave rumor, y una voz que decía en un susurro:

-Isa... Isa, despierta.

Abrí los ojos lentamente, y vi dos rostros inclinados sobre el mío. Enfoqué mejor y pude distinguir a Nacho y a Lucian. Me quitaron la mordaza de la boca.

-Es un sueño -murmuré-. Una pesadilla.

Ambos cruzaron una mirada, y Nacho dijo:

-Te sacaremos de aquí.

Lucian estaba cortándome las cuerdas con una navaja. Cuando acabó, traté de ponerme en pie, pero tenía los miembros demasiado entumecidos. Apoyándome en Lucian, pude caminar un poco por la estancia.

-Vámonos de aquí -urgió Nacho en voz baja.

Yo aún no había vuelto a la realidad. Todo me parecía muy confuso y, además, tenía hambre y frío, y tal vez un poco de fiebre. Me parecía estar viviendo como en un sueño. Ni siquiera me di cuenta de que Nacho me ponía su cazadora sobre los hombros.

Lucian se acercó a la ventana.

-Diablos, ¿cómo he subido yo por aquí? -gruñó-. Me parece que no voy a poder bajar otra vez por el mismo sitio, Nacho. Si me falla el brazo me romperé la crisma; y, por otra parte, Isa no está para estos trotes.

Nacho asintió.

-Habrá que salir por la puerta principal -dijo.

-Me parece demasiado arriesgado -rechazó Lucian-. Estará muy vigilada. ¿Y si salimos por una ventana del piso de abajo? Hay menos altura.

-Imposible, chico -dijo Nacho al comprobar que la puerta de la buhardilla estaba cerrada con llave-. Ni por la puerta principal ni por una ventana del piso de abajo. Esto está cerrado y, mientras no salgamos de aquí... Me temo que habrá que bajar por esa ventana.

-Pero...

-Hemos subido por ahí, ¿no?

-Sí, y, si quieres que te confiese una cosa, no sé cómo lo he hecho. He tenido suerte, nada más. Tú podrás bajar, pero yo no. Ya sabes que tengo el brazo mal. Además, Isa está “zombie”. Nos podemos dar un castañazo...

-Entonces, ¿qué hacemos?

-No sé, quizá tenía que haber venido Toni en mi lugar.

-Eso fue lo que dije. Pero, como eres tan cabezota...

Poco a poco fui recobrando la lucidez. Cuando los vi ahí discutiendo me dije a mí misma que de allí no saldríamos. Lucian dijo entonces:

-¿Y si echamos la puerta abajo?

-Pero qué bruto eres, Lucian -replicó Nacho-. Nos oirían enseguida, y no podríamos contra ellos. De todas maneras -añadió, asomándose a la ventana-, me parece que yo sí podré bajar por aquí. Hagamos una cosa: yo salgo por aquí y atraigo la atención de esos gorilas. Al fin y al cabo, tienes razón; esa puerta está tan desvencijada que será fácil tirarla abajo. Haré un ruido muy grande cuando esté fuera. Estáte atento, para cargar contra la puerta en ese momento. Así el ruido que hagas al tirarla será amortiguado por el que yo haga desde fuera. Y, mientras los terroristas esos salen fuera para ver qué es, vosotros podéis escapar.

-Si eso es un plan seguro, yo soy la reina de Saba -intervine yo, ceñuda-. ¿Vosotros sabéis cuántos matones nos esperan abajo?

Ambos me miraron.

-El encierro le ha reblandecido el seso -comentó Nacho-, aunque es normal en Isa no agradecer lo que se hace por ella.

Opté por callarme, y decidí que no estaba en condiciones de ostentar el liderato, por más que ellos nunca se pusieran de

acuerdo. Mejor era dejar que fueran Nacho y Lucian quienes tomaran las decisiones.

-Ya sabes cuál es nuestro punto de reunión por si alguno se queda atrás -le dijo Lucian a Nacho cuando éste salió por la ventana.

Vi cómo se descolgaba por la ventana. Fueron cinco minutos angustiosos los que tardó en bajar. Pero cuando al fin llegó al suelo, lo hizo sano y salvo. Se despidió con una seña y desapareció.

-Ahora, a esperar -murmuró Lucian, acercándose a la puerta-. Y ojalá no le pase nada.

Le miré, intentando asimilar que estaba vivo, y que estaba allí.

-Hay tantas cosas que no comprendo -le dije-. Entre ellas... Morgan me dijo que te habían matado, y yo...

-Y tú le creíste -completó Lucian, sonriendo.

Guardé silencio.

-Qué poca fe tienes en mí -prosiguió Luc-. Deberías haber sabido que no iba a dejarte en la estacada así como así. ¿Cómo iba a dejarme matar estando tú en problemas?

Le miré enfadada, intentando comprender por qué a todos les gustaba tanto tomarme el pelo. Decidí contraatacar.

-Claro, debí de haber pensado antes que “Mala hierba nunca muere”.

Luc estuvo a punto de soltar una carcajada, pero finalmente no lo hizo.

De pronto un estruendo ensordecedor se oyó fuera, y Lucian echó abajo la puerta mientras todavía se oía aquel jaleo, que duró cerca de tres minutos.

Cuando el sonido cesó, la puerta ya había cedido. Salimos fuera con precaución. Oímos las voces de los de abajo.

-¿Qué ha sido eso? -gruñía uno.

-Debía de ser un gato -resopló otro-. ¡Maldito animal!

El sonido se repitió de nuevo.

-No es un gato, muchachos -se oyó la voz fría de Morgan-. Más vale que subamos arriba, para ver si nuestra presa sigue en su sitio.

-¡Maldita sea! -musitó Lucian-. Ese tipo es más listo que el mismo diablo...

Tiró de mí hasta meterme en otra habitación, y entró él también, entornando la puerta tras de sí. Dejó una rendija abierta, para poder ver lo que pasaba fuera.

-Cuando yo te diga -susurró-, sal corriendo sin mirar atrás, y no te pares hasta la salida.

Asentí, aunque no estaba muy convencida.

Los gorilas subieron desde la planta baja, y pasaron frente a nosotros, que no nos atrevíamos ni a respirar.

-¿Qué os dije? -oímos decir a Morgan-. El pajarillo ha volado, y me parece que alguien le ha ayudado a escapar.

Tenía tanto miedo que me aferré a Lucian con fuerza.

-Preparada -susurró él, y me solté.

-No ha salido de la casa -dijo Morgan-. ¡Todo el mundo a buscarla!

-¿Cómo pudo desatarse? -quiso saber uno de los terroristas.

-Tuvo ayuda.

-¡Son la chica y el hijo de Beltrán! -dio la voz de alarma-. ¡Allí!

-¡¡Corre, Isa!! -me urgió Lucian.

Salí corriendo a la desesperada, bajé las escaleras de dos en dos, sorteé a uno de los matones y me vi de narices en la calle.

-¡Vámonos, Isa! -me dijo Nacho, apareciendo tras una esquina de la casa.

-Pero... Lucian...

-¡Sabe cuidarse solo! ¡Corre!

Me cogió de la mano y echó a correr, prácticamente arrastrándome tras de sí. Dimos la vuelta a una especie de granero que había por allí y nos subimos a un árbol, ocultándonos entre el follaje.

Nos quedamos quietos. Oíamos las voces de los del R.A.P., y conteníamos la respiración. Como era invierno se hacía de noche enseguida y, aunque no era muy tarde, ya hacía rato que había anochecido, lo cual era un factor a nuestro favor. Los gorilas del R.A.P. pasaron de largo; seguramente creían que nos habíamos dirigido a la ciudad. Yo ignoraba cuál era el plan de Nacho y Lucian, y cuánto tiempo permaneceríamos en el árbol. Sólo sabía que seguíamos allí porque, de alguna manera, estábamos esperando a Lucian.

Procuré acomodarme mejor sobre la rama. Algo me decía que Luc no tardaría mucho en aparecer pero, de todas maneras, los minutos se me hacían eternos.

Al cabo de un rato oímos que Morgan y los suyos volvían a la casa. Entraron todos dentro y cerraron la puerta. ¿Por qué tardaba tanto Lucian? ¿Le habrían capturado? Yo navegaba en un mar de dudas.

Poco después un rumor de pasos nos puso en estado de máxima alerta. Contuvimos la respiración, preparados para salir corriendo si llegaba el caso.

La sombra se paró junto a nuestro árbol-refugio y silbó suavemente. Estuve a punto de chillar, pero Nacho me cogió del brazo, susurrando:

-Todo está bien. Es la señal. Bajemos.

Así lo hicimos. Lucian estaba abajo, jadeante.

-Vámonos -dijo-. Morgan no es tonto, sabe que estamos por aquí cerca. Ahora sí, ahora vamos hacia la ciudad.

Entonces la puerta de la casa de campo se abrió y apareció Morgan, con una sonrisa de triunfo, seguido de sus gorilas.

-¿Qué os dije? -rió-. ¡Efectivamente, se ocultaban por aquí cerca! ¡A por ellos!

Echamos a correr desesperadamente. Sabíamos que nuestra única posibilidad era llegar a la ciudad, donde seguramente podríamos escondernos en algún sitio, más fácilmente que en campo abierto. No teníamos ningún plan esta vez, ni esperábamos engañarlos con alguna treta de las nuestras. La consigna era: ¡Pies, para qué os quiero!

Yo me había espabilado completamente con el aire nocturno. Ahora no estaba “zombie”, como decía Lucian, y me daba perfecta cuenta de que nuestros perseguidores nos estaban pisando los talones. Sin embargo, alentados por las luces de la ciudad, aumentamos la velocidad, incrementando así la distancia que mediaba entre ellos y nosotros.

Al fin llegamos a las afueras de la ciudad. Allí no nos fue difícil despistarlos porque, además de que ya les llevábamos bastante ventaja, el nuevo panorama ofrecía múltiples escondites.

Cuando los perdimos de vista aprovechamos para coger un autobús que nos llevaría hasta nuestro barrio.

Durante todo el trayecto, ninguno de los tres habló. Nos encontrábamos tan terriblemente cansados que no teníamos fuerzas para pronunciar una sola palabra.

El autobús paraba justo frente a mi casa, y decidimos detenernos allí para descansar, aunque luego Nacho y Lucian tuvieran que marcharse.

Subimos hasta mi piso, y abrí la puerta. Cuando entré me encontré con un silencio poco usual allí.

-¡Eeeooo! -grité-. ¿Hay alguien en casa?

-¡Yooo! -me respondió la voz de Pablo-. ¿Eres tú, Isa?
¡Papá y mamá han ido al circo con Clara!

Entré en la habitación de mi hermano.

-Hola, Pablo -saludé-. Sal un momento, que te presente a Lucian.

Porque la cortesía es lo primero.

Hechas las presentaciones, Pablo volvió a refugiarse en su cuarto para estudiar. Nosotros nos metimos en mi habitación. Inmediatamente Nacho y Luc ocuparon las dos sillas que había. Yo me derrumbé en la cama.

-Vaya tardecita -suspiré-. ¡Hay tantas cosas de qué hablar...! ¿Cómo es que la libreta no estaba donde yo la dejé? ¿Y cómo me habéis encontrado? ¿Y cómo se libró Lucian de los tipos esos del R.A.P. cuando me secuestraron?

-Estás hecha un lío -me dijo Lucian amablemente-. Apostaría a que te han estado interrogando.

Me llevé una mano a la cabeza.

-Oh, sí. Y aún tengo jaqueca. Les dije... les dije dónde estaba la libreta y...

-¿Te preguntaron cuál era la clave? -cortó Luc bruscamente.

-Sí, pero no la sabía. ¿Qué es eso de la clave?

-¿No le echaste un vistazo a la libreta?

-Oye, ¿por quién me tomas?

Lucian se relajó, y bromeó:

-Te tomo por una incorregible curiosa, y digas lo que digas no voy a cambiar de opinión.

-Cuéntamelo todo -exigí-, que cada vez entiendo menos.

-Verás, esta tarde, cuando se te llevaron -comenzó Lucian-, pude ver que Nacho estaba tras una esquina. Me hizo una seña, indicándome que él se encargaría de seguiros, así que no me preocupé demasiado. Y, como sabía que Morgan quería

algo de mí (de lo contrario, no me habría dejado en libertad), en lugar de dirigirme al gimnasio, comencé a caminar por el barrio, dando vueltas y más vueltas, para marear bien al que me estaba siguiendo.

-¿Cómo sabías que te seguían?

Luc se encogió de hombros.

-Intuición -dijo-. Además, para comprobarlo, me escondí una vez tras una esquina y pude ver al gorila ese detrás de mí. Terminé por despistarlo por completo y perderlo de vista. Entonces fui a una cabina y llamé por teléfono a casa de Toni; me imaginaba que estarían todos allí. Me reuní con ellos hecha la comprobación y, cuando Nacho volvió media hora después, trazamos un plan de rescate.

El propio Nacho tomó el relevo:

-Os había seguido hasta las afueras de la ciudad -explicó-. Y sabía dónde te tenían. Lucian y yo decidimos ir a rescatarte nosotros mismos, porque si hubiéramos acudido a la policía nos habrían hecho muchas preguntas, habríamos perdido mucho tiempo y, además, no nos habrían creído.

»Total, que fuimos hasta la casa y subimos por la pared hasta la ventana de la buhardilla. Yo sabía que te tenían allí, porque cuando al ir allí por primera vez había escuchado una conversación entre dos terroristas: que te tenían en el desván. Y el resto ya lo sabes.

-No del todo -apunté-. ¿Cómo hiciste ese ruido tan estruendoso?

-Me dediqué a jugar a fútbol con un par de cubos viejos y oxidados que había por allí.

En aquel momento llamaron al teléfono. Salí de mi cuarto para cogerlo.

-¡Isa, qué alegría! -exclamó la voz de Ali al oír la mía, al otro lado del auricular-. ¿Qué ha pasado? ¿Estáis todos bien?

-Sí, estamos todos bien. Ha sido muy duro. A propósito, ¿cogiste tú la famosa libreta?

-Sí; sabía que volverían por ella.

-¡Menos mal! Tenías razón. Volvieron a buscarla. Me obligaron a confesar dónde la había escondido.

-¿Te torturaron?

-Oh, no. Me interrogaron. Utilizaron un aparato de su tiempo. Cuando me lo pusieron, ¡respondía la verdad a todo lo que me preguntaban, aunque no quisiera decir nada! Pero ese artilugio futurista me dominaba la mente, ¿sabes?

-¿Están Lucian y Nacho contigo?

-Sí; si no llega a ser por ellos, nunca habría salido de allí. Morgan y los suyos me tenían prisionera en una casa abandonada, a las afueras de la ciudad.

-Bueno, al menos no ha sido muy largo.

-Tienes razón; fue un secuestro corto. ¿Y Raquel? ¿Se lo habéis contado todo?

-Sí, no ha quedado más remedio. Me parece que lo ha asimilado bien.

-¿Y sabe ya que Lucian viene del año 2025?

-Sí, ya te he dicho que lo sabe todo.

-Isa... -oí entonces la voz de Nacho a mis espaldas.

-Sí, es Ali -le respondí sin volverme.

-¡ISA! -insistió Nacho-. ¡CUELGA YA!

Me fastidió su tono autoritario, y ni siquiera me molesté en darme la vuelta.

-Era Nacho -le dije a Ali-. No sé que mosca le ha picado. Quiere que cuelgue.

-Escucha, ¿por qué no quedamos ahora en el bar y nos lo contáis todo? -preguntó Ali-. Ya sé que es tarde, pero...

-Es que esos terroristas del siglo XXI estarán al acecho. ¡Pues no se enfadaron poco cuando nos escapamos!

-Venga, por favor...

-Vale, de acuerdo. En el bar dentro de veinte minutos.

-¿Veinte minutos?

-Es que tenemos que descansar, ¿sabes? Acabamos de llegar.

-¡¡¡IIIIISAAAA!!! -me chilló Lucian al oído-. ¡¡Si te dignas a darte la vuelta podrás ver que hay alguien que no debería estar aquí!!

-Cuelgo, Ali -le dije a mi amiga-. Estos dos pesados quieren decirme no sé qué... Hasta luego.

-Hasta luego.

Giré, dispuesta a decirles un par de cosas a aquellos dos, pero me quedé de piedra cuando vi que mi hermano Pablo estaba allí, con los brazos cruzados y la espalda apoyada en la pared.

-Oído todo lo he -me soltó con guasa-. Y una explicación exijo.

-Eso era... -empezó Nacho.

-...lo que queríamos decirte -completó Luc, con un gesto resignado.

-Tenemos que deliberar si merece la pena contártelo o no -le dije a mi hermano, y, agarrando a Luc y a Nacho, los metí de un empujón en mi cuarto-. Dentro de un rato te haremos saber nuestra decisión -añadí entrando tras ellos y cerrando la puerta.

Miré a mis dos amigos.

-¿Qué decís? -pregunté-. ¿Puede saberlo o no?

-No lo creo prudente -opinó Lucian, moviendo la cabeza en señal de desaprobación.

-A mí no me parece mala idea -contradijo Nacho-. La unión hace la fuerza; cuantos más seamos, mejor.

-Bueno, ¿y qué tal si coges la guía telefónica y llamas a todos, uno por uno, de la A a la Z, para decirles que Lucian

Beltrán ha venido del año 2025 en la máquina del tiempo de su padre, y que unos señores de la misma época cuya reputación es muy dudosa y cuya compañía es poco recomendable han venido tras él para meterle una bala en el seso y quitarle cierta libreta que se trajo desde el futuro? -se burló Lucian-. A mí no me parece mala idea.

-No seas borde, Lucian. ¿Tienes algo en contra de Pablo?

-No, pero, ¿tú crees que estaría bien involucrarlo en esto?

-Mira; se lo contamos, y luego que él mismo decida si quiere unirse al grupo de... ¿cómo nos llamó Morgan? ¡Ah, sí! Al grupo de las Anguilas Resbaladizas.

-No sé quién es más borde, si tú o yo. Yo pienso que no tiene por qué enterarse, ya somos demasiados en el grupo. Alguno se irá de la lengua y...

Se habían olvidado de todo. Para ellos ya no había más que aquella discusión. Me senté a horcajadas en una silla y, apoyando la mejilla en el respaldo, me quedé mirándolos a los dos.

Nacho y Lucian. Agua y fuego. Eran totalmente diferentes el uno del otro. Pero ambos se habían arriesgado para salvarme. Y eso era de agradecer, ¿no?

Lucian se marcharía a su tiempo tarde o temprano. Y pensar que aún no había nacido, que no nacería hasta el año 2009...

En cuanto a Nacho... ¿no había prometido que si me libraba de aquella nunca más me pelearía con él? Pero, de todas formas... ¿cómo discutir con él después de lo que había hecho por mí?

Y ellos allí, discutiendo acerca de un asunto trivial. Estuve tentada de dejarlos así, porque en el fondo me gustaba verlos discutir. Me hacía gracia la forma que tenían de exigir el

liderato del grupo. Se lo disputaban como si fuera un legítimo derecho suyo. De todas maneras, allí estaba yo para ser siempre la que, finalmente, se alzara con la victoria. Era así: ellos discutiendo y yo, entre tanto, aprovechando. Pero estaba bien. No porque fuera yo la vencedora sino porque me las arreglaba para que, cada vez que intervenía implantando mi “dictadura”, volvía a haber paz entre ellos. Y nuestro grupo sí que era entonces un grupo de verdad.

Aquella vez no tenía por qué ser distinta de las otras.

-Chicos, ¿sabéis una cosa? -dije.

Se callaron y se volvieron hacia mí.

-Sois maravillosos -completé.

-¿A qué viene eso? -preguntó Nacho.

Me levanté de mi asiento con aire del que se las sabe todas.

-Si queréis mi opinión, no creo que haga falta contárselo a Pablo.

-¿Ves? -le increpó Lucian a Nacho.

Estuve a punto de soltar una carcajada. Parecían dos niños pequeños. No me hubiera sorprendido lo más mínimo que Luc le sacara la lengua y le dijera: “Hala, hala, yo tengo razón y tú no-o!”.

Me acerqué a la puerta, sabiendo que allí la que iba a ganar en la discusión iba a ser yo.

-No hace falta contárselo -proseguí-, porque ya lo sabe todo.

Abrí la puerta y mi hermano cayó de bruces a mis pies.

-Conque espiando, ¿eh? -le pregunté amablemente.

-Psé.

-Habéis hablado tan alto -les expliqué a los pasmados Nacho y Lucian-, que se oía todo desde fuera.

Pusieron cara de circunstancias, se miraron y soltaron

una carcajada. La paz estaba salvada de nuevo.

-Propongo que vayamos al bar a reunirnos con Ali y los demás -resolví-. Y por el camino se lo terminaremos de contar.

Y nadie puso objeciones. ¿Para qué? A ver, ¿quién se atrevía a contradecirme?

-¡Sellamos la tregua! -declaró Nacho, y él y Luc se dieron ceremoniosamente la mano.

Si es que lo que no consiga una...

Capítulo XI: "La libreta negra"

Llegamos al bar sin percances. Entramos dentro y vimos que el resto de la pandilla nos estaba esperando. Se habían sentado en una mesa cerca de la puerta trasera del bar, para poder escapar en caso de emergencia.

-¡Qué ganas tenía de verte, Isa! -dijo Ali-. Lo vimos todo por la ventana del gimnasio. ¡Casi me dio un infarto cuando vi a ese tipo apuntándote con la pistola!

-¿Has traído la libreta? -le preguntó Lucian sin rodeos.

Ali la puso sobre la mesa, y la empujó hasta él. Luc respiró profundamente al cogerla.

-No sabía que Pablo estuviera también en el ajo - comentó Juanma, mirando a mi hermano.

-Lo sabe todo -dije-. Ahora es uno de los nuestros.

-Bien -alabó Toni-. Cuantos más seamos, mejor.

-Parece tan extraño -comentó Pablo-. Y pensar que Lucian viene del año 2025...

-No lo repitas más -corté, mirando a mi alrededor-. Pueden oírte.

-Cuéntanos todo lo que ha pasado, Isa -pidió Ali.

Lo hice con pelos y señales y cuando acabé, Lucian dijo:

-Ahora ya no estamos seguros, ninguno de nosotros. Tenemos que andar con pies de plomo. El R.A.P. nos conoce a todos, excepto a Pablo. Él también tiene que tener cuidado. Que no parezca que está enterado de todo. Puede ser nuestra carta en la manga.

-Escuchad, estamos en una situación más bien extraña - dijo Nacho-. El doctor Beltrán tiene el mensaje, es cuestión de esperar.

-¿Esperar? -repitió Pablo-. ¿A qué?

-Veréis, el Alfa-5 no es perfecto -explicó Lucian-. El tiempo transcurre igual en el punto de partida que en el de llegada.

-¿Qué quieres decir?

-Os lo explicaré con un ejemplo. Veréis, yo viajé al pasado el día 19 de diciembre de 2025, a las 9.30 horas. Y apareceré en el pasado el 19 de diciembre de 1992 a las 9.30 horas. Si ahora mismo, 20.45 horas del 20 de diciembre de 1992 volviera al futuro, aparecería a las 20.45 horas del 20 de diciembre de 2025. Eso es lo que se llama “tiempo simétrico”. El tiempo no se detiene; puedes cambiar de año, puedes viajar a un año cualquiera, pero cuando vuelvas de ese año a tu época de origen te encontrarás con que en ésta ha transcurrido tanto tiempo como tiempo has pasado en una época que no te correspondía. Con esto quiero decir que, aunque mi padre haya recibido el mensaje, habrá tardado lo suyo en volver de Viena, avisar a la policía, regresar al laboratorio, detener a Fausto y enviar refuerzos a 1992. ¿Cuánto calculáis que se tarda en hacer todo eso?

-Un día, más o menos -dijo yo-. Puede que más.

-Exacto -corroboró Luc-. Dado que la nuez mecánica se abrirá a las 17.15 horas del día 19 de diciembre de 2025 (es decir, quince minutos antes del atentado) si mi padre ha recibido el mensaje, los refuerzos deben estar al caer.

-¿Y no se puede cambiar el día y la hora de llegada? -preguntó Toni.

-Es verdad -dijo Raquel-. Pero si se pudiera, tu padre podría haber enviado refuerzos al día 19 de diciembre. Y entonces todo esto ya estaría solucionado.

-No puede cambiarse el día y la hora si hay alguien en una época que no le corresponda -explicó Lucian-. Mientras el R.A.P. y yo sigamos aquí, mi padre no podrá mandar a nadie a

otra época. Además, el Alfa-5 está programado para una época determinada: tiempo simétrico-1992.

-¿Y eso no puede modificarse? -inquirí-. ¿Sólo se puede viajar a 1992?

-Era una prueba sólo -respondió Luc-. Mi padre programó 1992 por poner un año cualquiera. Suponiendo que no quedara nadie en un año que no fuera el suyo, podría cambiar el punto de llegada. Pero sólo accediendo a la computadora del Alfa-5. Y eso sólo se hace con la clave.

-¡La clave! -repetí, interesada.

Lucian asintió.

-Ya he dicho que el Alfa-5 está programado únicamente para viajar a 1992. Si se quiere cambiar ese programa habrá que acceder a él. Y la computadora de la máquina del tiempo, donde está archivado ese programa, tiene un sistema de seguridad muy peculiar: si introduces la clave equivocada, puede borrarse el programa por completo. Fausto lo sabía, y no quería correr el riesgo de echarlo todo a perder introduciendo una clave errónea. Cuando oí la conversación telefónica entre Fausto y Morgan, oí también que lo único que necesitaban ya para tener el dominio del Alfa-5 era la clave de acceso, y que dicha clave estaba escrita en la libreta de apuntes de mi padre... que es la famosa libreta negra que me traje conmigo. Obviamente, la traje porque sabía que era eso lo que buscaban. Fausto no sabía dónde la guardaba mi padre, pero yo sí; cuando me descubrieron la cogí y me metí con ella en la máquina del tiempo. Y si sé tanto sobre el Alfa-5 es porque me he leído la libreta de cabo a rabo.

-¿Y tú sabes cuál es la clave? -pregunté.

-Sí. ¿Comprendéis ahora lo importante que era que esta libreta no cayera en manos del R.A.P.? Isa hizo bien en no echarle una ojeada, porque dicha clave está escrita en letras

bien grandes en la primera página de la libreta. Si la hubiera leído, Morgan, al interrogarla, habría logrado lo que quería.

Clavó sus ojos oscuros en Ali.

-¿Y tú, Ali? -le preguntó-. ¿La has leído?

Ali negó con la cabeza.

-No -dijo-. Cuando vi que Isa la escondía sin mirarla pensé que debía de tener una buena razón para ello. Confieso que me picaba la curiosidad, pero me contuve.

-Bueno, pues ya lo sabéis -concluyó Lucian-. La misteriosa libreta negra no es más que el cuaderno de notas de mi padre. Pero como en dicho cuaderno está contenida toda la información sobre el Alfa-5, el R.A.P. quiere hacerse con él a toda costa.

Nos quedamos en silencio un rato, hasta que Nacho dijo:

-Lucian, si viene la policía desde tu tiempo...¿dónde aparecerán?

-Donde todos -fue la respuesta-. En el parque.

-¿Y no sería más prudente ir allí a esperarlos? Cuando lleguen, necesitarán ayuda... quiero decir, que necesitarán saber dónde estamos, y dónde está Morgan y todo eso.

-¿Insinúas que debemos ir allí a esperarlos?

-Más o menos.

Lucian no dijo nada. Nacho tampoco insistió sobre el tema.

-Ali, ¿no teníamos mañana un examen de historia? -bostecé.

-Bah -respondió Ali-. Esto es más importante.

-Qué ironía -comentó Raquel-. Un examen de *historia*.

-Le diré a la profesora que en 1996 se acabarán las Olimpiadas, y que en el 2008 se creará el R.A.P. -dije-. Me pondrá un cero redondo, pero yo tendré razón. Ufff, estoy

hecha polvo.

Me recosté en la silla, apoyando la cabeza en el hombro de Nacho.

-¿No te importa servirme de almohada? -le pregunté.

-Vale, pero aparta ese pelo; me hace cosquillas.

Sonreí. Nacho y yo teníamos esas confianzas porque nos conocíamos casi desde la cuna.

Cerré los ojos un momento. Cuando los abrí me encontré con los de Lucian, que estaban fijos en mí, y me incorporé.

-Qué siesta más corta -dijo Pablo.

-Es que es un hombro muy duro -me quejé-. Prefiero mi almohada.

-Eh, chicos. Son casi las nueve. Habrá que irse a casa.

-Hay que esperar a la policía del 2025 -dijo Juanma-. Si nos vamos a casa empezarán a merodear por la ciudad buscándonos a nosotros y a los del R.A.P., y entonces sí que se armará un buen lío.

-Bien, pues si hay que ir a recibirles -razonó Nacho-, ¿qué hacemos aquí?

Pero nadie se movió. Ni para irse a casa ni para ir al parque.

Al cabo de un rato dejé de prestar atención a la conversación. Me quedé mirando la libreta negra que estaba sobre la mesa. Conque eso era lo que querían. La clave de acceso a la computadora del Alfa-5. Y no sólo eso. También todo el funcionamiento de la máquina del tiempo, Pero la clave era lo principal, aunque Morgan prefiriera conseguir la libreta entera antes que obtener la clave sólo.

-¿Qué tipo de clave es? -pregunté-. ¿Números?

-Una palabra -me contestó Lucian-. Una palabra, pero que puede ser cualquiera.

Me prometí a mí misma que algún día sabría cuál era esa clave.

Lucian captó mi mirada.

-Sí, Isa -dijo-. Algún día te diré cuál es esa clave. Pero no ahora

¡Increíble! Sólo nos conocíamos desde el día anterior y ya prácticamente leía mi mente.

-¿Eres telepata o algo por el estilo? -inquirí.

-No, pero te conozco, porque somos casi iguales; yo en tu lugar pensaría lo mismo, por eso sé lo que piensas.

-¡Tiene razón! -saltó Toni-. Son igual de cabezotas y de mandones.

-Oye, me aburro -se oyó entonces la voz de Juanma-. No quiero estar aquí sin hacer nada.

Siete pares de ojos se clavaron en él, con aire de reproche.

-¡Mira, don Aventurero! -exclamé-. A ti no te han secuestrado ni interrogado, ni has tenido que sacarle una bala a nadie.

-No, pero tuve que sujetar la linterna -replicó Juanma-. Y lo vi todo, además de cómo te temblaba la mano. ¡Fue “demasié”!

-Bueno, no sé lo que haréis vosotros -murmuré, ocultando la cara entre los brazos y, apoyada en la mesa, cerrando los ojos-, pero yo voy a dormir.

Y me parece que me dormí de verdad, aunque fue por poco tiempo. Cinco minutos después me despertó un urgente codazo de Ali.

-¡Vámonos, Isa! -susurró-. ¡Uno de los matones del R.A.P. está en la puerta!

Me despejé enseguida. Vi que los demás se habían levantado, tras dejar el dinero de la consumición sobre la mesa,

y se dirigían con cautela hacia la puerta trasera. En la puerta principal uno de los gánsters de Morgan, a quien identifiqué como Sandro, miraba a todos lados. Reparó en nosotros cuando me reunía con los demás, y comenzó a avanzar hacia nosotros empujando a la gente y abriéndose paso de mala manera.

No perdimos tiempo y salimos del bar. Nos encontramos en un callejón oscuro; vimos que otro de los terroristas del R.A.P. nos cerraba el paso por una de las bocas de la callejuela, de manera que echamos a correr hacia la otra.

Entonces no sé qué ocurrió exactamente, pero nos dividimos y cada uno se fue por su lado. El objeto de aquello era despistar a Morgan y los suyos. Durante unos diez minutos dimos vueltas y más vueltas a la zona. Éramos ocho contra seis o siete, y les costaba seguirnos a través de un laberinto de callejuelas que nosotros conocíamos mejor que ellos. Además, nos íbamos pasando la libreta unos a otros, es decir, que si el que llevaba la libreta se encontraba con otro en su huida le cedía en relevo sobre la marcha, sin detenerse, y cuando los otros se daban cuenta del cambio el nuevo portador de los secretos del Alfa-5 estaba ya muy lejos.

No nos atrevíamos a salir de la zona de callejones para dirigirnos al parque, primero porque allí era mucho más fácil despistar al R.A.P., y segundo porque, estando todo el grupo disperso, podíamos fácilmente dejarnos a alguno atrás si cada uno iba al parque por su cuenta.

Por eso continuamos dando vueltas a los callejones, esperando una oportunidad para reagruparnos y poder buscar refugio en el parque.

Una vez me encontré con que Ali estaba siendo rodeada por dos de los de Morgan; era ella quien tenía la libreta en aquellos momentos. Cuando me vio la arrojó por el aire:

-¡Toda tuya, Isa! -me gritó.

La cogí al vuelo y salí corriendo. Pronto pude comprobar que me seguía uno de los gorilas; sólo uno, por lo que deduje que el otro seguía con Ali. Tenía que ayudarla.

Me tropecé de narices con Pablo, y le pasé la libreta, diciéndole:

-Ali tiene problemas. Quítame a ése que tengo detrás, que voy a ayudarla.

Seguí corriendo. Pude oír la voz de Pablo gritando:

-¡Eh, grandullón! ¡Que tengo yo lo que buscas!

Sabía que mi hermano estaba en forma y lograría despistarlo, de forma que no me preocupé cuando vi que ya no me seguían.

Volví al punto de partida. Pude ver que el otro gángster tenía a Ali, que se debatía con furia, sujeta por la muñeca, y la arrastraba tras de sí.

Oculto tras una esquina, me preguntaba cómo podía ayudarla, cuando de pronto alguien me tocó en el brazo y casi di un grito. Era Toni.

-Tengo un plan -me susurró.

Me puso un montón de piedras de tamaño medio en las manos, y me guiñó un ojo. Lo capté al instante.

Cruzó el callejón y se situó al otro lado, esperando que el gorila y su presa pasaran por allí.

Cuando Ali y su apresor se colocaron en el punto justo, Toni gritó:

-¡Ahora!

Y salimos de nuestros respectivos escondites para bombardearlos, teniendo cuidado de no darle a nuestra amiga. El hombre se tambaleó un momento cuando una pedrada le dio de lleno en la cabeza, y Ali aprovechó para escapar. Nosotros salimos corriendo también.

Como era un buen sistema aquel de las piedras, en

cuanto tuvimos un momento libre fuimos por más, y según íbamos encontrando a miembros del grupo, les íbamos cargando con un montón, para que pudieran defenderse.

Entonces la persecución dio un giro para transformarse en algo totalmente distinto. Nosotros nos ocultábamos tras los coches, o en los portales, esperando que pasara alguno del R.A.P., y cuando estaba a tiro, lo atacábamos a pedrada limpia. Era una diversión un poco bestia, pero... ¿había otra manera de tratar con terroristas armados del siglo XXI?

Y mientras, el relevo seguía. Y los hombres de Morgan estaban cada vez más ofuscados.

Esta situación duró cerca de un cuarto de hora. Nosotros jugábamos a policías y a ladrones (aunque no se sabía muy bien quién era quién) con aquellos furibundos señores del siglo XXI. En el fondo, a pesar del peligro, les tomábamos el pelo, y eso nos divertía.

Una vez me oculté en un portal, donde poco después fue a buscar refugio Lucian.

-¿Te sigue alguien? -susurré.

-Mi sombra -respondió él-. ¿Quién tiene la libreta?

-Creo que Nacho, si no la ha pasado ya.

-¿Vas a quedarte aquí?

-No, es posible que alguien necesite ayuda. Saldré de aquí en cuanto haya recobrado el aliento.

-Yo pensaba hacer lo mismo.

Nos miramos, y sonreímos.

-Os he metido a todos en un lío -dijo él-. Lo siento, es...

-Olvidalo -corté-. Yo me empeñé en ayudarte. No me obligaste tú.

Me quedé mirándolo un momento.

-¿Sabes que has cambiado mucho desde que llegaste? -comenté.

-¿Cambiado? Yo creo que sigo siendo igual de alto, que sigo teniendo los ojos oscuros y el pelo negro -bromeó-. Así que, como no te refieras al cambio de indumentaria...

-Tú sabes a qué me refiero -protesté-. Antes eras un bruto. Ahora eres...

-¿Cómo soy?

-Eres... no sé, más amable y amistoso.

-Bah. Será que no me conocías bien. ¿Y eso te preocupa tanto?

-¿Preocuparme...? ¡No, al contrario! Me quita un gran peso de encima. Cuando llegaste estabas histérico, preocupado, irritable, inquieto y furioso, y, en suma, insoportable, inaguantable, e insufrible. Ahora ya es diferente.

Sonrió.

-Bueno, chica, habrá que volver al terreno de juego -dijo-. Vayamos cada uno por un lado diferente. Así los despistaremos.

-Oh, no me apetece salir de aquí -gruñí-. Me parece que es el único sitio seguro de todo el barrio.

-¿Seguro...? Lo siento, pero no comparto tu opinión.

-¿Sabes por qué es seguro? Porque tú estás aquí. Tengo miedo de salir ahí fuera, lo confieso; tengo miedo de Morgan y de los suyos. Y tengo miedo de estar sola cuando se acerquen.

Lucian me miró, y preguntó casi en un susurro:

-¿Cuántos años tienes, Isa?

-Quince -respondí.

Hizo un rápido cálculo mental y dijo:

-Cuando vuelva al 2025 tú tendrás cuarenta y ocho. Qué pena, ¿verdad? Seré demasiado joven para ti.

-Qué...

Me cogió la mano, y me la apretó con fuerza. Luego dijo:

-Vámonos ya. Puede que alguno de los nuestros tenga problemas, y tengamos que apedrear a alguno de los “gabardinas-grises”.

Sonreí, y él sonrió también. Nos quedamos en silencio un momento, hasta que se levantó y, con un guiño gracioso, salió corriendo del portal.

Me quedé allí sola, sin comprender muy bien lo que pasaba. Temblaba como una hoja, y me sentía confundida, pero debía ser fuerte y olvidar momentáneamente todo aquello.

Respirando profundamente, me levanté y, después de atisbar por una rendija y comprobar que no había moros en la costa, abandoné mi escondite y me lancé de nuevo a la aventura, sintiendo aún la calidez de la mano de Lucian en la mía.

Capítulo XII: “El R.A.P. no está para bromas”

Poco después volví a encontrarme con Lucian.

-El mundo es un pañuelo -comenté-. ¿Te sigue alguien?

-No. Escucha, he estado pensando en lo de antes. Si...

-¡Alerta! -lo corté.

¡Se acercaba uno del R.A.P.! Y llevaba la libreta en la mano. Luc y yo cruzamos una mirada de incertidumbre. ¿La habría leído? Pero lo principal ahora era recuperarla.

-Preparada, Isa -me susurró Lucian.

-¿Qué vas a hacer?

-Tú estate alerta. Empieza a dispararle piedras cuando yo te diga.

Preparé la munición.

-¡Ahora! -dijo Lucian cuando el “gabardina-gris” estuvo a tiro.

Comencé a tirarle piedras. El hombre se cubrió la cara con los brazos, y Lucian aprovechó para lanzarse contra él con la cabeza por delante. Le impactó en pleno estómago y el gángster, cogido por sorpresa, dejó caer la libreta. Corrí hacia ellos. Luc le estaba zurrando bien. Es cierto que era más pequeño que el terrorista, pero atizaba con tanta furia que su adversario, aún no repuesto del todo, no podía detenerlo. De todas formas, cuando reaccionara, Lucian no tendría nada que hacer. Cogí la libreta y eché a correr. Debía avisar a los demás.

Pronto me tropecé con Juanma.

-¡Corre la voz! -le dije-. Lucian tiene problemas. Está peleando a brazo partido contra uno de los del R.A.P., en el pasaje Méndez. ¡Hay que ir a ayudarle!

Nos fuimos cada uno en una dirección.

Vi entonces a Toni corriendo, perseguido por un furibundo Sandro.

-¡Lucian necesita ayuda! -grité-. ¡Pasaje Méndez!

Toni asintió, pero Sandro se dio cuenta de que era yo quien tenía la libreta, y le dejó para ir detrás de mí. ¡Lo que me faltaba!

Corrí más aún... hasta que me tropecé de narices con Félix Morgan.

-¡Te cogí, mocosa!

¡Como si fuera fácil cogermé a mí! No en vano era la “Anguila Resbaladiza Número Dos”. Le di una patada en la espinilla y seguí corriendo. Lo dejé maldiciendo entre dientes y saltando a la pata coja.

De todas formas, se repuso pronto, y él y Sandro no tardaron en echar a correr detrás de mí. Yo continuaba con mi misión de mensajera, y a todo el que veía de nuestro bando le gritaba sin detenerme:

-¡Lucian tiene problemas! ¡Pasaje Méndez!

Y Sandro y Morgan seguían tras de mí. Entonces, para despistarlos, salí del área de callejones y me dirigí a un garaje que sabía tenía vigilante jurado. Corrí hacia el guardia.

-¡Por favor! -le dije-. ¡Ayúdeme, me persiguen!

-¡Un momento! -exclamó el vigilante-. ¡Deténganse!

Aproveché el momento y apreté a correr más deprisa aún. El guardia no pudo retenerlos por mucho tiempo, pero me dio algo de ventaja.

Debía ir a ayudar a Lucian. Me dirigí al pasaje Méndez.

Allí se desarrollaba una cruenta batalla. Todos los chicos y chicas del grupo la estaban emprendiendo a puñetazos y puntapiés contra el que había apresado a Lucian. ¿Qué puede hacer un hombre contra siete adolescentes enrabiados que le atacan por todos lados?

Me hubiera gustado sumarme a la batalla, pero pronto me di cuenta de que no había logrado despistar a mis

perseguidores, y que Sandro y Morgan se acercaban al lugar de los hechos.

Nacho lo vio.

-¡Rápido, Lucian, corre! -gritó-. ¡Y tú, Isa, también! ¡Ahora que estamos todos reunidos, quedaremos en el lugar que habíamos planeado, ¿de acuerdo? ¡Corred, nosotros los entretendremos!

Lucian y yo echamos a correr. Sabíamos que no podrían detenerles por mucho tiempo, así que había prisa. Pero yo ya estaba cansada, y poco después aminoré la marcha.

-¿Qué haces? ¡Hay que correr! -me urgió Lucian.

-Ay, Luc, es que no puedo más...

Me miró a los ojos.

-Corre -dijo-, o estaremos perdidos.

-Vamos al parque, ¿verdad?

Lucian asintió.

-¡Corre! -me apremió-. ¡Debemos despistarles!

Haciendo de tripas corazón (no quedaba más remedio), le seguí.

El R.A.P. nos pisaba los talones.

-¡No están para bromas! -jadeó Lucian al echar una rápida mirada hacia atrás-. ¡Sigue corriendo!

-¡Lucian!

-¡Qué!

-Es que... el parque... estará cerrado ahora...

-¡Saltaremos la valla! ¡Pero antes debemos despistarlos! No deben saber hacia dónde vamos.

-¡Escucha, Luc! ¿Por qué no disparan?

-¡La regla básica de los viajes en el tiempo, Isa! ¡Luego te lo explico, no hables más!

Cuando volví momentáneamente la vista atrás vi que ahora nos perseguían todos los terroristas que habían llegado

del futuro: Morgan y cinco más.

En aquel momento toda nuestra pandilla (Nacho, Ali, Toni, Pablo, Raquel y Juanma) salió corriendo de un callejón perpendicular y los interceptó. Se lanzaron sobre Morgan y los suyos sabiendo que la sorpresa era su mejor arma. No podrían entretenerlos durante mucho tiempo, sólo el suficiente para que nosotros pudiéramos escapar

-¡Aprovechemos! -gritó Lucian, y nos alejamos de ellos tan rápido como pudimos.

Llegamos al parque y, cuando nadie nos veía, saltamos el muro. Lucian me guió hasta el sitio donde apareció por vez primera.

Le tendí la libreta.

-Toma -le dije-. Al César, lo que es del César.

Lucian sonrió.

-La has guardado bien -fue lo único que dijo al cogerla-. Gracias.

-Explícame lo de la regla básica.

-Mira, si viajas a otra época puedes pensar que podrías cambiar la historia; puede ser, pero no la alterarás demasiado. Una vez leí en un libro una comparación que me viene al pelo para explicarlo: un río que fluye; tú arrojas una piedra y ves que produce ondulaciones en la superficie. Pero nunca, nunca podrás cambiar el curso del río con una piedra. La historia no cambia. Sólo hay una cosa que puede hacerla cambiar: que alguien de otra época acabe con la vida de otra persona. Imagina que viajas a 1769. Matas a un niño en Córcega, un niño recién nacido. ¿Y sabes una cosa? ¡Puede que fuera Napoleón Bonaparte!

-Entonces es por eso -murmuré-. No pueden matarnos porque lo tienen prohibidísimo. Y ya entiendo por qué les tomamos tanto el pelo. Están acostumbrados a arreglarlo todo

de un disparo y, ahora que no pueden utilizar sus armas, se sienten desconcertados, despistados, no saben qué hacer. Me parece que el único que piensa es Morgan. Y me parece también que, de no ser por esa regla básica, no estaríamos aquí para contarlo.

-Estoy de acuerdo contigo.

-Pero a ti te dispararon.

-Yo procedo del 2025. Nada les impide disparar contra mí. Soy de la misma época que ellos.

-Entonces, todo este tiempo has sido tú el único que ha estado en peligro.

Nos quedamos callados un momento. Luego dije:

-¿Qué tenías que decirme antes? Cuando vimos al gorila ese con la libreta...

-Ah. Quería saber cómo es que te habías ofrecido a ayudarme, así como así, sin conocerme.

-Eso es fácil de explicar. No todos los días viene un chico del futuro al tiempo presente, ¿sabes? Cuando supe de dónde procedías, me dije a mí misma: “¡Aventura a la vista! ¡Al abordaje!”. Y no dejé escapar la ocasión.

-¿Y has tenido suficientes aventuras?

-¡De sobra!

-Entonces, ¿por qué sigues en el ajo?

-Y tú, ¿por qué le das tantas vueltas al asunto?

-Porque no lo comprendo.

-¿Tú dejarías a un amigo en la estacada? Yo no lo hago, por lo general, y menos cuando se trata de un asunto tan serio como éste.

-Me gustaría que todos pensaran así en el año 2025. Entonces, la vida sería más fácil para todos.

-Habrá quien piense así. Pero te aseguro que en 1992 no todos piensan como yo. De todas formas, yo pienso que cada

época tiene sus pros y sus contras, y que, por más que avance la ciencia, siempre habrá equilibrio entre el bien y el mal. Ha sido así desde el principio de los tiempo, el mal nunca desaparecerá del todo, pero nunca se hará con el poder absoluto.

-Menudo discursito -se burló Lucian.

-Escucha, Luc, ¿crees que saldremos de ésta?

-Eso espero.

-Te echaré de menos cuando vuelvas al futuro.

-Yo a ti también... pero tú tendrás a Nacho para consolarte.

Sabía que me estaba tomando el pelo. Me quedé pensativa adrede y dije, para molestarlo:

-Tienes razón; me parece que no te voy a echar tanto de menos como yo pensaba. Me queda Nacho.

Y puso tal cara de desconcierto que tuve verdaderos problemas para contener la risa.

De pronto me indicó silencio y se puso a escuchar atentamente.

Oí pasos sobre la hierba. El corazón me latía a cien por hora. ¡Ojalá no fueran...!

-¡Isa, Lucian! -susurró una voz.

Respiré aliviada. ¡Eran los chicos de nuestra pandilla! Y la voz era la de Nacho.

-¿Os han seguido? -preguntó Lucian.

Nacho negó con la cabeza, y se tumbó sobre la hierba.

-Estoy molido -dijo-. Espero que esos “polis” futuristas no tarden mucho.

Nos quedamos un rato en silencio, descansando de las emociones sufridas. Hasta que Nacho se levantó, y me hizo una seña para que le siguiera. Nos alejamos un poco de los demás para que no pudieran oírnos.

-Sabes que Lucian se marchará, ¿no? -me dijo.

-Claro.

-¿Y cómo lo llevas?

-¿A qué viene eso?

-Es que estoy preocupado. Sé que te... digamos, que te cae muy bien Lucian, y no quiero que... eh, esto, que te entre una “depre”, o algo por el estilo...

-Eh, para, estás divagando. A mí no me va a entrar ninguna “depre” porque Luc se vaya.

Me miró fijamente al oír el diminutivo por el que había llamado a Lucian.

-¿Tú crees? -insistió.

-Lamento interrumpir -dijo entonces Ali, acercándose-. Te la quito un momento -añadió volviéndose hacia Nacho.

Y, cogiéndome del brazo, me llevó algo más lejos.

-Tendrás que decidirte ya -me espetó.

-Oye, Ali, ¿qué os pasa a todos hoy? ¿Qué quieres decir con eso de que tengo que decidirme?

-Me refiero a que tendrás que decidirte entre Nacho y Lucian. Y ya, porque los dos están celosos el uno del otro.

-Qué tontería. Ali, ¿tú crees que pueden ser tan infantiles?

Ali se encogió de hombros.

-Los chicos son así -dijo.

-Mira, no quiero decidirme por ninguno. Porque no quiero ese tipo de cosas. Quiero que sigamos siendo todos amigos, y nada más.

-Vamos, Isa, que todos sabemos que desde siempre las cosas han sido... digamos, “especiales” entre Nacho y tú.

-Pero nunca se ha sacado a relucir el tema. Y no quiero que aparezca ahora. Es demasiado pronto.

-Pero es necesario. Antes no lo era. Ahora, Lucian está de por medio.

-Ali, Luc se marchará en cuanto solucionemos todo esto. Y todo volverá a ser como antes.

-No del todo, Isa, porque no creo que lo olvides fácilmente.

-No le des tantas vueltas al asunto, Ali. Luc ni siquiera ha nacido aún. Pero dejemos el tema, por favor. No quiero volver a hablar de ello. Dejemos que las cosas se arreglen por sí solas.

-Es que...

No terminó la frase. En aquel momento, los hombres del R.A.P. saltaron el muro y entraron en el parque.

Nosotros retrocedimos. Lucian lanzó una mirada interrogante a Nacho.

-¡De verdad, no nos siguieron! -se apresuró a defenderse éste.

-No somos tontos, chicos -se oyó en la oscuridad la voz acerada de Morgan-. Imaginamos que vendrías por aquí. Y os informo que no estoy para bromas. Quiero la libreta ya, y no me importará violar la norma y acabar con algunos de vosotros.

Lucian se adelantó. Miró a Nacho, que asintió gravemente, y dijo:

-Nunca le daremos la libreta, jamás.

-Mira, chico, ya me estoy cansando de este estúpido jueguecito vuestro. Si creéis que vais a poder con nosotros, estáis muy equivocados. No somos bebés, ni novatos. Y ya nos tenéis hartos. Habéis agotado mi paciencia. Y os advierto que eso es altamente peligroso.

Hizo una seria a Sandro, y éste se adelantó y, agarrándome del brazo (me debatí furiosa, pero fue inútil), me llevó junto a Morgan.

-Estamos otra vez en la misma situación -rió éste-. Un cambio, Lucian: la libreta por la chica.

-¡¡Ya está bien!! -protesté-. ¿Usted se cree que yo soy un objeto? ¡No puede “cambiarme” así como así!

-Un genio vivo, ¿eh, Lucian? -comentó Morgan-. Un genio vivo como el tuyo.

-No se atreverá a matarla -masculló Lucian, apretando los puños..

-No, pero un par de balas podrían adornar sus manos o sus pies, ¿no te parece?

Sus carcajadas crueles se nos clavaban a todos como cuchillos. Di una mirada circular.

Lucian estaba delante, crispando los puños, furioso pero indeciso. Nacho estaba junto a él, sereno pero alerta.

Ali temblaba como una hoja, muy cerca de Toni, que miraba a Nacho y a Lucian esperando que hicieran algo.

Pablo se había adelantado, y me miraba angustiado.

Raquel se comía las uñas de nerviosismo, y Juanma se escondía detrás de su hermano mayor.

-Te han contagiado su sentimentalismo estos del siglo XX -se burló Morgan-. Y sé que, a pesar de todo, por ninguno de ellos darás esa libreta, excepto por ella.

Le di un puntapié en la espinilla. Intenté escapar, pero me retuvo, furioso y dolorido. Puso mi mano en el cañón de su pistola y dijo:

-Contaré hasta diez, Lucian.

Lucian seguía firme.

-Diez... nueve..:

Nacho miró a Lucian, que estrechaba la libreta contra su pecho como si fuera su más preciado tesoro.

-Ocho... siete... seis...

-¡Lucian, haz algo! -se oyó la voz de Ali.

-Cinco... cuatro...

-Lucian... -dijo Pablo-. O se la das o te la quito.

-Tres...

Nacho trató de arrebatarse la libreta a Lucian, pero él no se dejó. Mientras ambos se enzarzaban en una pelea, yo pensaba si me dolería mucho, y si podría volver a utilizar la mano.

-Dos... -Morgan seguía contando, impasible.

-¡Basta! -chilló Raquel.

-Lucian... -jadeó Nacho-. No dejes que lo pague ella...

-Uno...

Cerré los ojos.

Capítulo XIII: “¡Justo a tiempo!”

-¡Espere! -dijo Lucian-. Le daré lo que quiere.

Le tendió la libreta, pero cuando Morgan alargaba el brazo para cogerla, la apartó de su alcance.

-¿Cómo sé que no le hará daño a Isa? -preguntó.

-Tienes mi palabra -gruñó Morgan.

-¡La palabra de un asesino!

-Mira, chico...

-Suéltela primero y luego le daré la libreta -regateó Lucian.

Entonces fue cuando comprendí que Luc hacía lo posible por ganar tiempo mientras a alguien se le ocurría algo. No tenía la menor intención de darle la libreta, pero tampoco de permitir que me pasara nada.

-Lucian -dijo Morgan-, no me vas a tomar el pelo más. No se puede matar a nadie de otra época, es cierto. Pero tú, jovencito, tú vienes del 2025. La historia no se alterará si mañana se encuentra tu cadáver en este parque.

Y dirigió el cañón de su pistola a Lucian.

Las cosas estaban realmente mal. Morgan no dispararía contra ninguno de nosotros; pero nada le impedía hacerlo contra Lucian.

Entonces un intenso fognazo nos deslumbró, y apareció de pronto un pelotón de hombres armados y uniformados con monos de color azul marino.

-¡La policía 2025! -exclamó alegremente Lucian-. ¡Justo a tiempo! Aproveché aquel momento de confusión para huir y reunirme con mis amigos.

Pero los gángsters del R.A.P. no iban a dejarse capturar tan fácilmente. Sacaron sus armas y comenzó un tiroteo entre ambos bandos.

-¡Deprisa! -dijo Lucian-. Pongámonos a cubierto, que ya nos toman el relevo. Y nos guió hasta detrás de la caseta del guarda del parque.

-Aquí estaremos seguros -murmuró Nacho-. Dejemos que la policía se ocupe de Morgan y los suyos.

Nos miramos unos a otros. Aquellos estaba sentenciado. Si había venido la policía desde el futuro, aquello significaba que Fausto ya no controlaba la máquina del tiempo y que el doctor Beltrán había recibido el mensaje, y estaba sano y salvo. Vi que los ojos de Lucian se llenaban de lágrimas que no llegaron a caer.

A pesar de que cerca de nosotros la batalla arreciaba, nos sentíamos más tranquilos y confiados. Como si nos hubieran quitado un gran peso de encima.

-Era demasiado para nosotros -suspiró Ali-. Me alegro de que nos hayan sustituido.

-Jo, chavales, las cosas se complican -dijo Juanma, oteando el panorama-. Ha venido la policía de nuestro siglo y, como no saben quiénes son los “buenos” y quiénes son los “malos”, se han puesto a disparar a todo el mundo.

-¡Qué vergüenza! -me escandalicé-. ¡Que la policía dispare contra la policía!

-Menuda gracia -dijo Toni-. ¿No podríamos ir a explicarles qué pasa?

Teníamos que intervenir porque si no, aquello podía convertirse en una masacre.

Las armas de los policías de 1992 no eran tan modernas como las de los policías de 2025, pero eran igual de contundentes. Y las empleaban a conciencia.

Dando un rodeo para pasar lo más lejos posible del frente de combate. Nos acercamos a uno de los policías de 1992 por detrás.

-Oiga... -le dije, tocándole en el brazo.

El hombre se volvió sorprendido y, cuando nos vio, dio un respingo.

-¿Qué hacéis vosotros aquí? -preguntó nerviosamente-. ¡Esto es muy peligroso! ¡Marchaos!

-Pero es que... -protesté.

-Niña, ¿es que no ves que hay un tiroteo?

-Sabemos que hay un tiroteo -intervino Lucian, que empezaba a perder la paciencia-. Y ustedes lo están estropeando todo. Llevamos todo el fin de semana huyendo de esos de las gabardinas grises, y cuando por fin vienen a ayudarnos, llegan ustedes y empiezan a disparar a todo el mundo. ¡Ni siquiera saben qué está pasando! Los de azul son policías, como ustedes, y los de gris son terroristas muy peligrosos., la única diferencia que hay es que éstos vienen todos del año 2025.

-Anda, chico, no me tomes el pelo.

-¡Yo tengo una prueba! -se oyó la voz de Juanma.

Se acercó al “poli” y le tendió algo.

-No tengo tiempo de mirar tonte...

-¡Por favor, échele un vistazo! ¡Sólo un momento! Esto es de uno de los policías del futuro.

El otro lo examinó atentamente y profirió un grito:

-¡Pero si éste es mi hijo! Mi hijo, con treinta y dos años... Pero si nació el año pasado...

Nos miramos, confundidos.

-¿Qué le has dado? -le preguntó Nacho a su hermano menor.

-El carnet de identidad y la placa de policía de uno de los azules.

El aturdido policía del siglo XX leía en voz alta el carnet de identidad.

-Gonzalo del Pozo Rodríguez, nacido el 28 de febrero de 1991, hijo de Francisco y M^a Dolores, documento expedido... ¡el 7 de julio de 2023!

-¿Ve lo que le digo? -insistió Lucian-. ¡Estos han venido del futuro en la máquina del tiempo de mi padre! Sé que suena a novela de ciencia-ficción, pero es cierto.

Por aquel entonces ya había un policía del futuro razonando con sus colegas del siglo XX. Pronto se pusieron de acuerdo y la policía 2025 contó con la ayuda adicional de la policía 1992.

Volvimos a nuestro refugio. Como los policías eran más numerosos que los terroristas, sabíamos que aquello sería cuestión de tiempo.

-Un momento -dijo Nacho, poniéndose tenso-. ¿Dónde está Juanma?

Entonces oímos con claridad la voz de Morgan, gritando:

-¡Arrojen las armas y pongan las manos en alto!
¡Deprisa!

-¡Tiene un rehén! -gritó uno de los policías.

-Me temo que ya sé dónde está -gruñó Lucian.

-Suelte al niño o... -se oyó una voz en la oscuridad.

-Me parece que no está usted en situación de amenazar, ¿no le parece? -rió Morgan-. ¡He dicho las manos en alto!

-¿Qué es lo que pide?

-Sólo dos cosas y dejaré al niño en libertad.

-¿Qué cosas?

-La primera, exijo una garantía de que puedo regresar a 2025 sin que nadie me lo impida. La segunda, quiero a Lucian Beltrán.

-Ese tipo está loco -mascullé-. ¿Es que no se rendirá nunca? Eh, ¿y Lucian?

Miramos a todos lados, desconcertados. Lucian había desaparecido.

Salí de nuestro escondite y pude verlo abriéndose paso entre la barrera policial.

-¡Espera, Luc! -grité-. ¿A dónde vas?

Lucian se plantó frente a Morgan.

-¿Es que nunca se dará por vencido? -le increpó-. Suelte al chico, ya sabe que no tiene ninguna oportunidad.

-Lucian, mi segunda petición no la retiro. Tengo una cuenta pendiente contigo.

Lucian esbozó una sonrisa escéptica.

Mientras, Nacho estaba decidido a hacer algo por ayudar a su hermano. Lo agarré por el cuello de la camisa cuando ya se iba.

-¿A dónde vas? -susurré-. No puedes hacerlo todo tú solo. Tracemos un plan todos juntos. Veamos, hay ocho terroristas... no, seis, que dos han caído. Y hay tres o cuatro heridos. Somos seis; tocamos a gorila por cabeza. Atacaremos por detrás y...

Nacho sonrió.

-¿Qué te parece si atacamos a pedrada limpia? -dijo.

-¡Es exactamente lo que iba a decir! -salté-. Me has quitado la palabra de la boca.

Nos pusimos a recoger piedras más o menos grandes, mientras oíamos a Morgan decir:

-¡Contaré hasta diez! Uno... dos...

-Le encanta el número diez -mascullé-. ¡Diez mil años que pasará en la cárcel!

Pronto tuvimos reunidas suficientes piedras como para darles una agradable sorpresa.

-Siete... ocho...

-¡Ahora! -dio el grito de guerra Nacho.

Y una lluvia de meteoros no precisamente blandos comenzó a caer sobre los terroristas del siglo XXI. Dejamos a más de uno inconsciente. Nacho, Pablo y yo nos ensañábamos sobre todo con Félix Morgan quien, a pesar de todo, no permitió que ninguna piedra le impactara en la cabeza, con lo cual no tuvimos la suerte de que él fuera uno de los derribados.

Juanma, que es el chaval más espabilado que conozco, había conseguido zafarse de las garras del líder del R.A.P., y así los policías pudieron volver a coger sus armas y apuntar a los gánsters.

-¡No se muevan! -gritó el jefe de policía de 1992.

Todos alzaron las manos, sabedores de que ya no tenían nada que hacer. Pero Morgan, aunque arrojó el arma, en lugar de rendirse, echó a correr y se perdió en la oscuridad del parque, entre los disparos de los policías.

-Demasiado tarde -murmuré al ver cómo salían corriendo tras Morgan-. Ya estará muy lejos.

Súbitamente oímos un disparo. Todos nos quedamos quietos. Cinco minutos después dos figuras surgieron de la espesura.

Vimos que la primera era Morgan. Se sujetaba un brazo sangrante y nos miraba a todos con una expresión de animal acorralado, con los ojos cargados de odio.

Tras él apareció... ¡Lucian! Apuntaba a Morgan con una pistola y, a pesar de todo, conservaba ese aire de escepticismo y autosuficiencia que le caracterizaba.

-¡Luc! -grité-. ¿Cómo lo has hecho?

Él se encogió de hombros y sonrió con la sonrisa de aquel que se ha hecho dueño de la situación.

-Dejaré que lo descubras por ti misma, Sherlock -dijo-. Te daré una pista: como dijo Morgan, teníamos... una cuenta pendiente.

Se llenó en un acto reflejo la mano al brazo izquierdo, y le oí murmurar para sí mismo: “Ojo por ojo y diente por diente”.

Los policías se apresuraron a esposar a Morgan y los suyos. Policías del presente y del futuro se pusieron a hablar entre ellos.

-¿Tú crees que será bueno que dos generaciones diferentes de policías cambien impresiones? -le pregunté a Lucian.

-No lo sé - respondió-, pero me parece que hay muchas cosas que cambiarán a partir de ahora con respecto al Alfa-5.

-¿Tú eres el hijo del profesor Beltrán? -le preguntó a Lucian uno de los policías del siglo XXI-. La máquina del tiempo está a salvo. Tengo algo para ti... espera, que me parece que lo tiene Jiménez...

Mientras volvía, nos pusimos a comentar la aventura vivida.

-¿Sabéis qué hora es? -murmuró Pablo-. ¡Casi las once! Nuestros padres estarán preocupadísimos por nosotros.

-Y cuando llegue la hora de contarles lo que ha pasado, no nos creerán -suspiró Ali.

-No puedo más -dije yo entonces-. ¿Os dais cuenta? Todo ha terminado, y no sé si reír o llorar.

-A mí me pasa lo mismo -dijo Ali-. Ha sido un fin de semana terrible. ¡Sólo dos días, y parece una eternidad!

Lucian cerró los ojos y apoyó la espalda contra la pared, con un suspiro.

-Terrible, sí esa es la palabra -dijo-. Pero todo ha terminado.

-Ha tenido que venir la “poli” para salvarnos -comentó Juanma-. Pero hasta entonces, nos hemos defendido bastante bien, ¿eh?

-Me cuesta creer que hayamos podido con una banda de terroristas armados del siglo XXI -dijo Raquel.

-Sí; pero eso era porque tenían prohibido matar a nadie -respondió Pablo-. Aunque es alucinante la manera en que les hemos tomado el pelo durante todo el fin de semana.

-El golpe final lo ha dado Lucian -sentó Nacho-, a pesar de lo que se diga luego.

Entonces se acercó el policía, sonriente, y le dio algo a Lucian. Todos nos arremolinamos en torno a él, y dimos un grito de sorpresa.

Era la nuez mecánica. Estaba un poco mohosa y oxidada, y abierta de par en par. Dentro había un papel muy viejo. Lucian lo leyó y, con una sonrisa, me lo pasó. Ponía: “Papá, estoy en el año 1992. El Alfa-5 funciona, y el R.A.P. está aliado con Fausto. No confíes en él. Y ten cuidado, el 19 de diciembre de 2025 a las 17:30 horas estallará la bomba que llevas en el portafolios. Deshazte de él antes de que sea demasiado tarde. Fausto controla el Alfa-5 desde el laboratorio; debes detenerle y enviar refuerzos a 1992: me llevé tu libreta de apuntes conmigo para que no cayera en manos del R.A.P., y el propio Félix Morgan ha venido tras de mí con un grupo de sus terroristas para recuperarla. Date prisa, no sé por cuánto tiempo podré esquivarle. Lucian.”

Y un poco más abajo, escrito con tinta mucho más reciente, decía: “Gracias, hijo; me has salvado la vida”. Y firmaba Enrique Beltrán.

Se lo devolví.

-Mi padre está vivo, Isa -murmuró Lucian-. Nuestro mensaje ha desafiado al tiempo... y ha salido vencedor.

Capítulo XIV: "Y se fue como el viento"

-Ahora todo está bien -dijo el policía-. Volveremos al año 2025 y el R.A.P. desaparecerá. Paulatinamente, la delincuencia juvenil irá disminuyendo también. A propósito, tu padre me dijo que le dieras las gracias de su parte a una chica que no sabía cómo abrir cierto artilugio japonés...

Y entonces me eché a reír. ¿O tal vez lloraba? No lo sabía.

-¡Treinta y tres años y todavía se acuerda! -dije-. Si queréis que os confiese la verdad, nunca esperé que diera resultado.

Lucian me guiñó un ojo, y dijo:

-Hay que tener fe, ¿no? Pero mi padre tiene razón, tengo que darte las gracias. A ti y a todos los demás. En el fondo, estábais en lo cierto: necesitaba ayuda.

-Para eso están los amigos -sonrió Ali, dándole una palmadita en la espalda.

-Podrías buscarnos en el año 2025 -sugirió Juanma-. Yo tendré entonces unos cuarenta y cinco años. ¡Seré todo un señor!

-No, me parece que no lo voy a hacer -dijo Lucian, pensativo-. Prefiero recordaros tal y como sois ahora.

-¡Isa! ¡Pablo!

Nos volvimos rápidamente.

-¡Ay, mis padres! -exclamé, pasmada.

-¡Y los míos! -dijo Ali, no menos desconcertada.

No sólo ellos. También aparecieron por allí los padres de Toni, los de Raquel y los de Nacho y Juanma.

-¿Quién los ha llamado? -preguntó Toni.

-Yo lo hice -dijo de pronto Nacho, acercándose-. Les avisé por el teléfono del coche-patrulla.

-Piensas en todo -murmuré, como de costumbre.

Pero no estaba tan entusiasmada como otras veces.

“Prefiero recordaros tal y como sois ahora...”

Mientras nuestras madres nos asfixiaban con sus agobiantes abrazos, nuestros padres nos amonestaban y nosotros repetíamos la historia una y otra vez porque no la entendían, Lucian estaba de pie algo más alejado, con aire pensativo y ausente.

Me separé de mis padre y me acerqué a él.

-Qué, ¿cansado?

-Bueno...

Y ahora no sabía que decir. Porque sabía que si hablaba empezariamos con las despedidas que, lo confieso, es algo que detesto.

Habló él, de todas maneras:

-Al final resultó que mi padre sí guardó la nuez mecánica hasta 2025. Me cuesta creerlo, pero así fue.

-Por suerte, ya se ha arreglado todo. Me alegro.

-Siento haberte metido en esto.

-Bah. Ha sido una experiencia... digamos, interesante. Lucian rió.

-Conque “una experiencia interesante”, ¿eh? Menuda respuesta. ¿Es ésa la conclusión que sacas?

Me encogí de hombros.

-¿Qué esperabas?

-Algo más, la verdad.

-Escucha, no sé qué te pasa. No pareces contento, y deberías estarlo.

-Mira quién habla. Tampoco tú pareces contenta.

-Mira, tú vuelves a tu tiempo, con tu padre. ¿Y qué gano yo con todo esto? La pérdida de un buen amigo. Además, se me ha terminado la aventura.

-Conque era eso, ¿eh? La sed de aventuras. Escucha, algún día volveré y nos iremos todos juntos al antiguo

Egipto, a la Roma de los Césares, a la época del descubrimiento de América, a la Prehistoria, a la Segunda Guerra Mundial, al lejano Oeste o incluso al futuro... ¡el Alfa-5 tiene tantas posibilidades como la propia Historia!

-No lo dirás en serio.

-Pocas veces he hablado tan en serio como ahora, Isa. Aunque no puedo prometerte que mi padre me permita utilizar su máquina del tiempo para hacer viajes de placer.

-Ése es el fallo que tiene tu plan. Bueno, tú dile que será educativo.

-Nos vamos ya, Lucian -dijo entonces un policía del 2025, acercándose-. Tu padre te estará esperando.

Se aproximaron todos los demás.

-¿Te vas ya? -preguntó Ali-. Te vamos a echar de menos.

Nacho le tendió la mano, y Luc se la estrechó.

-Buena suerte, Lucian -le dijo. Y no te olvides de nosotros.

-No creo que pueda, Nacho.

-Cuídate mucho, Luc -le dije yo, dándole un beso en la mejilla-. Y escribe una carta al rey de Grecia, para que vuelvan a celebrarse los Juegos Olímpicos. Porque, aunque tú no los has llegado a conocer, nosotros podemos asegurarte que es algo maravilloso.

-Tarde o temprano volverán a implantarse. La decisión de suprimirlos estuvo a cargo de un reducido número de personas, pero la inmensa mayoría no estaba de acuerdo. Bueno -añadió-, me voy ya-. Vuelvo a mi tiempo; y tened por seguro que no os olvidaré.

Dio media vuelta y se alejó hacia el grupo de policías. Corrí tras él al recordar una cosa.

-¡Espera, Lucian!

-¿Qué? -preguntó él, volviéndose.

-Lo prometido es deuda, ¿no? Escucha, ¿cuál era la clave?

Lucian sonrió y, viendo que los demás estaban a una respetable distancia, abrió la libreta por la primera página y me señaló una línea donde ponía: “La clave de la computadora de la máquina del tiempo Alfa-5 es: LUCIAN”.

Abrí mucho los ojos y miré a Lucian, muda de sorpresa. Él sonrió.

-No lo adivinaste, ¿eh? Tanto como te las das de lista...

Le miré con fingido enfado.

-Escucha, voy a darte una cosa para que no te olvides de mí -dijo Lucian, y me puso algo en la mano. Algo pequeño, duro y frío.

Cuando abrí la mano y miré lo que era, casi di un grito de asombro. Era aquella bala que le saqué en el gimnasio del instituto.

Se la devolví.

-Quédatela tú -le dije.

-No, yo me conformo con la herida que me hizo en el brazo. Tenías razón; creo que la cicatriz no se irá nunca del todo, pero al menos me servirá para recordar esta aventura.

Sonreí, y acepté el original regalo.

-No la pierdas, o volveré del futuro para ajustarte cuentas -me amenazó en broma.

-¡Lucian! -gritó uno de los policías-. ¿A qué esperas?

Lo abracé cariñosamente.

-Cuídate -le dije-. Y haz el favor de darte un corte de pelo, ¿quieres?

-Lo tendré en cuenta -rió Lucian, y, con un gesto de despedida, se reunió con los policías.

Todos llevaban un brazalete como el de Lucian, y como los que llegaban los del R.A.P. Oprimieron un botón

de dichos brazaletes y veinte segundos después desaparecieron de allí intenso resplandor que nos cegó a todos durante un instante.

Sentí que alguien me pasaba un brazo por los hombros, y supe casi enseguida que se trataba de Nacho.

-Le echaré de menos -murmuré.

-Lo sé -asintió él-. Creo que yo también. Pero estoy seguro de que volverá.

-¿Por qué? ¿Cómo lo sabes?

-¿No vuelve siempre el viento?

Le miré sorprendida. Luego sonreí.

-Tienes razón -dije-. Lucian llegó de repente, como el viento, y se fue de repente, como el viento. Me parece que conseguirá hacer lo que dijo.

-¿Qué dijo?

-Que quería utilizar el Alfa-5 para recorrer la Historia. Y que tal vez nos llevara a todos con él.

-Sería fantástico, pero... ¿no dejarían nuestros padres?

-¿Por qué eres siempre tan aguafiestas, Nacho?

-De todas maneras, me parece que Lucian acabará convertido en una especie de viajero del tiempo. Nosotros, no sé. Pero él sí. Es como si estuviera predestinado.

-Tienes razón.

Y nos quedamos allí, en el parque a oscuras, mirando el lugar donde Lucian había vuelto a su tiempo. Se me llenaron los ojos de lágrimas que no intenté ocultar esta vez, porque no eran lágrimas de alegría ni de tristeza, sino de emoción. Pude sentir que Nacho estrechaba por un momento su abrazo en torno a mis hombros, y me dije a mí misma que, como había dicho Ali, las cosas siempre habían sido especiales entre nosotros dos. Y, de todas formas... ¿por qué tendrían que cambiar?

Sacudí la cabeza y me volví hacia los demás.

-Vámonos ya a casa, ¿no?

Todos asintieron.

Mientras salíamos del parque, Nacho y yo íbamos cogidos de la mano (aunque lo ocultábamos yendo los últimos, Ali se dio cuenta y me sonrió), pero yo iba pensando: “Llegó como el viento, y se fue como el viento; pero el viento siempre vuelve”.

F I N